

# **BOSQUE GRIS**

**Por Alejandro Aristimuño**



## I

El abogado entró al salón principal de la casa de té íntegramente construida en madera, piedra y vidrio, y en la única mesa ocupada distinguió aquel viejo rostro. A pesar de que lo conocía hacía décadas, lo volvía a ver en persona después de muchos años, por lo que tuvo una visión confusa, de esas que a veces actualizan lo pasado y al mismo tiempo añejan lo que parece nuevo, combinándolo todo en una especie de tiempo indefinido. Envuelto en esa mezcla de sensaciones ambiguas, el letrado cruzó la puerta y tras dar un par de pasos se detuvo para desabotonarse el saco de su habitual traje gris, que iba acompañado por una camisa blanca en cuyo bolsillo superior izquierdo, junto al corazón, se veía asomar la punta de un pañuelo azul doblado al medio y que hacía juego con el color de la corbata. Y mientras estudiaba el lugar con su mirada, la joven mesera se acercó rápidamente a recibirlo y le señaló con el dedo índice al hombre que lo estaba llamando con la mano alzada y en la que, a su vez, sostenía su infaltable sombrero de cuero marrón engrasado e impermeable.

-¿Cómo le va colega? -el abogado recién llegado se sentó a la mesa ubicada junto al ventanala empañado, a uno de los lados de la chimenea hogar en la que ardían unos leños.

-Bien, bien -respondió el otro letrado sin levantarse de su silla, colocando sus dos manos sobre la mesa, cruzadas y junto a su sombrero, depositado a escasos centímetros de un pocillo de café vacío-. ¿Te costó encontrar el lugar?

-Un poco, hacía mucho que no venía por acá -el de traje gris echó un vistazo hacia el exterior, a través del vidrio y cruzó sus piernas a la altura de los tobillos, haciendo golpear las suelas de sus zapatos negros, a tono con su cinturón-. ¿Era necesario que me citaras en una casa de té ubicada en el medio de la nada? -continuó

mientras se acomodaba su pelo castaño claro, lacio, largo hasta la nuca y peinado hacia atrás, lo que permitía ver su rostro de piel rosada, perfectamente afeitada y en la que resaltaban unos ojos celestes y redondos.

-¿Me vas a decir que no te gusta? Mirá que paisaje –el colega levantó ambas manos con las palmas hacia arriba-. Una de las mejores vistas del lago y del muelle de la isla. Muy pocos conocen este lugar y no saben lo que se pierden. Además, necesitábamos cierta privacidad, sin micrófonos ni cámaras.

-Entiendo.

-¿Qué tomás? ¿Un cortado americano, como siempre?

-No, gracias. Estoy bien.

-¡Dale!, tomate algo. Si tenemos tiempo.

-Bueno. Un cortado americano.

Ante el pedido del cliente, la mesera, que había aguardado la orden de pie y en silencio a un costado de la mesa, asintió con la cabeza y luego dirigió su mirada hacia el otro abogado que ordenó un segundo café expreso. Finalmente, la muchacha se retiró con un simple “con permiso”.

-Linda chica, ¿no? -dijo el colega una vez que la joven se encontraba suficientemente lejos de la mesa.

-Demasiado joven para dos veteranos como nosotros, ¿no te parece?

-Lo dirás por vos –el colega se levantó de la silla -Mirá que pinta. Estoy hecho un pibe –sostuvo con la vista clavada en su vestimenta: un *jean* clásico, unas botas marrones del mismo color y material que su sombrero, el cual había pasado a descansar en uno de los vértices puntiagudos del respaldo de su silla, de la que colgaba una campera de cuero que también hacía un juego ideal con el calzado. A su vez, el hombre llevaba su rostro anguloso cubierto por una barba de unos días y el pelo negro cortado

casi al ras, y una camisa leñadora, roja y blanca, que cubría una panza bastante plana-. Vos, mi viejo amigo, estás muy formal para este lugar, y eso pone en evidencia tu edad -añadió y volvió a sentarse.

El de traje gris sonrió y cerró su saco sobre su estómago abultado. Después se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo y no contestó. Lo que siguió fue una breve pausa durante la cual la mesera regresó a la mesa y depositó el pocillo y el jarrito, dos vasos con soda y sendos platos con unas masas secas para acompañar las bebidas.

-Hablando de viejos amigos -retomó el abogado recién llegado-. ¿Adiviná quién vino la semana pasada a cenar a casa?

-Néstor.

-Entonces sabías que el autoexiliado volvió al país.

-Claro. Hablé con él apenas llegó. Me dijo que si mejoraba un poco el clima y se solucionaba el tema de los vuelos iba a venir a visitarme.

-Mirá vos. ¿Y te contó con quien se encontró allá?

-No, ¿con quién?

-Con Romina.

-¿Qué Romina?

-Romi, tu exnovia de la facultad.

-¡¿En serio?! Creo que no sabía absolutamente nada de ella desde el segundo año, cuando dejó la carrera y se mudó de la Capital. ¡Cómo pasa el tiempo!

-Volando. Yo hablé con ella un par de veces, pero a través de Internet. Nada más.

-¿Y cómo anda?

-Bien. Está casada, tiene tres hijos grandes. Néstor dice que vive en una típica casita de los suburbios de la ciudad y que prácticamente se olvidó de hablar en español.

-Me alegro por ella. Era una buena mina.

-Sí. Muy buena -el de traje gris bebió un sorbo de su cortado.

-Me acuerdo que después de que nos peleamos, ella estuvo un tiempo detrás tuyo, pero no le diste bolilla.

El abogado recién llegado miró a su colega con los ojos bien abiertos y arqueando las cejas.

-Así que lo sabías -dijo el primero al cabo de unos segundos que conformaron un verso mudo e incómodo que hizo que la pausa pareciera más larga de lo que realmente fue.

-Sí. Néstor me lo contó muchos años después como una anécdota: que ella habló con él para que hablara con vos y...

-Está bien. Igual, no era un gran secreto.

-¿Y por qué no le diste bolilla a Romi? Era muy linda, inteligente, simpática...

-Porque a diferencia de vos, yo sí tengo códigos.

-¡Ey! Yo tengo códigos.

-Sí, claro. El Código Penal intacto en tu biblioteca y cubierto de polvo, ¡jajá!

-¡Pará!, ¡pará! -exclamó el colega extendiendo sus brazos hacia adelante, a la altura del pecho, justo donde su leñadora desabotonada dejaba ver algunos bellos enrollados y negruzcos-. ¿Por qué estamos hablando de esto después de treinta años?

-Y... alguna vez íbamos a tener que charlarlo, ¿no te parece?

-Me parece al pedo. Pero si tanto querés hablar, hablemos.

-Vos sabés muy bien qué quiero que me digas.

-Si lo supiera ya te lo habría dicho y terminaría con esta charla inútil que no hace más que revolver el pasado.

-¿Entonces?

-¿Entonces, qué?

-¿Qué pasó con Valeria, la mejor amiga de Romina?

-Me parece que te estás haciendo la película porque no pasó nada del otro mundo: cuando salí con ella ya me había peleado con Romi y yo no sabía que a vos te gustaba, ¿ok?

-¡No seas caradura! Si Néstor lo sabía.

-¿Y? No metas a nuestro amigo en el medio.

-Vos te cagaste en todo el grupo de compañeros. Te acostaste con Valeria, después se lo contaste a Néstor, él te dijo que yo andaba atrás de ella, entonces viniste a contarme lo que había pasado, pero aclarándome que no sabías lo que yo sentía.

-Te juro que no sabía nada. En serio.

-Encima me dijiste que era una cuestión de honor y caballerosidad el que vinieras a decírmelo antes de que me enterara por otra persona. ¡Por favor!

-Pero fue así.

-¿Sabés qué? Tenés razón: es totalmente al pedo hablar de esto ahora.

-Claro que lo es. Mejor ocupate de tu situación actual: estás felizmente casado con una mujer joven y hermosa, tenés dos hijas preciosas...

-Hijastras.

-Bueno, son hijas de tu mujer, pero, al fin y al cabo, tenés una familia.

-Es cierto.

-Yo, en cambio, sigo siendo un solterón.

-Empedernido -asintió el de traje gris mirando por el ventanal, atraído por el azul eléctrico del lago.

Afuera de la casa de té, el viento se abría paso con fuerza entre las nubes grises y bajas, y hacía temblar el cristal. El retumbe era tan intenso que obligó al encargado del local que se encontraba discretamente parado detrás de la caja registradora a indicarle a

la mesera que cerrara la puerta de entrada que había quedado entornada para evitar la correntada. La joven empleada obedeció de inmediato y luego se acercó hasta la chimenea hogar y, por las dudas, colocó otro leño en el fuego, algo inusual para aquella época del año. Es que el clima se había enrarecido tanto en los últimos meses que cualquier fenómeno meteorológico era posible.

-Está muy nublado. Parece que va a llover -retomó el abogado recién llegado al terminar su bebida.

-No son nubes de lluvia. Es esta pluma de mierda que va y viene todo el tiempo - explicó el colega mientras sus dedos jugaban con el mango del pocillo apoyado sobre una servilleta de papel estirada a lo largo de la mesa, algo desprolija por la acumulación de sobrecitos de azúcar y edulcorante rotos.

-¿Todavía?

-Sí, es insoportable.

-¡Qué cagada! Con lo lindo que era este lugar.

-Lo sigue siendo, che.

-Sí, eso quise decir. Pero si esta situación no mejora, no va a quedar nadie por acá. ¿Te vas a volver a la Capital?

-Ni loco. Hace años que ya me hice de mi lugar por estas latitudes. Me costó mucho y no pienso regalar semejante esfuerzo.

-Me parece bien.

-Bueno. Lo que pasó, pasó y creo que el clima ni mi situación personal tampoco nos interesan en este momento, ¿cierto?

-Cierto.



-En fin, te cité para hablar en persona y en privado porque quiero saber, más allá de lo obvio, a qué viniste. Técnicamente, no es tu causa. Lo sé porque estuve con tu protegido en el juzgado.

-Y él fue quien te dijo que iba a venir.

-Sí. Pero creo que se le escapó el dato. No lo cagues a pedos.

-Para nada. Es mejor abogado que vos y yo, juntos.

-Entonces, ¿para qué viniste?

Pero el de traje gris no alcanzó a responder, a pesar de que ya tenía su respuesta preparada desde que se había sentado, o tal vez antes, ya que una ráfaga eólica empujó violentamente la puerta de ingreso a la casa de té hasta abrirla de par en par, por lo que resonó un golpe seco en el desierto y pequeño ambiente copado por una tenue luz artificial. El ruido interrumpió a los dos hombres que movieron bruscamente sus cabezas en dirección a la entrada, casi en forma sincronizada.

-Vine para asegurarme de que tu cliente termine preso de una buena vez y por todas –sentenció, segundos después, el abogado recién llegado al volver a mirar a su colega fijamente a los ojos.

-Ya lo intentaron. Pusieron, sobre todo vos, a la prensa en contra del pobre chico y después la jueza no tuvo más remedio que liberarlo por falta de pruebas, ¿o me equivoco? ¿Acaso no estuviste bajando línea en la televisión? -el colega miraba hacia el fondo de su pocillo vacío, como si quisiera leer la borra del café.

-A las pruebas me remito, siempre lo hice. Y ahora más que nunca, porque hay pruebas nuevas.

-¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles? -preguntó el colega soltando el pocillo sobre la servilleta y clavando la vista en la de su interlocutor.

-Cuando llegue el momento te vas a enterar.

-Vos sabés que no se puede ocultar la prueba.

-Sí, es cierto, pero como vos muy bien lo dijiste: técnicamente, yo no soy parte formal en el expediente, por lo que no tengo ninguna obligación de revelarte absolutamente nada -señaló el de traje gris con una sonrisa.

-Bueno, veremos que dice la jueza.

-Ya veremos –concluyó el abogado poniéndose de pie. Luego se abotonó el saco y caminó lentamente hacia la puerta sin voltearse en ningún momento del corto recorrido. Cruzó el umbral y finalmente desapareció detrás de los árboles que adornaban el frente de la casa de té, sobre la banquina de la ruta.

En tanto, el colega permaneció sentado, pasando el ala de su sombrero entre sus finos dedos, pensativo y con sus ojos fijos en el ventanal, al tiempo que el local comenzaba a quedar en penumbras, al igual que en los alrededores, donde los picos pintados de marrón apenas podían divisarse entre la frondosa vegetación que retozaba bajo aquel atardecer que parecía resistirse hasta las últimas consecuencias a atravesar el túnel de la noche, algo típico en esos días de fin de año que, en teoría, se caracterizaban más por las temperaturas agradables.

A varios kilómetros de allí, aunque no demasiado lejos, un anciano canoso y barbudo, que hacía mucho tiempo se había cansado de la sociedad y las conversaciones humanas, a pesar de lo cual no les guardaba odios ni rencores, bordeaba la laguna a pie durante una de sus diarias caminatas vespertinas. Iba solo, apreciando como los juncos se mecían en el agua y las aves revoloteaban de un árbol otro y con su canto anunciaban la llegada de la serenidad que iba a traer la noche. Y así caminó por un sendero polvoriento que desembocaba en su humilde cabaña ubicada en un claro del bosque, en la ladera de la montaña.

Este anciano no tenía actualmente ocupación alguna, aunque había practicado varias durante su pasado. Nunca había estado casado ni concurrido a la iglesia, vivía solo y ya no votaba. Estaba en contra de pagar impuestos al Estado y también de las armas, a las que jamás recurría, ni siquiera para cazar animales. Siempre iba a todos lados caminando y de vez en cuando se detenía a charlar con personas jóvenes, a las que les contaba viejas anécdotas de su vida como una forma de enseñanza.

Se trataba de un individuo muy observador, que solía sentarse a contemplar la naturaleza y eso lo dotaba de una gran paciencia. Sin embargo, era sumamente exigente consigo mismo y pretendía que las demás personas fuesen iguales, por más que ya había aprendido que esto último no iba a ocurrir jamás. Por ello, consideraba que aquel que no viviese como él, en realidad, estaba cumpliendo una penitencia de infinitas maneras y, lo peor de todo, no se daba cuenta de esa situación hasta que era demasiado tarde y la muerte se le hallaba próxima.

Para este anciano, los supuestos tesoros que acumulaba la gran mayoría de la gente no guardaban ningún valor porque tenían dos destinos inevitables: o bien se echaban a perder con el desuso y el correr del tiempo, o terminaban siendo robados por los infaltables amigos de lo ajeno. Según él, estas personas creían ser ricos, pero en el fondo pertenecían a una clase empobrecida porque no sabían qué hacer con todo aquello que acumulaban.

En cambio, estaba profundamente convencido de que lo único que él necesitaba era alimento, refugio, ropa y fuego, y por entonces contaba con todo eso; mientras que las demás comodidades le representaban un obstáculo para su estilo de vida.

Así, pasaba la mayor parte de su tiempo a la intemperie, sin importar el frío, la lluvia ni la nieve. Se dedicaba a contactarse con la naturaleza, atento a lo que el

viento tenía para decirle. Y cuando trabajaba, lo hacía en horas en las que habitualmente los demás descansaban. Aunque este anciano en realidad no se guiaba por horas, sino por el sol, la estrella del día.

Esta “jornada natural”, como él solía llamarla, la comenzaba presenciando el amanecer, sin excepción, para lo cual, observaba desde el ventanal de su cabaña o salía a buscar un punto elevado en el paisaje que le ofreciese una buena vista de la aurora.

De acuerdo a su criterio, lo mejor ocurría por la mañana, por eso, después de presenciar el amanecer, desayunaba y hacía ejercicios. Luego, y si el clima se lo permitía, se bañaba en la laguna y tomaba sol hasta el mediodía, disfrutando de la tranquilidad y la soledad. Era un artista de la reflexión y rechazaba fervientemente el prejuicio social de que aquello significaba perder el tiempo. Él, en cambio, aseguraba no ser perezoso y que se ganaba la vida trabajando con sus manos; además de disfrutar de las tareas domésticas.

Ante sus ojos, las personas actuaban apresuradamente y desperdiciaban sus vidas. Malgastaban su energía preguntando y preguntándose qué había de nuevo en las noticias del mundo, en vez de ocuparse de sus propios asuntos y de los hechos esenciales de la existencia humana que, si se la veía de cerca, mostraba novedades permanentemente, a raíz de lo cual, el anciano nunca sentía tedio con lo que él hacía habitualmente.

## II

*Noelia Di Paola* se acomodaba su pelo corto y morocho, y todavía húmedo, con ambas manos. La adolescente de 16 años estaba de pie delante del espejo colocado en una de las puertas del placar de su habitación que completaba su mobiliario con una cama de una plaza y un escritorio adornado con una lámpara baja, utilizada para los momentos de sentarse a hacer la tarea escolar. En la pared del fondo de la pieza había una ventana rectangular de dos hojas que daba a un pequeño patio trasero de baldosa. Después de peinarse, Noelia comenzó a delinear los ojos marrones para ya que esa noche iba a salir con sus amigas, con quienes había acordado ir a bailar al único boliche que les permitía el ingreso a pesar de que todos los miembros del grupo eran menores de edad. Toc, toc, resonó suavemente la madera de la puerta del dormitorio. “Noe, mi amor, tenés teléfono”, le dijo su madre, *María del Carmen*. Entonces la chica dejó el lápiz delineador y fue a abrir la puerta presurosa, creyendo que podía estar llamándola una de sus compinches para avisarle a qué hora la pasarían a buscar con un remis. “Después ponelo a cargar porque se está quedando sin batería”, le indicó *María del Carmen* a su hija y le alcanzó el teléfono inalámbrico que su marido había comprado en doce cuotas, de las cuáles, aún restaba pagar la mitad.

-Hola -arrancó Noelia y luego cerró la puerta de su habitación, mientras su madre regresaba por un estrecho y corto pasillo hacia la cocina comedor.

-Hola Noe -dijo una voz masculina.

-¿Quién habla?

-Nacho.

-Ah, Nacho, ¿qué hacés?

Nacho García, era el exnovio de la chica, tres años mayor que ella, y quien había cursado hasta unos meses atrás en su mismo secundario del barrio *La Olla* del distrito de *Espadalucente*, ubicado en el extremo sur de la provincia de Roca Negra.

-Quería hablar con vos. Es importante ¿Puedo pasar por tu casa? –señaló el muchacho con un tono sereno.

-¿Ahora? Pero estoy por salir. ¿No puede ser en otro momento? Mañana...

-Es sólo un rato. Por favor.

-....

-Dale, Noe. Escucha lo que tengo para decirte y no te molesto más.

-Está bien.

-Bueno, enseguida paso.

-Te espero -concluyó la chica y cortó la comunicación.

Noelia se volvió hacia el espejo para hacer un último y rápido repaso ocular de su *look* y tras verse aprobada, tomó su cartera con satisfacción, apagó la luz de la habitación y se dirigió a la cocina comedor, donde colocó el teléfono inalámbrico en la base ubicada en un aparador, junto a la mesa con ruedas en la que se apoyaba el televisor. Espero que esta semana me entreguen el celular nuevo, pensó la adolescente al recordar que hacía un par de días se le había roto su aparato móvil y al llevarlo a reparar a la compañía le recomendaron que lo cambiara por uno último modelo, el cual le iba a resultar más barato que arreglar el viejo. En aquella oportunidad, Noelia primero dudó en aceptar esa oferta porque el celular averiado era su primero y, además, había sido un regalo de su papá para su fiesta de cumpleaños de 15, por lo que sentía cierto cariño por aquel artefacto. Pero la realidad indicaba que en apenas un año, ese teléfono móvil se había desactualizado tecnológicamente, por lo que su dueña finalmente se

decidió por adquirir unos más moderno, aunque no tan caro como el que le ofrecían los vendedores.

-¿Quién era? -María del Carmen revolvía olla en la que el puchero se cocinaba a fuego lento.

-Nacho.

-¿Y qué quería ese chico?

-No te metas mamá –Noelia dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a su habitación.

-¡Vení para acá! O le cuento a tu papá cuando llegue.

La adolescente detuvo su marcha inmediatamente, volvió sobre sus pasos y se sentó a la mesa.

-¿Cuál es el problema, má?

-Ya te lo dije hija: no me gusta ese chico. No me gusta para nada –la mujer se limpió las manos en su delantal y se acomodó en una silla, enfrente de Noelia.

-¿Por qué es más grande que yo?

-Y... todos saben muy bien qué buscan los muchachos de la edad de él y vos todavía sos chica.

-Ya lo sé. ¿Por qué te pensás que me cortó a principio de año? Porque yo no quería...

-Bueno, hija, justamente. ¿Qué cambió ahora?

-No cambió nada. Pero a mí me gusta y si él ahora quiere volver es porque calculo que me va a esperar.

-Lo único que quiero es que te respeten. Sólo eso. Y que te cuides.

-Yo me cuido, má. Además, no es que me arreglé con él. Sólo vamos a hablar, así que hay que ver qué tiene para decirme. No te preocupes.

-Sí que me preocupo: soy tu mamá y es mi trabajo preocuparme.

Esta última frase pertenecía al guión de la serie de televisión preferida de la adolescente, quien al volverla a escuchar en ese momento y de boca de su madre no pudo evitar dibujar una enorme sonrisa en su rostro lozano. Después Noelia se puso de pie, caminó alrededor de la mesa hasta donde estaba sentada María del Carmen, la besó en la frente y le dijo: “Te quiero mucho, ¿sabías? Pero mucho, mucho”; tras lo cual, las dos mujeres se fundieron en un cálido abrazo.

Pasaron unos segundos en esa posición hasta que Noelia volvió a pararse y dando diminutos saltitos llegó hasta el perchero atornillado a la puerta de ingreso a la vivienda, donde la familia colgaba los abrigos que usaban diariamente, sobre todo, durante el invierno, o como ahora, a fines de otoño. La adolescente tomó su campera de cuero negra con corderito justo cuando sonó una bocina de auto: era Nacho que acababa de llegar a bordo de su Ford Escort color azul y modelo 1994, el cual había comprado a principios de año con el dinero del sueldo que le pagaban por medio día de trabajo en la fábrica, alrededor de la cuál, La Olla (que debía su nombre a que se situaba en una especie de pozo) había crecido durante los últimos años.

El joven, al igual que la gran mayoría de los obreros de dicha fábrica, se dedicaba al ensamble de las piezas de computadoras y otros artefactos electrónicos, como cámaras fotográficas; los cuales ingresaban al país sin pagar impuestos de importación ya que el gobierno los excluía de ese gravamen por tratarse de una planta ubicada en una región alejada de las grandes ciudades. En ella trabajaban casi todos los hombres mayores de edad del barrio, incluso *Jorge Di Paola*, el padre de Noelia, quién no estaba en su casa para despedir a Noelia ya que todos los sábados por la noche jugaba al fútbol con algunos de sus compañeros de trabajo y *Claudio*, el marido de *Marisa*, su hija



mayor, quien había comprado junto a su flamante esposo una casita prefabricada situada en las inmediaciones para vivir más cómodos con el varoncito recién nacido de ambos.

Noelia salió de su vivienda sin pensar demasiado en las cuestiones familiares y abordó el auto de Nacho. Una vez en el interior del vehículo, la adolescente observó que el muchacho vestía un buzo verde con capucha, del mismo color que sus zapatillas de lona gastada, y un vaquero azul oscuro; poco en común con el vestuario de ella y que consistía en un pantalón negro de algodón que combinaba con la campera, unas botas marrones y camisa blanca arriba de una remera de mangas largas a tono. Sí coincidían ambos en el pelo ya que el del joven también era oscuro, corto y estaba peinado con gel, lo que le otorgaba a la cabellera un permanente aspecto húmedo.

Se trataba de una noche gélida y como al auto de Nacho no le funcionaba la calefacción, Noelia prefirió no sacarse su campera y tampoco bajó el vidrio de la ventanilla a pesar de que éste se empañaba fácilmente obstaculizando la visión. “¿No tenés frío?”, preguntó ella al conductor, a quien saludó con un beso en la mejilla, a lo que el muchacho le respondió que “no” y le propuso ir a dar un paseo por la *Reserva Provincial de Bosques*, al otro lado de la ciudad, hacia el norte.

La Reserva constaba de unas diez mil hectáreas en las que se concentraba la mayor biodiversidad de Roca Negra ya que contenía el treinta y cinco por ciento de las especies vegetales de toda la provincia y cerca de doscientas aves. Este predio había sido en sus orígenes la estancia de *Don Martiniano Espadaluciente*, quien durante la colonización extranjera del Siglo XIX descubrió ese pulmón verde en medio de una región pedregosa y luego lo amplió sumando a la escasa flora nativa una gran cantidad de bosques cultivados, entre ellos, los exóticos *Agathis alba*, también conocidos como “árboles de cristal”, ya que su corteza secretaba una resina blanquecina que al esparcirse por el tronco se veía como un chorro de lágrimas. Entonces, en las noches de

luna, el efecto de la luz parecía escarchar la madera que terminaba brillando en medio de la oscuridad.

Si bien la Reserva había alcanzado a tener el único bosque de cristal del continente, ahora le quedaba vivo un solo espécimen, que se trataba de la atracción estelar del paseo, principalmente elegido por las parejas de novios que iban en busca de un lugar romántico, bello e íntimo para compartir.

-Pero Nacho, si vamos hasta allá se me hace tarde para salir después con las chicas. Además, quiero comer algo antes de juntarme con ellas.

-Hagamos una cosa: vamos hasta la Reserva, charlamos tranquilos y comemos algo por ahí -insistió él con sus ojos claros bien abiertos que se destacaban en un rostro delgado y de cutis tostado.

-Y después me llevás hasta donde se juntan las chicas a hacer la previa.

-Está bien. No hay problema –el muchacho colocó segunda marcha en la caja de cambios e hizo avanzar su auto por la calle de ripio.

-¿Y dónde vamos a cenar?

-No sé. Estaba pensando en pasar por lo de los Pereyra que están haciendo un asado.

-Prefiero ir a comer a cualquier otro lado. Hasta una estación de servicio.

-Pero ellos nos invitan, así que no gastamos un peso.

-No es ese el problema –Noelia bajó la mirada por unos segundos, como buscando las palabras más adecuadas-. Lo que pasa es que no me gustan esos pibes.

-¿En serio? Pero si son mis amigos.

-Lo sé. Pero a mí nunca me gustaron.

-¿Por qué? Si apenas lo conocés –Nacho sonrió, nervioso, y puso tercera-. Creo que los viste sólo un par de veces en el boliche.

-Me parecen unos babosos. Además, están todo el tiempo haciéndose los guapos porque su papá es policía y nadie les va a decir nada –los ojos de la adolescente se clavaron en el cristal de la ventanilla, cada vez más enturbiada por el vapor de su aliento acelerado, al tiempo que escuchaba como las piedrecitas que se levantaban con el paso del Ford Escort impactaban contra la carrocería del vehículo generando un repiqueteo latoso.

-No tiene nada que ver. Son así porque de chicos la pasaron mal, mucho peor que nosotros, y no les quedó otra que hacerse los duros.

-Igual, no quiero ir al asado de ellos.

-Está bien -Nacho apoyó su mano derecha sobre el muslo izquierdo de Noelia, quien seguía esquivando el contacto visual con él-. Si no querés, no vamos. Pero, por lo menos, dame el gusto de ir hasta la Reserva, ¿sí?

-Bueno, pero un ratito –la adolescente, al fin, miró a los ojos bien abiertos del conductor.- Y después me llevás de las chicas rápido porque ando sin celular y si se quieren ir antes no me van a poder avisar.

-Quedate tranquila -Nacho volvió la vista al frente y aceleró-. Vas a llegar bien.

El auto abandonó la nube de polvo que lo venía envolviendo y comenzó a desplazarse por la ruta de asfalto que bordeaba el lago *Rincón del Expedicionario*, comúnmente llamado “Lago Rincón” por los habitantes de la ciudad edificada al oeste del mismo. Mientras que en la orilla este de dicho pozo de agua dulce se levantaba el cordón montañoso *Cerro Alto*, un macizo de unos cuatrocientos kilómetros de ancho que desembocaba en el Mar Oscuro.

### III

Un humo negro se elevaba como una cobra que envenenaba el aire limpio y fresco. Sobre el suelo de asfalto ardía el caucho de los neumáticos incendiados y decenas de personas rodeaban la hoguera sin temer a ser mordidos por el reptil gaseoso. Algunos de los presentes llevaban largos palos de madera con los que acomodaban las gomas en el fuego y también los golpeaban contra el piso para hacer más ruido. Otros, en cambio, hacían sonar su reclamo simplemente aplaudiendo. Todos a cara descubierta, todos gritaban, incluso los que se encontraban varios metros por detrás del piquete, frente al que se observaban cada vez más autos detenidos, los cuales formaban una extensa fila sobre la *Ruta Uno*, como si fueran los vagones de un tren de carga. Los manifestantes impedían el paso vehicular, pero dejaban transitar a los peatones; sin embargo, los automovilistas no se animaban a abandonar sus coches. Tampoco podían sortear el piquete por la banquina ya que el epicentro de la protesta se ubicaba en el medio del puente sobre el arroyo *Desaguadero*.

Era el tercer día de protesta, aunque los manifestantes encabezados por Jorge Di Paola no permanecían allí durante toda la jornada. Sólo cortaban el tránsito en los horarios picos de la mañana y la tarde ya que era la única vía que comunicaba Espadalucente con el resto de la provincia. Esta autovía de doble mano recorría los seicentos cincuenta kilómetros que separaban aquel distrito sureño de Roca Negra Capital y atravesaba toda la región del *Valleverde*, cuyo territorio era menos árido hacia el norte, lo que permitía que su terreno fuese utilizado casi exclusivamente para la agricultura y la ganadería.

“Noelia lleva más de sesenta horas desaparecida. La Policía dice que la están buscando pero no la pueden encontrar. Estamos desesperados”, exclamó Jorge delante

de los periodistas de distintos medios provinciales y nacionales que habían viajado esa misma tarde hasta el acceso a Espadalucente para cubrir una noticia repetida para ellos pero que en lugares apartados de las grandes ciudades, como el de este caso en particular, resultaba poco común.

De acuerdo a las autoridades policiales y judiciales, el último año se habían recibido entre al menos quince denuncias diarias por desaparición de personas, en su mayoría de mujeres adolescentes de entre doce y diecisiete años residentes en el centro de la provincia y la Capital Nacional. Y en el noventa y cinco por ciento de esos casos, esas personas habían sido encontradas con vida y por más que esa era una cifra altísima no reconfortaba a nadie porque el otro cinco por ciento aterrizzaba a todos.

Según las estadísticas de los organismos gubernamentales, los motivos por esas desapariciones variaban entre conflictos familiares (principal causa), crisis de identidad, discapacidad mental, perdidos y sustracción por padre o madre, familiar o no familiar.

En ese marco, Jorge estaba plenamente convencido que su hija había sido sustraída por un “no familiar” y que ésta persona era ni más ni menos que Nacho.

Mientras el padre de Noelia hablaba con la prensa, los efectivos policiales que conformaban el operativo de seguridad para evitar incidentes y tratar de reordenar el tránsito lo miraban a la distancia. Y si bien no podían escuchar todo lo que el hombre decía, intuían perfectamente cuál era el contenido de sus palabras.

Entonces, *el comisario Pereyra*, jefe del operativo, esperó a que Jorge terminara de hablar con los periodistas para acercársele lentamente y tratar de que depusiera su actitud ya que estaba recibiendo demasiada presión para levantar el corte. “Vení Jorgito. Vamos a hablar”, le dijo el policía al padre de Noelia, mientras lo tomaba del brazo y lo corría del dentro de la escena.

-No me voy a mover de acá hasta que aparezca mi hija -Jorge soltó bruscamente su brazo de la mano tenaza del robusto Pereyra, a quien apenas le cerraban los últimos botones de la camisa que cubrían su barriga redonda.

-Jorge, escuchame. Si ustedes siguen el corte, tengo que poner policías acá en vez de ponerlos a buscar a su hija, ¿entendés? Salimos perdiendo todos.

-Todos no.

-No te equivoques –el comisario miró al padre de Noelia con el ceño fruncido-. Lo único que queremos acá es que tu hija aparezca sana y salva, pero no puede ser que no entre ni salga ningún vehículo a la ciudad. No te olvides que se acercan las vacaciones de invierno y hay mucha gente que vive del turismo.

-Estoy cansando de escuchar siempre la misma canción de mierda, como si lo único importante es lo que quieren los comerciantes, gastronómicos, hoteleros, etc. – Jorge hablaba con los brazos en jarra-; mientras que la gente como yo, simples obreros, y que somos la gran mayoría, no tenemos ni voz ni voto.

-Pero si vos levantás el piquete ahora, nos vamos todos a buscar a tu hija y además no te ponés al resto de la gente en contra. Yo soy un laburante como vos. No me sobra ni un peso.

-No. Vos no sos como yo. Y vos defendés a ese pendejo hijo de puta porque es amigo de tus hijos.

-¡Dejate de joder! -el comisario levantó sus antebrazos por arriba de su cabeza-. No mezclés la cosas. Y no me rompas mucho los huevos porque te llevo detenido a vos y a todos los tuyos que están sitiando la ciudad.

-El que se confunde sos vos. Yo no soy un delincuente y no vengo a cortar la calle para pedir por un plan social que me permita tener unos pesos sin laburar como hacen algunos que, justamente, no son los que están acá.

-Está bien Jorge. Quedate acá, pero, por favor, no hagan más quilombo. Y, sobre todo, no se peleen con ningún automovilista y dejen pasar a los que vienen caminando por el puente, ¿puede ser?

-Y vos andá a buscar a mi hija.

-En eso estamos. Vos, mientras tanto, no nos juegues en contra y ojo con lo que le decís a los periodistas. No les cuentes más de lo necesario, así ellos no se meten en la investigación -señaló Pereyra y luego regresó hacia donde estaban los otros efectivos a los que les dio algunas indicaciones. Finalmente, el comisario abordó el patrullero en el que lo aguardaba su ayudante y abandonó el lugar.

Por su parte, Jorge volvió a encarar a los periodistas y ante los que transmitían en vivo para los canales de noticias y las radios volvió a contar cómo había desaparecido su hija.

La última vez que Noelia había sido vista fue cuando salió la noche del sábado junto a Nacho, quien en los primeros minutos del domingo denunció ante la Policía que él encontraba besándose con la adolescente en el asiento trasero de su auto estacionado en el paseo de la Reserva cuando fueron abordados por un delincuente que iba a pie y portaba un arma de fuego tipo revólver.

De acuerdo a la versión del muchacho, el asaltante era un hombre mayor, de pelo rapado y barba, que rompió el vidrio de la ventanilla trasera del lado del acompañante con la culata de su arma, luego quitó el seguro de la puerta y la abrió para amenazar a la joven pareja: “¡Bájense o los mato!”, recordó Nacho que dijo el delincuente.

El muchacho y Noelia obedecieron al asaltante que, una vez que sus víctimas estuvieron fuera del auto, se ubicó en el asiento del conductor e intentó arrancar el vehículo pero, según la denuncia, no pudo hacerlo. “¡La puta que te parió pendejo

de mierda! ¡Ahora tengo que robarme otro auto!”, recordó Nacho que exclamó el delincuente en ese momento.

Sin embargo, siempre de acuerdo a la versión del muchacho, el asaltante no se fue del lugar, sino que despojó a sus víctimas de sus efectos personales. Al joven le extrajo su billetera con algo de dinero en efectivo, el reloj y su teléfono celular; y a Noelia la cartera en la que llevaba poca plata, las llaves de su casa y los cosméticos; y una pulsera y cadenita bañadas en oro que su madre le había regalado en su último cumpleaños.

El denunciante indicó que, no conforme con ese magro botín, y reiterando insultos al aire por no haber podido arrancar el Ford Escort, el delincuente lo tomó del cuello y lo encerró en el baúl.

Desde allí, el chico contó que lo último que escuchó fueron los gritos desesperados de Noelia pidiendo auxilio, los cuales se fueron perdiendo en la espesura del bosque hasta que en una cuestión de segundos todo quedó en silencio.

En la denuncia policial quedó asentado que, al cabo de unos minutos, Nacho logró salir del baúl tras remover la bandeja bajo luneta trasera de su auto y así lograr el espacio suficiente para pasar al asiento trasero. Luego de salir del vehículo, y como no tenía consigo otro juego de llaves, el muchacho corrió hasta la ruta por la que transitó en sentido opuesto al que lo había hecho en su auto, es decir, hacia el norte, hasta llegar a una estación de servicios cercana donde pidió al único playero que se encontraba en el lugar que lo dejara utilizar el teléfono y en una primera llamada se comunicó a la casa de sus padres y les avisó lo que le acababa de suceder. Para entonces ya habían pasado unos pocos minutos de la una de la madrugada.

Después, el joven realizó una segunda comunicación telefónica en la que le pidió a uno de los hermanos Pereyra que lo pasaran a buscar en auto por la estación de



servicios y lo llevaran hasta el destacamento policial más cercano para poder hacer la denuncia formal del hecho.

En la sede policial, Nacho se encontró con su papá, *Luis*, quien lo acompañó al momento de hacer la denuncia, tras lo cuál, el joven guió a los efectivos policiales hasta donde había quedado su Ford Escort.

Esa misma madrugada, mientras los peritos comenzaron con las tareas de levantamiento de rastros en dicho auto (encontrado tal como había dicho su dueño: con el vidrio de la ventanilla trasera del lado del acompañante rota y el bajo luneta fuera de lugar), los agentes de seguridad, bajo las directivas del comisario Pereyra, montaron un amplio operativo de rastrillaje en busca de la adolescente.

La primera zona inspeccionada fueron los alrededores del lugar donde había quedado estacionado el auto, lo que no fue una tarea sencilla por la falta de luz natural y la densidad de la vegetación; por lo que los policías no pudieron hallar una sola huella sobre un terreno demasiado seco ya que no llovía desde hacía varios días.

A partir de la mañana, toda la policía de Espadalucente, con el apoyo de brigadas vecinas y personal de Bomberos, continuó con la búsqueda de la adolescente en distintos puntos de la ciudad y principalmente en la inmensa Reserva, tanto por tierra, con los perros rastreadores; como por aire, con un helicóptero.

Así pasaron tres días sin que alguien pudiera encontrar un solo rastro de Noelia. Y ahora que los medios nacionales habían decidido cubrir el caso, los padres de la adolescente desaparecida confiaban en que algún funcionario provincial o nacional del área de Seguridad se preocupara por el hecho y se comunicara con ellos para romper con la abulia del municipio, la indiferencia de los periodistas locales y la inoperancia de la policía distrital.

En tanto, Nacho permanecía recluido en su casa, completamente al margen de los operativos de búsqueda y de las protestas, y a disposición de la Justicia que evacuaba las citas de su declaración; al tiempo que buscaba testigos para poder ratificar o rectificar su versión de los hechos, que tenía varios puntos oscuros, los cuales, a esta altura de la pesquisa, se traducían en preguntas sin respuestas claras.

Si el muchacho y Noelia habían estado sólo un breve rato dentro del vehículo estacionado, ¿por qué se hallaron dos latas de cervezas vacías y ocho colillas de cigarrillos en el piso junto al asiento trasero? ¿Cuál había sido la mecánica utilizada por el joven para poder salir del encierro en el baúl del auto sin las llaves del mismo? ¿Cómo había hecho para resultar completamente ileso de un asalto cometido por un delincuente violento y armado? ¿Por qué llamó primero a sus padres y después a sus amigos en vez de comunicarse directamente con la Policía para que la búsqueda de Noelia se iniciara cuanto antes? Y poco después de pasar por toda una situación dramática, que implicaba nada más ni nada menos que la pérdida de una persona a la que él decía apreciar, ¿cómo logró mostrarse tan tranquilo en la comisaría al momento de hacer la denuncia?

Y respecto del accionar del supuesto delincuente, ¿por qué éste no había podido arrancar el Ford Escort si el auto, según aseguraba su propio dueño, no tenía ningún desperfecto mecánico? O, habiéndose tomado un tiempo considerable para concretar el robo, ¿cómo olvidó llevarse los treinta pesos en efectivo que se encontraban a simple vista en la guantera?

Además de todos estos planteos que se hacían los investigadores del caso, Jorge criticaba a Nacho y a la familia de éste porque ninguno de ellos se había comunicado inmediatamente con él para avisarle sobre lo ocurrido con su hija y dejaron que se enterase del hecho recién cuando los policías fueron a tocarle la puerta.

Pero más allá de esta situación, el escenario en el que trabajaban los investigadores era bastante complejo y, peor aún, no tenían forma de simplificarlo porque subyacía un problema inalterable: en aquella fría noche de sábado hubo casi nulo tránsito, tanto peatonal como vehicular, por el paseo de la Reserva que, para alguien que lo frecuentaba poco, podía convertirse en una denominada boca de lobo, cercana a la ruta, pero alejada del centro de la ciudad.

Si el hecho hubiera ocurrido en otra época del año, o más temprano, quizás el panorama para los pesquisas hubiese sido más claro y el clima menos tenso. Pero lo que pasó, pasó. Y no había vuelta atrás para absolutamente nadie.

#### IV

El mediodía se presentaba frío, pero dentro del automóvil no se sentía tan así. No sólo por la calefacción del vehículo, sino también porque a través de los vidrios de las ventanillas ingresaba al pequeño, aunque cómodo, habitáculo una luz clara y fuerte que teñía el paisaje con un aura de extrema nitidez, convirtiendo todos los colores en pinceladas muy intensas, como manchas expresionistas, pero de terminaciones casi perfectas. A simple vista, no parecía una jornada cercana al inicio del invierno; sin embargo, el termómetro indicaba lo contrario.

El gris asfáltico se abría paso en el terreno rocoso adornado con frondosos bosques que formaban una especie de túnel a los costados del camino que daba la impresión de no tener fin. A bordo del Audi TT iban *Horacio Iraola* al volante y *Sarkis Djanikian* en el asiento del acompañante. Ambos abogados habían partido bien temprano de Roca Negra Capital, cuando todavía el sol luchaba por subir la línea del horizonte, y estaban a punto de concluir el recorrido a través del Valleverde hasta Espadalucente. La noche anterior, Horacito había tenido una comunicación telefónica clave e inmediatamente después de la misma llamó a su “protegido”, tal como le gustaba llamarlo, para ponerlo al tanto de la situación y ofrecerle hacerse cargo de la misma porque ésta podía resultar “la gran oportunidad” para hacerse de un lugar destacado en la profesión.

-¿Quién te avisó? -Sarkis se acomodó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello de la camisa, intuyendo que ya estaban próximos a llegar a su destino.

-Lo vi en los noticieros y llamé al padre de la chica que me confirmó los datos principales -respondió Horacito sin apartar la vista de la ruta cada vez más transitada a medida que se adentraba en la ciudad.

-Pero, ¿ya habías hablado con el hombre?

-Claro. El tipo me había llamado a la mañana, después de haberme visto hablar del tema en el programa de *Samuel*.

-¡Cómo te gusta la tele, eh! –exclamó Sarkis, quien miraba su pelo morocho, ondulado y corto en el espejito del parasol visera.

-No se trata de una cuestión de gustos, solamente. Mirá lo eficiente que resulta para atraer clientes.

-Es cierto. Es la mejor publicidad.

-Y no es para menos. ¡Con lo que cuesta!

-¡Me imagino! Con Samuel nada es gratis -el protegido contemplaba a través de la ventanilla el manto azulado del lago-. Lo que no entiendo es para que me convocaste si te llamaron a vos.

-Sarkis querido, yo soy un viejo y estoy demasiado cansado para manejar este tipo de causas. Son muy estresantes y no ando para estos trotes. Pero vos sí. Sos joven, inteligente y tenés hambre.

-O sea que como vos ya estás hecho mierda me tirás el fardo a mí.

-No seas ingrato, ¿sí? Que por este caso vas a tener publicidad gratis y a nivel nacional.

-Y espero que unos buenos pesos.

-Eso también. Quedate tranquilo que vas a conseguir el dinero suficiente para poder mudarte.

-Ojalá. Ya no aguanto vivir en lo de mis viejos.

-Me imagino.

-Es como estar preso. Te juro que hay días que pienso en largar todo e irme al campo, lejos de todos.

-Bueno, no sé si podrás irte al campo, pero ahora vas a poder venirte a la montaña.

Sarkis largó una carcajada y meneó la cabeza. Es que Horacito siempre lo hacía reír con sus frases y consejos cargados de ironía. Y esto ocurría desde la época en que ambos se conocieron en la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional de Roca Negra (UNRN), donde uno era estudiante y el otro profesor. Ya por entonces, ambos entablaron una buena relación, básicamente, porque manejaban los mismos códigos. Y así fue que cuando Sarkis se recibió de abogado y comenzó su carrera profesional, Horacio le fue acercando causas para darle una mano en los siempre difíciles primeros pasos.

El joven letrado también tenía su propio negocio, al que describía como su “quintita”, con los casos que entraban al estudio de su padre, aunque estos lo aburrían ya que se trataban de causas civiles, principalmente por daños, y laborales. Sarkis tenía olfato y buen ojo para el Derecho Penal, y esa característica había sido advertida desde el inicio por Horacio, quien la incentivaba cada vez que podía. Además, a Sarkis no le gustaba trabajar con su padre, por lo que con el tiempo se fue apartando de las actividades compartidas con su familia.

El Audi TT de Horacio ya había cruzado todo Espadalucente, construida a lo largo de la base del *Cerro Medio*, el cordón montañoso ubicado en la margen oeste del lago Rincón y de mucha menos superficie y altura que el Cerro Alto, y comenzaba a bordear la Reserva Provincial de Bosques. En la ruta, que era el único camino asfaltado que se extendía pegado a la orilla, los abogados se cruzaron con varios móviles policiales, de bomberos y también de los canales de televisión nacional.

Los abogados se encontraban a pocos metros de la entrada al paseo del bosque cuando el día se hizo de noche en un instante. En una fracción de segundos, toda la luz

brillante y nítida que había en el ambiente se esfumó como si la hubieran aspirado desde el cielo y éste se tornó en un muro gris plomo del que comenzó a llover una especie de polvo. “¡¿Qué carajo pasa?! Parecen que estuvieran tirando baldazos de tierra”, expresó Horacio, quien ya había encendido el limpia parabrisas, pero estos resultaban insuficientes para quitar el material caído, el cual, al mojarse con el agua del sapito se compactaba y adhería aún más al vidrio.

“¡Prendé las luces que no se ve una mierda!”, exclamó Sarkis, quien optó por bajar la ventanilla para tratar de tener una vista del exterior del auto, pero el polvo en suspensión era tan abundante y grueso que el aire se tornaba irrespirable, por lo que el joven letrado subió el vidrio inmediatamente. Mientras tanto, afuera del habitáculo se escuchaban truenos estremecedores que hacían temblar los cristales y hasta el suelo.

Sobre la ruta, cubierta por las partículas que caían sin cesar, aunque con el correr de los minutos lo hicieron en menor cantidad, los vehículos se movilizaban bien despacio y en fila para no colisionar unos con otros. Apenas se podía ver unos metros hacia delante y la única luz natural era la de los rayos que surcaban violentamente el cielo negro. Así, a paso lento y en tinieblas, Horacio, al igual que otros tantos conductores, logró llegar hasta el ingreso al paseo de la Reserva, donde en un claro de la vegetación funcionaba una especie de estacionamiento, y allí detuvo el auto junto a un camión de bomberos. “Horacito, quédate acá adentro que voy a ver que está pasando”, indicó Sarkis al conductor.

El joven abogado descendió del vehículo cubriéndose la cabeza con el saco de *corderoy* para no ensuciarse la camisa celeste a rayas que combinaba con sus vaqueros clásicos y se acercó hasta uno de los bomberos que se estaban subiendo al auto bomba en marcha.

-¿Qué pasa? -alcanzó al preguntarle al efectivo que estaba parado en uno de los estribos listo para partir-. Parece el fin del mundo.

-Algo parecido. Acaban de informarle por radio al comandante que hizo erupción el volcán, así que estamos en alerta roja.

-¡¿Qué?! -gritó Sarkis, cuyos queridos mocasines marrón claro ya estaban grises, al igual que su saco.

-Esto es una emergencia señor, así que le aconsejo que se quede dentro del auto y no se mueva de aquí hasta que pase la tormenta de cenizas.

-¿Y cómo voy a salir de acá?

-Quédese tranquilo, que ya se está haciendo un operativo de tránsito asistido para evacuar todas las calles y que la gente se ponga a resguardo.

Entonces Sarkis se volvió al trote hacia el auto donde Horacio lo aguardaba impaciente, aunque lograba disimularlo. De fondo comenzó a oírse la sirena de Defensa Civil que indicaba a la población que evitase transitar por la vía pública y se guareciera en algún refugio, preferiblemente su propio domicilio.

En tanto, el *Centro de Investigaciones Sísmicas Provincial (CISP)* con sede en Espadalucente había emitido más temprano una alerta naranja por la posible erupción del volcán *Choconda*, ubicado en el corazón del cordón Cerro Alto, unos cien kilómetros al sudeste y en línea recta de la ciudad. De hecho, la actividad sísmica había comenzado hacía un mes y medio, aproximadamente, pero como la misma se venía produciendo unos cinco mil metros bajo la superficie, las autoridades municipales no le dieron importancia a la advertencia de los científicos. De esta manera, la población se encontró desguarnecida y terminó cayendo presa del pánico ya que la ceniza caliente seguía chocando con las capas de aire frío que descendía de las montañas del este y agitando el cielo con una poderosa tronada.



Recién cuando la nube de cenizas cubrió Espadaluciente, los organismos comunales irradiaron la alerta, pero ya era tarde. Las primeras medidas dispuestas por la Municipalidad fueron cerrar el aeropuerto y ordenar la evacuación de los habitantes de *Floreal*, una villa emplazada en medio de la montaña, al otro lado del lago, unos cuarenta kilómetros al sudoeste del volcán.

Además, desde la intendencia se solicitó a la población en general, y a los habitantes de menos recursos en particular, no beber el agua de deshielo de los numerosos arroyos que atravesaban distintos puntos de la ciudad y desembocaban en el lago, una práctica muy habitual en aquella época del año.

La ruta hacia las montañas también fue cerrada al tránsito y los policías y bomberos asistían a aquellas personas que habían quedado a la intemperie, atrapados en medio del temporal. Entre estos últimos se encontraban Horacio y Sarkis, quienes pidieron ser conducidos hasta la Jefatura de Policía, ubicada en el centro de la ciudad, donde aprovecharon para contactarse con alguno de los investigadores del caso Noelia Di Paola.

Al recorrer el interior de la sede policial mientras aguardaban a ser atendidos por el jefe de turno, Sarkis y Horacito tuvieron la sensación de haber ingresado a una comisaría como la de cualquier otro distrito urbano, deteriorado y superpoblado de la zona Metropolitana de la provincia. Es que el aspecto del edificio en el que se encontraban no tenía nada que ver con el paisaje de montañas nevadas, bosques verdes y cuencas de agua color índigo que lo rodeaban a lo lejos.

Los dos abogados permanecieron un largo rato parados a un costado de la mesa de entradas, una especie de mesada alta, construida de ladrillos a la vista y con una tapa de madera opaca en la que se apoyaban pilas de documentos y donde un oficial escribía a máquina. Las teclas metálicas resonaban en medio de un murmullo permanente y de

efectivos que iban y venían de una oficina a otra, con papeles en mano. Como los teléfonos habían quedado fuera de servicio por la caída de parte del tendido eléctrico a raíz del peso de la ceniza volcánica, los policías se comunicaban con radios portátiles y pedían paciencia a los civiles que llegaban desesperados.

En tanto, Sarkis observó que en el vidrio de la puerta que comunicaba el pequeño hall con el pasillo que desembocaba en cada una de los despachos ubicados a ambos costados del mismo y con los calabozos situados en el fondo y separados por un pesado portón de rejas, con dos hojas cerradas con candado, estaba pegada una fotocopia de la fotografía de Noelia Di Paola con la leyenda: “Ayúdenos a encontrarla”. Luego, al pie de esa imagen difusa y en blanco y negro, se describían las características físicas de la adolescente y su ropa: 1,62 metros de altura, 49 kilos, pelo negro, ojos marrones, jeans negros, campera del mismo color y botas marrones. Y por último, se leía el número de teléfono de la Jefatura de Policía.

-¿Ustedes son los abogados de la familia Di Paola? -preguntó el comisario Pereyra al pararse junto a Sarkis, frente a la puerta de vidrio abierta de par en par.

-En realidad, él es -Horacio señaló a su protegido, quien se mostraba inmutable-. Yo sólo soy su asesor.

Habiendo obtenido la respuesta que buscaba, el jefe policial, con un simple gesto de su mano derecha, les indicó a los dos letrados que lo siguieran hasta su oficina.

-Como verán, no es el mejor momento para hablar tranquilamente sobre el caso de Noelia -el comisario se dejó caer sobre el respaldo de la silla que rechinó con fuerza-. Por suerte, entre anoche y esta mañana los peritos pudieron levantar rastros suficientes en el lugar del hecho antes de que se cayera el cielo a pedazos. Calculo que por estas horas todo ha quedado sepultado por ahí.

-Entiendo -afirmó Sarkis, quien ya había sacado unas hojas en blanco tamaño oficio de una carpeta de papel madera que llevaba bajo el brazo y una lapicera que guardaba siempre en el bolsillo izquierdo interior de su saco.

-Por lo pronto, a lo único que estoy autorizado es informarles lo mismo que ya se habrán enterado por la prensa. Para mayores datos, van a tener que dirigirse a los tribunales y hablar directamente con el fiscal.

Según el comisario Pereyra, la noche anterior, alrededor de las 21, el fiscal de la causa, *Gerardo Peretz* había encabezado la reconstrucción de los hechos que culminaron con la desaparición de Noelia de acuerdo a la denuncia presentada por Nacho. El muchacho, acompañado por papá Luis, se prestó a participar activamente de la diligencia que implicaba llevar el Ford Escort hasta paseo de la Reserva y recrear cada uno de los movimientos que él había hecho dentro del mismo, pero, esta vez, delante de los investigadores judiciales y policiales. Incluso, por pedido expreso del fiscal Peretz, Nacho se introdujo en el baúl y volvió a mover de su sitio la bandeja bajo luneta para demostrar que desde allí se podía alcanzar el asiento trasero, al tiempo que el padre de Noelia, también presente en el lugar, lo miró desconfiado, a pocos metros de distancia, durante toda la secuencia.

Pero en medio de la reconstrucción, un llamado anónimo alertó a la Policía que había un bulto sospechoso tirado unos cinco kilómetros al norte de la entrada al paseo. Ante esa situación, los efectivos se dirigieron hasta el lugar señalado, un zanjón sin agua, cubierto por pastos cortos y con una alcantarilla metálica en uno de sus extremos situado a la vera de la ruta, del lado del bosque, y allí encontraron el cadáver de la joven hasta entonces desaparecida.

El comisario Pereyra precisó, tal como lo había hecho la noche anterior ante los periodistas que arribaron al lugar del hallazgo como hormigas a la azúcar, que el cuerpo

estaba en posición fetal, envuelto en una bolsa de consorcio negra, ajustada con cinta de embalar y, a su vez, envuelto en una frazada atada con sogas. La chica estaba completamente vestida con la misma ropa que llevaba la noche que desapareció y, a simple vista, los médicos policiales que inspeccionaron el cadáver *in situ* no hallaron golpes, heridas de arma blanca ni de fuego.

En cambio, los expertos sí observaron unas marcas en pecho, brazos, piernas y cuello; y que la víctima tenía el pantalón de *jean* desabrochado y subido más de un lado que del otro de la cadera.

Lo que el jefe policial no precisó antes a la prensa y ahora a los abogados fue que el lugar donde apareció el cuerpo había sido rastrillado días antes por los efectivos que participaban de los distintos operativos de búsqueda de Noelia. Hasta el momento del hallazgo, en total, habían trabajado unos 200 policías a caballo y a pie que, según los responsables de la fuerza, llegaron a inspeccionar unas ochocientas hectáreas de la Reserva.

“Gracias por la información”, señaló Sarkis tras escuchar el monocorde relato del comisario Pereyra, quien hablaba como si estuviera leyendo un anuncio publicitario en la radio o la televisión.

Y una vez que terminó, el jefe policial volvió a excusarse por no poder brindar más datos y les sugirió a los abogados que se dirigieran a la Morgue Judicial donde seguramente encontrarían al fiscal Peretz y los padres de Noelia, quienes aguardaban los resultados finales de la autopsia al cadáver de la víctima.

## V

La lluvia de cenizas comenzaba lentamente a menguar, pero la ciudad permanecía inmersa en una penumbra que se acentuaba por el corte del suministro de energía eléctrica. Las más altas cumbres, pintadas de blanco, desaparecían de la vista y los árboles se asemejaban a altos carceleros guarecidos en las sombras. Y en el interior de esta especie de prisión creada por el extremo rigor de naturaleza, Sarkis y Horacio dejaron el auto en un estacionamiento bajo del techo en el centro de Espadaluciente, donde los locales comerciales estaban cerrados al público, excepto por los almacenes que vendían agua y velas a los pocos temerarios habitantes que se animaban a transitar por la vía pública; y se dirigieron a pie hasta la Morgue Judicial que funcionaba en el Hospital Central, ubicado a unas cuadras de la Jefatura de Policía.

Cuando los abogados llegaron al lugar, los forenses ya habían terminado su trabajo y entregado el respectivo informe al fiscal Peretz. El dictamen preliminar de los peritos indicó que Noelia había sido asfixiada, probablemente por sofocación, es decir, que el impedimento respiratorio no había sido la constricción del cuello, sino la oclusión directa de las vías aéreas (boca y nariz), la compresión en tórax y abdomen; o bien la permanencia en un medio confinado. Las otras dos variantes de la asfixia por sofocación, la introducción de cuerpos extraños en las vías aéreas y el enterramiento del cuerpo vivo, habían quedado descartadas.

En el cadáver sí se advirtieron signos de enfriamiento lento, livideces precoces, rigidez intensa y putrefacción rápida. Otras apariencias *post mortem* características de la muerte por asfixia fueron la presencia de sangre desoxigenada en los tejidos, abultamiento de los globos oculares, pequeños puntos de sangre en los tímpanos, congestión cerebral y riñones; edemas en los tímpanos y pulmones; espuma en la

laringe, tráquea y árbol bronquial; éxtasis venoso del corazón derecho y en el estómago, hígado y bazo; y las denominadas “Manchas de Tardieu”, que consistían en una equimosis en las superficies del pulmón y corazón.

Los peritos estimaron una data de muerte que coincidía con el día en que había sido denunciada la desaparición de Noelia y calcularon un tiempo de sobrevida de casi cuatro minutos. Es que la muerte por asfixia podía ser muy rápida en casos de falla circulatoria o nerviosa, pero cabía la posibilidad de que no resultara inmediata por el aire residual variable en cada persona y por no ser completo el mecanismo de obstrucción. Por lo que quedaba claro para los expertos que si Noelia hubiese sido sumergida o ahorcada el tiempo de sobrevida habría sido menor, de dos o tres minutos, aproximadamente.

En tanto, los forenses observaron lesiones genitales compatibles con un abuso sexual, pero de momento no se encontraban en condiciones de afirmar que sí había ocurrido una violación, por lo que realizaron una serie de hisopados vaginales y anales para posteriores análisis.

Por último, los peritos no hallaron restos de piel o de cabellos debajo de las uñas de la víctima, lo que reforzaba la presunción de que Noelia no había podido defenderse de su o sus agresores.

Mientras el hospital donde se acababa de realizar la autopsia se iba colmando de personas afectadas por problemas respiratorios que, asustadas, procuraban ser atendidas cuánto antes; los familiares más cercanos de Noelia aguardaban desesperados y en medio de ese caos que las autoridades le entregasen el cuerpo. Esa espera que a los deudos les pareció eterna se produjo en una sala contigua a la morgue que daba al estacionamiento trasero del centro asistencial y cuyo ingreso estaba custodiado por dos policías que le frenaron el paso a los dos abogados recién llegados, por lo que Jorge, al

percatarse de esa situación, se acercó hasta los efectivos y les pidió que permitiera entrar a los letrados.

Seguidamente, el papá de Noelia condujo Horacio y Sarkis, quien iba un par de pasos por detrás del primero, hasta donde se encontraban María del Carmen, Marisa con su bebé en brazos y su yerno Claudio, y se los presentó, a lo que los abogados ofrecieron sus condolencias.

-Señor Di Paola. Entiendo que este es un momento terrible para usted y su familia, pero necesitamos hablar unos momentos a solas, ¿puede ser? -indicó Horacio.

-Sí, sí. Está bien -el hombre se apartó unos metros de sus parientes que permanecían en silencio: madre e hija lloraban abrazadas mientras que Claudio tenía los brazos en jarra y la vista clavada en el suelo, pensando no sólo en la pobre Noelia sino también en la salud de su pequeño hijo.

Y como si todo eso fuese poco, otra de las preocupaciones que acorralaban a la familia era si la funeraria iba a disponer de un grupo electrógeno para poder llevar a cabo el velatorio que, en principio, debía comenzar esa misma tarde y prolongarse hasta la mañana siguiente cuando se realizaría la inhumación en el Cementerio Municipal.

-El doctor Sarkis Djanikian aquí presente va a ser quien lleve adelante su caso - retomó Horacio una vez que él, Jorge y su protegido se reunieron para hablar en un rincón con mayor privacidad.

-Pero yo hablé con usted personalmente...

-Quédese tranquilo que el colega es de mi más absoluta confianza. Además, yo también voy a seguir paso a paso cada una de las alternativas. Confíe en mí.

-¿Y los honorarios?

-No van a cambiar de lo que ya acordamos.

-Ok, pero yo todavía no pude reunir la plata. Sólo tengo la escritura de la casa...

-No se preocupe por eso ahora. En este momento lo que primero que necesitamos es que usted firme unos papeles para poder presentarlos ante la Justicia lo antes posible.

-¿Y para qué son esos papeles? –Jorge echó una mirada hacia Sarkis, quien sacaba de su carpeta unos documentos y luego tomaba la lapicera del bolsillo interno de su saco.

-Son unos escritos que simplemente dicen que nosotros vamos a ser sus abogados y en cuanto el juez los acepte vamos a poder ver el expediente y comenzar a solicitar todas las medidas de prueba que consideremos necesarias.

-Yo lo único que quiero es que metan preso a ese pendejo hijo de puta que destruyó a mi familia –el padre de Noelia apretó los dientes y después estampó su firma en los papeles que le acercó Sarkis.

Las sospechas de Jorge sobre Nacho no eran un capricho o un producto de su intuición de padre. Y si bien no contaba con un nivel de instrucción que le permitiese realizar un análisis profundo del caso, su sentido común, formado a partir de una larga experiencia en las calles de la ciudad, le impedía pasar por alto que el muchacho no sólo había sido la última persona que estuvo con su hija, sino que su versión de los hechos dejaba muchas dudas, tal vez demasiadas.

Y en esos puntos oscuros se centraba el fiscal Peretz para avanzar en su investigación, cuya principal hipótesis coincidía, por el momento, en apuntar hacia Nacho ya que, por ejemplo, en la causa constaba el testimonio del médico policial que había revisado al joven en la comisaría y que declaró que las únicas lesiones detectadas en el cuerpo de aquel habían sido en la rodilla y en la cara interna de muslo derecho, lo que no se correspondía con la teoría de que Nacho, según lo que él mismo había manifestado ante la Policía y la Justicia, estaba recostado en el asiento trasero de su auto



y abrazado a Noelia cuando rompieron el vidrio trasero del lado del acompañante del Ford Escort. Si esto hubiera sido así, las lesiones producto de los cristales rotos habrían sido en zonas descubiertas del cuerpo y de carácter múltiple y superficiales.

Consultado de si las lesiones observadas pudieron haberse producido por el arrastre sobre vidrios, el médico policial respondió que en ese caso las heridas habrían sido en mayor cantidad y las prendas de vestir del muchacho habrían quedado con restos de cristal o rasgadas, lo que no ocurrió.

En ese sentido, el oficial que le había tomado la primera denuncia en la seccional declaró que las ropas de Nacho estaban limpias, sin tierra ni manchas de grasa y tampoco tenían restos de vidrios ni pasto.

Otro testimonio que parecía complicar al joven era el de un hombre que se encontraba en la comisaría esperando a ser una denuncia por el robo de su auto luego de que Nacho terminara de declarar. Este testigo declaró que al muchacho lo notó tenso, pero tranquilo, en una actitud que no era la de una persona a la que le había ocurrido lo que él contaba y recordó que, en un momento de su exposición, el oficial le preguntó por el apellido de Noelia y Nacho dijo que lo desconocía, a pesar de que acababa de afirmar que la adolescente era su “novia”.

-Le prometo, señor Di Paola, que vamos a hacer todo lo posible para esclarecer el crimen de su hija –se despidió Horacio de los familiares de Noelia luego de que Sarkis partiera casi a la carrera hacia el despacho de la jueza de Garantías *Susana Velasco de La Canal* para llegar antes de que cerraran los tribunales. Pero la magistrada estaba de turno ese día, por lo que el joven abogado no tuvo problemas en presentar en tiempo y forma la documentación requerida.

Aquel encuentro con la familia de Noelia en el hospital fue la última vez que Horacio y Sarkis se mostraron juntos en público ya que la indicación del primero de

ellos fue que para la Justicia, la Policía y la prensa el caso le pertenecería únicamente al segundo. De hecho, los letrados sólo discutirían las alternativas de la causa en privado o por teléfono o correo electrónico.

“Espero que ese comisario Pereyra no nos complique el trabajo. Ahí, tendrías que haber entrado vos solo a hablar con él. Pero no importa. Llegado el caso le pedirás al fiscal que aparte a la policía local de la investigación”, le dijo Horacio a su protegido una vez que éste regresó de tribunales y ambos abandonaron el centro asistencial rumbo al hotel en el que se hospedarían en habitaciones separadas. El joven lo haría por tiempo indeterminado y su padrino profesional sólo hasta que reabrieran el tránsito en la ruta para volver a Roca Negra Capital, lo que esperaba que se concretara en un plazo no mayor a las veinticuatro horas.

Por su parte, los expertos del CISP establecieron que el Choconda experimentaba una erupción moderada, es decir, que la situación aún podía agravarse. Por el momento, este proceso había alcanzado a producir una columna de humo de unos once kilómetros de alto y seis de ancho (el doble del diámetro de la almeja en la cumbre del volcán) que por efectos del viento se movía rápidamente hacia el oeste reduciendo la visibilidad a escasos veinte metros por cada lugar que sobrevolaba y dejaba cubierto de un manto grisáceo. De acuerdo a los científicos, durante la erupción se habían registrado unos doscientos veinte sismos por hora, una decena de ellos de cuatro grados en la escala de Richter y cincuenta mayores a tres.

Y si bien aún no conocían con precisión los efectos de las cenizas, los científicos recomendaban a la población en general no salir a la calle, cubrirse la boca y la nariz, no beber agua de red y tampoco utilizar los automóviles porque los motores podían dañarse seriamente.

En tanto, y a medida que se acercaba la noche, los pobladores más afectados en sus casas por la lluvia de cenizas (no sólo por la falta de energía eléctrica o de agua no proveniente de la red, sino también por los daños provocados por la acumulación del material en techos endebles) fueron abandonando todos sus bienes, excepto lo que podían cargar en un bolso de mano, para ponerse a resguardo en un albergue montado por las autoridades comunales en el gimnasio municipal. Allí, las personas fueron recibidas con frazadas y un chocolate caliente entregados por los uniformados del Ejército que habían recibido la orden de salir del Cuartel V de Montaña para ayudar a sobrellevar la crisis.

También comenzaron a rondar por ese refugio improvisado los periodistas que ahora se abocaban a cubrir los efectos del desastre natural, dejando casi de lado el crimen de Noelia, lo que aportó un poco de tranquilidad, provisoria, a la familia de la víctima que finalmente decidió no hacer velatorio y colocar los restos de la adolescente en un nicho del cementerio, lo que se concretó a primera hora de la mañana siguiente durante una breve ceremonia breve de la que participaron sólo parientes y amigos.

Algunas cámaras y periodistas gráficos se acercaron a la necrópolis y al término de la inhumación obtuvieron algunos testimonios. “Mi hija tenía muchos sueños. Era la madrina del hijo de la hermana y quería estudiar gastronomía y hotelería”, expresó un Jorge quebrado, pero que alcanzaba a sostener a su esposa.

“Nadie me quita de la cabeza que Nacho sabe más de lo que dice”, sentenció María del Carmen bajo un cielo que seguía teñido de gris plomo, aunque ya no derramaba las microscópicas partículas de roca y minerales provenientes de las entrañas milenarias del volcán despierto, cuya imagen petrificaba se parecía bastante a la de la familia Di Paola: rígida por fuera, mientras que su núcleo, invisible desde el exterior completamente cubierto de polvo, estaba en llamas.

## VI

La ventana dejaba ver una postal inolvidable del lago. Sentado en los pies de la cama de la habitación del hotel, Sarkis observaba como una capa gris, como si se tratase de cemento líquido, flotaba sobre la dulce superficie del Rincón. La ceniza volcánica acompañaba cada uno de los movimientos de las pequeñas olas, por lo que cubría el agua desde la orilla hasta unos doscientos metros hacia el centro de la cuenca. Mientras que en el fondo de aquel raro escenario, la pluma del Choconda no permitía divisar las montañas, como si éstas hubieran sido borradas del mapa.

El letrado bajó al salón donde servían el desayuno y se ubicó en una mesa para dos, junto al ventanal que se comunicaba con una terraza completamente cubierta de material volcánico que se había distribuido por todos lados, incluso, por los escalones de la vacía piscina, cuyas paredes y suelo habían perdido el tono celeste clásico de las piletas de material.

Sarkis bebió un café con leche y devoró dos tostadas con mermelada de frutos del bosque y una vez que terminó de desayunar, y se limpió la boca y las manos con una servilleta de papel, tomó su teléfono celular, buscó el contacto “Horacito” y apretó el botón verde de la izquierda. Pero en la pantalla se encendió una señal roja de alerta con la leyenda “red ocupada”. Volvió a intentarlo y obtuvo el mismo resultado.

-Todavía no han restaurado la señal de telefonía celular -indicó el encargado de la recepción, que también cumplía tareas en la cocina y como mesero en el salón desayunador.

-Ya veo -retrucó el abogado resoplando y mirando a su interlocutor de soslayo-.  
Disculpe, ¿sabe si se retiró el señor de la habitación 44?

-¿El que andaba en un auto importado negro?

-Sí, ése.

-Saldó la cuenta y se retiró temprano esta mañana. Pensé que eran amigos y estaban de viaje juntos.

-No, no. Apenas lo conocí al llegar acá –mintió Sarkis, quien se puso de pie, tomó su saco acomodado en el respaldo de la silla de la que acababa de levantarse y se lo colocó en una rápida maniobra. Luego, levantó de la mesa la carpeta de papel madera, saludó al recepcionista/cocinero/mesero con un ligero movimiento descendente de su cabeza, dejó la llave de su habitación sobre el mostrador y salió a la calle.

Aquella mañana no llovían cenizas; sin embargo, los efectos de las mismas aún se sentían, no sólo por la cantidad de material acumulado en el suelo, sino también por el que se encontraba en suspensión, a raíz de lo cuál el Municipio había dispuesto adelantar el receso escolar de invierno y dar asueto administrativo al personal de las oficinas comunales. Por la misma situación, la Corte Suprema de Justicia Provincial había resuelto adelantar la Feria Judicial en Espadalucente, aunque debido a la gravedad del caso Noelia dispuso, al mismo tiempo, que el fiscal Peretz y la jueza Velasco de La Canal siguieran de turno.

“Queríamos conocer la nieve, pero esto es como estar en la playa. Hay arena por todos lados”, escuchó Sarkis decir a una mujer de unos cuarenta y pico de años que caminaba por el centro comercial de la mano de su esposo, de cuyo cuello colgaba una cámara fotográfica. “Sólo nos falta el mar, ¿no?”, respondió el hombre que vestía pantalón para esquiar negro cubierto de polvo desde las rodillas hasta los tobillos.

Pero la preocupación de aquella pareja era, en realidad, la misma que la de los demás turistas que tenían un pasaje aéreo de regreso que no sabían cuándo iban a poder utilizar ya que el aeropuerto continuaba cerrado. Para colmo, las rutas terrestres se liberaban de manera intermitente, con tránsito asistido y en un solo sentido que iba

rotando ya que era muy peligroso circular, por lo que la ciudad se encontraba prácticamente aislada.

También se había prohibido navegar en el lago, por lo que la única actividad desplegada en el Rincón de aquel día fue la puesta en marcha del operativo de regreso de un pequeño grupo de turistas que había quedado atrapado por la lluvia de cenizas cuando recorrían la isla del *Expedicionario* ubicada en medio del agua. Estos visitantes habían tenido que pasar dos noches en el refugio de aquella balsa de piedra hasta que las precipitaciones de material volcánico se detuvieron por algunas horas y una embarcación militar los pudo evacuar, ya que el catamarán particular en el que había llegado hasta allí quedó inutilizado.

El encargado del hotel le había contado a Sarkis que nunca antes había sufrido la ciudad un desastre como el que estaban atravesando. Si bien dos años antes otro volcán del cordón Cerro Alto había entrado en erupción, como aquel se situaba bastante más lejos de Espadaluciente y era pequeño en comparación con el Choconda, las cenizas que habían alcanzado la ciudad fueron más blancas y finas que las actuales, e irrumpieron de manera no tan violenta y en menor cantidad, más dispersas en la nubosidad habitual del período comprendido entre finales de otoño y principios de invierno. Pero ahora, la nube de ceniza ya había recorrido 1.000 kilómetros hacia el noroeste., afectando también la zona de Valleverde.

En ese marco, la situación más grave afectaba a Floreal, que permanecía sin suministro de energía eléctrica, telefonía e Internet, y cuyo camino hacia Espadaluciente que bajaba desde las montañas y bordeaba el lago estaba cerrado, por lo que de la única manera para salir de la villa era por medio de las tareas de evacuación iniciadas por el Ejército. Pero sólo una pequeña porción de los 10 mil habitantes de aquel lugar accedió a abandonar sus hogares a pesar de que habían caído unos 20 centímetros de cenizas que

cubrieron el 85% de la superficie total de la localidad. Y no sólo eso, debido a su proximidad con el volcán, además de las cenizas, del cielo cayeron piedras pómez de entre dos y cinco centímetros de longitud que causaron algunos golpes leves en las cabezas de los más desprevenidos y daños en los techos endebles.

La única buena noticia era que los expertos del CISP habían establecido que las cenizas del Choconda eran menos dañinas para la salud y el medio ambiente que las caídas dos años antes, dado que no tenían fases de cuarzo, aunque las autoridades seguían recomendando evitar el contacto de dichas partículas con los ojos. Del mismo modo que aún aconsejaban no beber de la red, a pesar de que los científicos descartaron que el material volcánico afectara el PH del agua.

Los especialistas también sobrevolaron el volcán en un helicóptero militar y observaron que la fisura del Choconda se extendía entre tres y cuatro kilómetros. A simple vista advirtieron que la pluma era bastante blanca, lo que indicaba que contenía mucha ceniza y agua. Además, determinaron que hasta el momento no se habían registrado avalanchas, una señal de que la actividad había disminuido. Y esto último quedó registrado en el sismógrafo que detectó que de los 250 episodios por hora producidos durante la jornada anterior ahora sólo había 20.

De todos modos, los expertos pronosticaban que la emanación de lava iba a producirse en las próximas 24 horas, pero que este río de llamas y piedras derretidas iba a ser lento. El panorama parecía alentador y las autoridades políticas esperaban que los evacuados regresaran a sus casas en un plazo no mayor a los tres días. Sin embargo, los meteorólogos sostenían que el viento sudeste iba a seguir llevando la fumarola hacia el interior de la provincia.

Por su parte, Sarkis caminaba por las calles céntricas de Espadaluciente, donde se respiraba un aire con olor a azufre. Algunos comerciantes habían tomados sus palas y

escobas y limpiaban el frente de sus respectivos locales, mientras que los empleados municipales de Barrido y Limpieza trataban de despejar las calles devenidas en dunas. En tanto, los supermercados, farmacias y estaciones de servicio contaban esta vez con muchos menos clientes y ya no se veían largas colas para comprar agua, víveres, barbijos y cargar nafta o gas oíl.

En esa ciudad que parecía un desierto, el joven abogado llegó hasta los tribunales y se dirigió inmediatamente al despacho de la jueza Velasco de La Canal, donde una secretaria de su edad, aproximadamente, vestida con un trajecito negro, tacos del mismo color y un rostro adornado con un largo pelo morocho y recogido, sumado a unos ojos verdes que se escondían detrás de uno anteojos de marco grueso, le indicó que la fotocopidora aún continuaba averiada, por lo que no habían podido hacerle una copia del expediente de la causa por el crimen de Noelia.

Sin mucho material para trabajar, Sarkis pensó en ir hasta la casa de los padres de la víctima para tener una profunda entrevista que le permitiera obtener mayores datos sobre Noelia, su relación con Nacho y lo que ocurrió durante la infructuosa búsqueda de la adolescente. Pero desistió de hacerlo porque la familia aún no le había depositado la primera cuota de sus honorarios que había sido pactada y el letrado no quería que su presencia en el domicilio fuese interpretada como una maniobra de presión para cobrar ese dinero. Por el momento, Sarkis contaba con su propia plata y una suma que le había dejado Horacio antes de partir para poder pagar su estadía en la ciudad.

Entonces, el abogado paseó un rato por la rambla del centro comercial que bordeaba el lago y al pasar por el frente de una subestación de la planta potabilizadora de agua observó a un buzo tratando de sumergirse en lo que parecía arena movediza. “¿Está muy espesa?”, preguntó un empleado de la planta parado en la orilla rocosa, mientras que su compañero vestido con un traje de neoprene naranja tenía el agua



cubierta por cenizas hasta la cintura y miraba hacia abajo sin poder divisar el fondo del lago. “Tené cuidado, boludo. No vaya a ser que después no puedas salir”, bromeó.

-Disculpe, ¿qué está haciendo ese buzo? -preguntó Sarkis, quien se había acercado a pie entre las rocas húmedas hasta el empleado que llevaba puesto un overol caqui con la leyenda “Aguas Provinciales” en la espalda.

-El señor está inspeccionando el estado de la bombas sumergidas que toman agua del lago -respondió el trabajador sin apartar la vista del buzo que continuaba enterrado en un médano flotante.

-¿Quieren saber si las cenizas están afectando el funcionamiento de esas bombas?

-Claro. Igual, esto se hace siempre -indicó el empleado mientras encendía un cigarrillo-. El problema es que en la superficie hay tan poca visibilidad que no encuentra la bomba y hay que limpiarlas para que no se tapen y sigan chupando el agua.

-Espero que lo logre -señaló Sarkis alejándose de la orilla y en dirección a la rambla-. Así todos vamos a poder tomar el agua de red -agregó, al tiempo que el buzo seguía sin animarse a sumergirse por temor a golpearse contra alguna roca ya que las olas generaban una corriente bastante fuerte.

Luego del paseo, el abogado regresó al hotel donde el encargado lo recibió con una buena noticia: “Volvió el cable”, le dijo y después le entregó la llave de la habitación. Al ingresar a la pieza, Sarkis se sacó los zapatos cubiertos de polvo y los dejó cerca de la puerta. Luego se fue al baño y se lavó las manos y la cara que estaban ásperas y sucias por el material volcánico en suspensión. Voy a tener que bañarme de nuevo, se dijo al tocarse el pelo delante del espejo. Luego se tiró en la cama y encendió el televisor. Hizo un *zapping* para chequear que se vieran todos los canales de la grilla,

en especial los de deportes (los que más le interesaban), y finalmente dejó uno de que transmitía noticias nacionales las 24 horas.

En ese momento, un periodista que había sido enviado especial a Espadaluciente se encontraba transmitiendo en vivo desde Floreal. “Continúan lloviendo cenizas muy finas pero el clima es de una tensa calma. Ahora, la principal preocupación de los habitantes del pueblo es cómo este desastre natural va a afectar la temporada turística invernal, principal fuente de ingreso de esta comuna”, expresó el cronista, quien tenía colocado un ridículo gorro de cuero con orejeras y un barbijo.

“Hay sectores que siguen sin luz y las autoridades aún no han informado si se debe a la rotura de algún generador por la caída de material volcánico o si se cortó el suministro como una medida preventiva para evitar cortocircuitos y accidentes”, continuó el periodista, mientras caminaba hasta donde se encontraba un comerciante que paleaba ceniza frente a su local y al que le acercó el micrófono a la boca: “Cuando el volcán hizo erupción hubo pánico porque llovía arena, los truenos parecían bombas y caían piedras que no eran muy grandes, pero si te golpeaban en la cabeza te dejaban algo mareado. Parecía que se venía el fin del mundo. Pero después, cuando nos empezaron a dar instrucciones claras de cómo actuar ante la emergencia, la situación se fue controlando”, contó el entrevistado, algo agitado ya que no había dejado de palear en ningún momento de la charla.

Según el periodista, a diferencia de Espadaluciente, en Floreal habían tomado en serio la advertencia del CISP, por lo que la delegación municipal reservó antes de la erupción unos 200 mil litros de agua potable en sus cisternas, repartió cientos de barbijos y diagramó los planes de evacuación para aquellos pobladores más cercanos al volcán. Al estar mejor preparados, algunos contratistas locales salieron a acumular la

ceniza para en un futuro utilizarla como arena en obras de construcción. Así, no hubo desabastecimiento ni sobreprecios, al menos en esos rubros.

Aburrido, Sarkis cambió de canal, pero en el noticiero central hablaban del impacto de la erupción del volcán en el turismo de la región. Los conductores presentaron una entrevista al secretario de Turismo de Espadalucente, *David Gutiérrez*, quien precisaba que el temor era innegable porque cada invierno se recibía a unos 200 mil visitantes, muchos de ellos extranjeros, aunque se mostraba optimista ya que confiaba en que la apertura del aeropuerto se iba a concretar en los próximos días. Y en ese sentido recordó que dos años antes, cuando se había producido un fenómeno similar, llegaron sólo unos 30 mil turistas menos a raíz de la cancelación de vuelos, lo que describió como “nada catastrófico”.

Luego de esa entrevista, en el noticiero pasó a transmitir en vivo desde el *Aeropuerto Nacional Comandante Milos Klinec*, donde se anunciaba la cancelación del total de los 20 vuelos que ese día tenían como destino el sur de Roca Negra debido a la caída de ceniza volcánica. Ante esa situación, las aerolíneas indicaban a los afectados que podían dejar sus pasajes abiertos por un año y sin penalidad alguna, por lo que se originaron largas filas para cambiar las fechas para volar y otro tanto en la terminal de micros donde los más urgidos buscaban llegar como sea a las ciudades sureñas.

En este marco, en el noticiero colocaron en pantalla unas placas que informaban sobre los distintos efectos de las cenizas y como se debía actuar ante cada situación:

*“-Si la ceniza acumulada se moja se convierte en un material altamente abrasivo. Por ello, se recomienda no limpiarla con paños ni telas sino con cepillos y escobas, y recolectarla cuando se encuentra seca.*

*“-No tirar la ceniza en los desagües porque al mojarse se vuelve muy pesada. Hay que colocarla en bolsas plásticas resistentes ya que con el tiempo se solidifica.*

*“-La combinación ceniza con agua produce cortocircuitos debido a que es conductor de electricidad y esto puede dañar los equipos electrónicos.*

*“-Cuando entra en contacto con motores calientes, la ceniza se funde y afecta la combustión provocando la parada de los mismos.*

*“-Si la lluvia de ceniza es persistente, se debe limpiar constantemente los techos y ductos de ventilación, y mantener las puertas y ventanas cerradas.”*

Según los expertos citados en las noticias, la ceniza estaba compuesta por partículas de roca y minerales de unos dos milímetros de diámetro y contenía silicio, aluminio, potasio, calcio, hierro, titanio, magnesio, sodio y un poco de cloro. Y a pesar del olor que emanaba, no se había detectado la presencia de azufre. De todos modos, se recomendaba el uso de mascarillas, no salir de casa y al hacerlo llevar lentes y ropa de protección porque el material afectaba la visibilidad y dañaba la piel. Y como no permitía la penetración de los rayos del sol, la temperatura tendía a bajar y se producían lloviznas persistentes.

Respecto de los animales y plantas, la sugerencia era proteger a las mascotas manteniéndolas bajo techo. En las granjas había que evitar que los animales comieran de pastizales con ceniza y tapar las plantaciones.

Y sobre los aviones, en el noticiero se recordó que al contener silicio, un material como el vidrio, la ceniza volcánica podía llevar a que las turbinas se “plantaran” en medio de un vuelo si se adhería al motor porque se derretía como un caramelo ante las altas temperaturas y luego se molificaba sobre el mismo. En este caso, el problema que enfrentaban las aerolíneas era doble porque no solo había una inmensa

nube de cenizas, sino que también había material acumulado en las pistas. Además, el viento podía trasladar de un lado a otro las cenizas caídas en cualquier tipo de suelo. Y justamente el aeropuerto de Espadalucente estaba ubicado en una zona descampada y llana donde se había acumulado una capa de hasta cinco centímetros de polvo volcánico.

“Este tipo de la Secretaría de Turismo es un caradura. Ni en pedo van a abrir el aeropuerto en estas condiciones. Pero bueno, parece que lo único que importa por acá es la plata, así que van a mentir en todo”, dijo Sarkis tras apagar el televisor y quedar su habitación completamente a oscuras.

## VII

Sarkis ocupaba una mesa ubicada un rincón del bar, desde donde podía apreciar el lago a través del ventanal hacia uno de los lados, y hacia el otro, la puerta de entrada. A unos metros del ingreso al local se situaba el mostrador, detrás del cual, una joven mesera se movía como pez en el agua. En la última semana el letrado había montado allí su especie de oficina, básicamente, por dos razones: privacidad y un paisaje atractivo que no tenía que ver únicamente con la vista del Rincón con las montañas nevadas de fondo y la pluma erigiéndose entre las altas cumbres. Es que prefería ser atendido por una sonriente y discreta mesera antes que el amargado encargado del hotel, cuyo único interés parecía ser despotricar contra la naturaleza y la Policía por la erupción del volcán y el crimen de Noelia, respectivamente; los que, a su obtuso entender, iban a llevar a la ciudad definitivamente a la ruina.

El abogado bebía de su cortado en jarrito y repasaba algunas de las cientos de fojas que en el juzgado le habían fotocopiado del expediente cuando sonó su teléfono celular: “¿Horacito?”, preguntó Sarkis apenas atendió, pero del otro lado de la línea lo sorprendió una voz femenina que reconoció de inmediato. “¡Hola hermosa!”, exclamó casi riendo.

-Si querés pongo voz ronca y me llamás Horacito. Vos sabés que yo hago todo lo que vos quieras, papito -bromeó *Bárbara* y luego soltó una carcajada.

-Menos mal que me llamaste. Ya te estaba extrañando.

-Igual, no te hagas demasiadas ilusiones, sólo estaba chequeando que te haya vuelto la señal del celular.

-No te hagas la difícil, eh. Vos siempre vas a ser mi Barbie negra.

Bárbara era la exnovia de Sarkis y ambos se habían recibido juntos en la Facultad de Abogacía de la UNRN. “Nos mató vernos todos los días”, le había explicado ella cuando decidió terminar su relación de casi cuatro años con él. Y la joven morocha tuvo razón ya que, si bien habían mantenido un noviazgo prácticamente adolescente en el que cada uno siguió viviendo con sus padres y se comportaron como personas extremadamente dependientes, la química sexual entre ambos había sido perfecta, lo que alimentó una intensa atracción que continuó, incluso, después de la ruptura y se convirtió en la principal razón por la que seguían en contacto, especialmente, cuando ninguno de los dos tenía otra relación en curso.

- ¿Cuándo volvés? -preguntó ella.

-No lo sé. Por ahora tengo que seguir acá. Tengo mucho trabajo por hacer todavía.

-Ok. Pero no te olvides de nuestra pequeña sociedad.

-Claro que no, hermosa. Jamás te abandonaré. No soy como vos.

-No seas malo, ¿quierés?

-Te estoy cargando.

-Bueno.

-Igual, ¿quién dejó a quién?

-¡Uh! ¡Qué pesado! Yo te dejé porque eras demasiado buen amante para mí y me obligabas a pensar todo el tiempo en tu cuerpaceo. Y eso no es vida, mi amor.

Sarkis rió tan fuerte que la mesera, parada junto a la puerta, se volvió hacia él y le clavó la mirada con el entrecejo levantado. “Perdón”, se excusó él, aunque el bar estaba casi desierto.

- ¿Con quien hablás, negrito?

-Con la mesera.

-¿Y es linda?

-Muy. Pero no tanto como vos.

-¿Cómo es?

-Y... rubia, ojos claros, alta, flaca....

-Todo lo contrario a mí, bah.

-Vos sos flaca, nena.

-¿En serio?

-Claro. Para tus treinta estás re fuerte.

-¡Ay, gracias!

-Además, esta mesera no debe tener más de veinte años. Así que no podés competir con eso.

-¿Ah, sí?

-Y contra la naturaleza no se puede.

-Hace una cosa: levantátela y después decime si te coge mejor que yo.

-No creo. Pero si querés, te venís a visitarme este fin de semana y hacemos un *ménage à trois*.

-No es mala idea, aunque no me gusta la idea de compartirte. Vos sos solo mío, ¡jajá!

-¡Como me calentás, pendeja!

-Bueno, bueno. Aflojando, eh. Porque vos tenés mucho trabajo y no quiero que te mandes una cagada por mí culpa.

-Es cierto. Es más, me hiciste acordar que tengo que llamar ya a un periodista que me recomendó Horacito y se me está haciendo tarde.

-Está bien. Te dejo. Después la seguimos.

-Dale.



-Un beso. Cuidate.

-Vos también.

Apenas Bárbara cortó la comunicación, Sarkis buscó en uno de sus papeles el número de teléfono que le había dado Horacio. Luego chequeó que su celular tuviera batería y señal suficiente y marcó. Como era una llamada de larga distancia a la Capital Nacional, la línea tardó en conectar.

-Policiales de AGEN -atendieron del otro lado.

-Buenas tardes, ¿podría hablar con *Gabriel Sculli*, por favor?

-Un momento -respondió la voz masculina y luego precedió un breve silencio-.

Habla Sculli -retomó otro hombre.

-Que tal señor Sculli, habla Sarkis Djanikian, abogado de la familia de Noelia Di Paola. Horacio Iraola me recomendó que hablara con usted.

-Sí, sí. Horacito me dijo que usted me iba a llamar. Un gusto doctor, ¿en qué lo puedo ayudar? -continuó el jefe de la sección Policiales de la *Agencia de Noticias del Estado (AGEN)*.

Horacio le había dicho a Sarkis que todavía no estaba preparado para ir al programa televisivo de Samuel para hablar del caso, por lo que le sugirió que primero hiciera aliados en la prensa gráfica para ir instalando su nombre de a poco en los distintos medios. Era la primera vez que el joven abogado hablaba directamente con un periodista ya que en los últimos diez días había evitado a la prensa que cubría el crimen de Noelia, un poco por vergüenza y otro porque sabía, al igual que su padrino, que todavía era muy prematuro para hacerlo.

-Ante todo, como me encuentro en Espadalucente quería preguntarle si han enviado a la ciudad a algún periodista para hacer la cobertura especial del crimen y, en ese caso, si usted puede contactarme con él personalmente.

-Mire, doctor, la agencia designó un enviado especial que ya se encuentra trabajando allá, pero no es de Policiales ya que se está encargando de la cobertura de la erupción del volcán, por lo que, en realidad, el caso lo estamos cubriendo nosotros desde aquí.

-Es una lástima.

-Coincido. Personalmente pienso que es un hecho que amerita una cobertura especial de nuestra sección, aunque voy a insistir a los jefes de redacción para poder enviar a alguien en los próximos días, cuando se calme un poco la situación del volcán.

-Estimo que debe ser costosa una cobertura especial.

-Depende. En este caso, no creo que los fondos sean el problema. Recursos aparentemente hay, el punto es que la lluvia de cenizas sí se puede mostrar como una situación que no es de vida o muerte, el homicidio de una adolescente inocente no. ¿No sé si me explico?

-Sí, sí. Claro como el agua- asintió Sarkis, quien hacía garabatos con su lapicera sobre una hoja.

-Así que, mientras tanto, cualquier información que desee comunicar va a tener que ser vía telefónica, como ahora.

-Bueno, en ese caso, le informo que el particular damnificado al que represento ha propuesto a la psiquiatra forense *Pilar Madwich* como perito de parte en cada una de las diligencias científicas que se van a ir llevando a cabo -el letrado soltó la lapicera sobre el papel y adoptó un tono solemne.

-Ajá. Conozco la doctora Madwich de la época en que era jefa de los laboratorios de la Policía y he hablado con ella en más de una oportunidad -indicó Sculli.

-Igual preferiría que ante cualquier consulta sobre los peritajes que se lleven a cabo se comunique conmigo y yo no tendré ningún problema en brindarle la información que necesite.

-Entiendo perfectamente y no hay ningún problema.

-Bueno, ahora si usted quiere, puede preguntarme por las novedades de la causa.

-Tutéeme doctor. Dígame Tano, con confianza. Todos me llaman así. Es más, casi nadie recuerda mi nombre de pila.

-De acuerdo.

-Doctor, la Policía ha informado hace un par de días que se confeccionó un identikit del supuesto delincuente que, según Ignacio García, capturó a Noelia, ¿esto es cierto?

-Efectivamente. El dictado de rostro fue elaborado en base a los datos aportados por García y luego lo perfeccionaron a través de un software especial.

-Ajá –Sculli tomaba apuntes en la computadora de su escritorio.

-Y el mismo ya se ha distribuido en todas las comisarías de la provincia a pesar de que el propio García dijo que estaba oscuro y nervioso, por lo que no había podido ver bien al supuesto delincuente e, incluso, que no estaría en condiciones de reconocerlo en rueda de presos.

En ese sentido, el oficial que le tomó la primera denuncia a Nacho había declarado en la causa que cuando le preguntó al joven si podía hacer un dictado de rostro del asaltante, el muchacho respondió que no, porque no le había visto la cara, pero que después ante el dibujante terminó haciendo una descripción.

*“El joven comenzó a describir la cara del delincuente tal como figura en el identikit que llevé a cabo y durante la descripción lo noté seguro y sin mayores dudas.*

*Terminó siendo un dibujo fácil ya que no necesité utilizar la goma de borrar, al contrario de lo que suele ocurrir en la mayoría de los casos en que entrevisto a personas que han sido víctima de un ilícito y que van modificando las características a la vez que voy efectuando el dibujo”,* había declarado el dibujante policial ante el fiscal Peretz.

-De todos modos- retomó el abogado-. La familia de Noelia mantiene muchas dudas respecto de la versión que ha dado el joven García. Y si bien no puedo hablar por el fiscal de la causa, que considero está realizando un muy buen trabajo, le recuerdo que, hasta *el ministro de Justicia y Seguridad provincial, Romeo Cazorla*, ha dicho que se investigan otras pistas además de la que brindó este muchacho.

-Sí, sí, lo tengo presente –el periodista hizo una pausa y dejó de tipiar-. ¿Y en qué se basan las sospechas sobre García? Digo, además, de que él fue la última persona que estuvo junto a la víctima.

-A ver... Los peritos confirmaron que dentro del auto de García se halló una jeringa de plástico y un frasco tipo gotero y del mismo material, intactos; que bien podrían haber sido utilizados con alguna droga para dopar a Noelia y que ésta no se resistiera al ataque sexual. Uno de los testigos del levantamiento de rastros del vehículo declaró que estos dos elementos estaban ocultos detrás del panel de la puerta del conductor.

-¿Y cómo encontraron eso? Me refiero a que si no estaba a simple vista...

-Es que el testigo refirió que los peritos sacaron el panel de la puerta con un destornillador.

-Claro.

-Y esto es muy importante porque también se halló un pequeño filamento metálico que se cree es una aguja hipodérmica.

-Lo que se complementaría, llegado el caso, con la jeringa y el gotero.

-Exactamente. Y por otro lado, también se determinó que dos tornillos hallados en la bolsa de nailon que cubría el cadáver eran iguales a otro par levantado del piso del vehículo.

-Pero, según tengo entendido, la Policía cree que fue un Peugeot 504 color beige el auto del que arrojaron el cuerpo y que por eso secuestraron un vehículo de esas características en las afueras de Espadalucente.

-Eso es cierto. Sin embargo, los efectivos se basaron en los datos aportados por el mismo llamado anónimo que permitió el hallazgo del cuerpo y que sólo indicó que se trataba de un vehículo de los ocheta, color claro. Además, la Policía demoró al dueño de ese Peugeot y el fiscal lo dejó ir en libertad tras tomarle declaración.

-O sea que los datos del llamado anónimo son muy vagos.

-Tal cual. Y lo mismo sucede con otros testigos. Por ejemplo, un hombre que estaba en la parada de colectivos ubicada sobre la ruta, unos trescientos metros al sur de la estación de servicios a la que García llegó para supuestamente pedir ayuda, declaró que vio pasar desde el norte un auto, probablemente un Fiat Duna color rojo, del que una chica sacaba la cabeza por la ventanilla trasera del lado del acompañante y gritaba pidiendo auxilio. Pero este testigo dijo que no alcanzó a ver más nada ni avisó a nadie en ese momento porque a los pocos minutos pasó el colectivo y se fue a trabajar. En cambio, el playero, que tendría que haber visto esa situación porque el auto debió pasar primero por el frente de la estación, declaró que nunca vio esa secuencia y que al rato el único que apareció en el lugar fue García.

-Por lo que me dice, los testigos que hay hasta el momento no alcanzan para confirmar la versión de García porque nadie vio al supuesto delincuente que el joven describe, pero tampoco aportan demasiado para seguir otra línea investigativa.

-Por eso es que la familia de Noelia cree que García miente y que del crimen participaron, además del joven, otras dos personas, como mínimo. En ese marco hipotético, una de esas personas bien pudo sostener a la víctima mientras la otra la violaba y, en la misma maniobra, la asfixiaba tapándole la boca y la nariz, presionando el pecho y el estómago.

Mientras Sarkis y Sculli hablaban, y terminaban intercambiando sus números de teléfono celular, los peritos de la Corte de la Provincia analizaban en Roca Negra Capital unas veinte muestras tomadas del cadáver de la víctima, de su ropa y de las de Nacho, y una serie de rastros levantados del auto del joven. Y a partir de todos estos elementos los expertos establecieron que no había rastros de vidrio en las prendas de vestir tanto de Noelia como las del muchacho, lo que ponía en duda la versión de que la pareja estaba en el asiento trasero del vehículo cuando el supuesto delincuente rompió la ventanilla con la culata de su arma.

Es más, los expertos realizaron una reconstrucción de la rotura de la ventanilla y comprobaron que recién en el tercer intento se podía romper aquel vidrio y que quien lo hizo se produjo un corte superficial en las primeras falanges del dedo pulgar y del dedo medio de la mano utilizada para tal acción.

Este dato se sumaba a lo que ya había declarado uno de los peritos policiales que participaron del levantamiento de rastros del Ford Escort y que sostuvo que los vidrios habían sido recogidos del piso y asiento trasero del lado derecho y que a simple vista no estaban “maculados”, es decir, que no observó machas de sangre en los mismos. Y más

aún, el testigo señaló que los vidrios hallados no alcanzaban a conformar ni la cuarta parte del total de la ventanilla rota.

Consultado sobre el estado del baúl, este perito contó que se encontraba “sucio, machado con grasa y desordenado”, y que del mismo levantaron muestras de tierra, al igual que del piso delantero derecho.

En cuanto al peritaje sobre el estado de la cerradura de ignición del Ford Escort de García, los expertos mecánicos establecieron que una persona en apuros podía poner en funcionamiento el auto ya que no es que se encontraba trabado el cilindro, sino que había que buscarle “una vuelta” ya que era habitual que ocurriera alguna falla menor en vehículos con “cierta antigüedad debido al desgaste normal por el uso del mismo”.

Cuando uno de los peritos judiciales que realizó el estudio declaró ante el fiscal Peretz y éste le preguntó si una persona que se dedica al robo de autos podía poner en funcionamiento al auto y en cuanto tiempo, el testigo respondió que alguien con intenciones de sustraer el vehículo lo podía hacer sin contar con la llave y en este caso particular podía poner en contacto el automóvil en no más de treinta segundos, aproximadamente.

Entonces, el instructor judicial le preguntó si una persona no idónea en la materia era capaz de reparar el tambor, a lo que el perito respondió que no, porque se requería conocimientos en cerrajería y herramientas, y reiteró que nadie había tocado el tambor y que el mal funcionamiento se debía al desgaste por el uso que tenía.

Cuando el joven abogado terminó de dar la entrevista al periodista de AGEN miró por el ventanal, se secó el sudor de la frente con la palma de su mano y respiró hondo. En ese momento divisó el cielo del atardecer pintado con betas violáceas y anaranjadas cercanas a la línea de horizonte. Estaba más claro, con menos nubosidad

que las de los días previos. Es más, hasta se había vuelto a ver la isla del Expedicionario, que continuaba vedada al turismo.

Entonces, Sarkis se volvió hacia la barra y con una seña le pidió la cuenta a la mesera. Cuando la chica se le acercó con el ticket, él le agradeció la atención y le preguntó hasta que hora trabajaba. Ella le respondió que hasta las ocho de la noche, entonces él la invitó a cenar, sin rodeos ni preámbulos. Ante esa situación, la mesera se ruborizó primero y luego, en silencio, le escribió su número de celular en una servilleta de papel.

-Nunca había conocido a un abogado famoso -bromeó ella.

-Hasta que salgan los diarios no lo voy a ser. Así que, si te parece, salimos mañana a la noche -retrucó Sarkis, mientras doblaba prolijamente la servilleta y la guardaba en el bolsillo interno del saco.

-Y comentamos las noticias...

-Podría ser un buen plan para un sábado a la noche.

-....

-Mejor te llamo después y arreglamos.

-Dale -afirmó ella y regresó hasta detrás del mostrador.

Inmediatamente después, Sarkis juntó sus papeles que acomodó en el interior de la carpeta, reunió el resto de sus objetos personales y salió del bar pasando por delante de la mesera y el encargado, de los que se despidió con un cortés “hasta luego, gracias”.

Cuando el abogado salió a la calle, las primeras luces artificiales del centro comercial comenzaban a encenderse. A esa altura, la nube de cenizas ya había atravesado toda la región de Valleverde y alcanzado Roca Negra Capital. De todos modos, a medida que la nube avanzaba perdía densidad, por lo que la misma era más difícil de distinguir en el cielo de la zona norte de la provincia. Y si bien los efectos de



las cenizas eran muchísimos más leves en aquellos lugares, los expertos locales habían comunicado a la población las mismas medidas de prevención que en el sur.

Apenas habían arribado las cenizas a la Capital Provincial, los funcionarios de la *Secretaría de Transporte de Roca Negra (STRN)* dispusieron el cierre del aeropuerto de la ciudad, que se sumó a las ya inactivas terminales aéreas de Espadaluciente y Cerro Bajo, ubicado unos 300 kilómetros al noroeste del primero, y conformaron un comité de crisis para evaluar la situación a cada hora. La única aeroestación abierta era la de la Capital Nacional, pero ninguna aerolínea volaba hacia los demás destinos mencionados.

Cerrada la vía aérea, la única alternativa para entrar y salir de Espadaluciente y Floreal era la terrestre, pero las rutas presentaban en algunos tramos hasta treinta centímetros de cenizas acumuladas, por lo que el tránsito sólo estaba permitido entre las 9 y las 18, las horas de mayor luz natural, y de manera asistida, por lo que los viajes duraban más del doble que lo habitual.

En tanto, los vulcanólogos informaban que el Choconda seguía aumentando su actividad y arrojando material al aire, alimentando la pluma, a raíz de lo cual, se esperaban nuevas precipitaciones de cenizas en Espadaluciente y sus alrededores.

Mientras que desde la Municipalidad la información parecía fluir con mayor rapidez, aunque muchos vecinos no olvidaban que el día de la erupción la población había sido alertada con muy poca anticipación porque los funcionarios comunales decidieron “guardarse” la alerta de los expertos. Es que según el CISP, el volcán había entrado en erupción alrededor de las 9, por lo que minutos después se informó de la situación a las autoridades municipales. Pero la comuna recién emitió el alerta naranja, y sólo a nivel institucional, a las 12.30, apenas media hora antes de que las cenizas llegaran al centro de la ciudad.

A partir de ese momento, el alerta pasó a ser rojo y así se mantuvo durante toda la semana. De hecho, al tercer día de la erupción la situación en tierra había empeorado debido unas fuertes precipitaciones que, si bien había hecho descender el material en suspensión, complicaron el tránsito en toda la ciudad ya que la ceniza aún no removida obstruyó los desagües pluviales. “Estamos combatiendo la arena. No se trata de una catástrofe”, había señalado en aquella jornada *el intendente de Espadalucente, Martín Casco*, en su primera aparición pública tras la erupción volcánica.

En esa oportunidad, el mandatario comunal había tratado de llevar tranquilidad a los operadores turísticos afirmando que no se había modificado ningún plan de los ya previstos para la inauguración de la temporada invernal y que confiaba en que la situación del aeropuerto se iba a solucionar en pocos días.

También había destacado el funcionamiento del plan de emergencia aplicado en Floreal, donde las brigadas de voluntarios continuaban repartiendo agua potable y miles de barbijos ya que sus pobladores, en su gran mayoría, se resistían a abandonar la villa y estaban decididos a resistir hasta el final. Incluso, a pesar de producirse algunas inundaciones derivadas del incremento del caudal de los arroyos por la enorme cantidad de cenizas acumulada que provocaban fuertes flujos de barro, lo que también aumentaba el riesgo de aludes.

Respecto de cómo y cuando se había emitido el alerta, el intendente terminó reconociendo que no la habían transmitido inmediatamente a la población civil en general para evitar un pánico generalizado. Entonces, quedó flotando en el aire la pregunta de si el municipio había recibido presiones de parte de los operadores turísticos privados, pero Casco rechazó esa posibilidad de forma tajante.

La preocupación cundía por toda la región, pero sobre todo entre los habitantes de las zonas agropecuarias afectadas por la caída de cenizas ya que las pasturas para el

ganado habían quedado completamente cubiertas de material volcánico. De esta manera, los animales no comían ni bebían agua e iban a adelgazar rápidamente hasta morir. La única forma de alimentar a las vacas, corderos y ovejas era a través de forrajes, pero éstos eran muy caros y no todos los productores podían afrontar ese costo. Y esta situación ponía en serio riesgo de vida a unas quinientas mil ovejas y trescientos mil corderos que se criaban en la zona norte de Espadaluciente, todo el Valleverde y el este de Cerro Bajo, y que representaban un negocio de unos ochocientos millones de pesos.

Por este motivo, el Ministerio de Agricultura y Ganadería provincial había decretado la emergencia agropecuaria y tras varias reuniones con los representantes de los casi mil productores afectados, de los cuáles el 70% eran pequeños trabajadores agrarios, *el gobernador rocanegrense Darío Scariolo*, quien se jugaba un segundo mandato de cuatro años en los meses siguientes, dispuso el envío de una ayuda financiera de cinco millones de pesos.

Los primeros rayos de sol, aunque muy esporádicamente, recién se habían podido observar en Espadaluciente al sexto día de la gran tormenta de cenizas, cuando cesaron los cortes de suministro de energía eléctrica y se levantó el asueto administrativo, aunque no el escolar que ya se había tomado la decisión definitiva de entrar prematuramente en el receso invernal.

La actividad bancaria y de los comercios minoristas en general habían vuelto lentamente a la normalidad en el centro de la ciudad, mientras que en La Olla las fábricas encendieron nuevamente sus máquinas, por lo que Jorge Di Paola había regresado a su lugar de trabajo donde, irremediablemente, debió cruzarse con Nacho. Y si bien el padre de Noelia sentía ganas de matar al joven con sus propias manos, ni siquiera se hablaron. Tanto uno como el otro no tuvieron más remedio que tratar de

retomar su vida cotidiana aunque, por razones bien diferentes en cada caso, nada iba a volver a ser como antes para ninguno de los dos.

Por otra parte, en Roca Negra Capital los trastornos en el transporte aéreo habían comenzado a disiparse a las 48 horas de arribada la pluma, la cual se fue internando despacio en el Mar Oscuro y así permitió reabrir el aeropuerto tras dos días de nula actividad. Sin embargo, los vuelos a los destinos del sur de la provincia siguieron brillando por su ausencia.

En ese panorama gris, todo dependía de cómo evolucionaban las condiciones climáticas a cada hora, especialmente el viento. Y sin aviones, el turismo no podía remontar vuelo hacia el sur, donde ya habían comenzado a producirse las primeras cancelaciones de gran parte de los veinticinco mil turistas extranjeros que planeaban ir a disfrutar de la nieve que yacía en abundancia bajo el manto de cenizas en las laderas del Cerro Alto, lo que generaban aún más frustración en los operadores dado que tanta blancura se echaba a perder como nunca antes. “Hasta ahora es el inicio de temporada con más nieve de la historia y justo nos quedamos sin vuelos”, se escuchó lamentar al intendente Casco por los pasillos del Palacio Municipal. De todos modos, y más allá de los malos pronósticos, los dueños del centro de esquí del cerro aseguraban que iban a estar abiertos todo el invierno porque esperaban la llegada de los viajeros terrestres nacionales, que habitualmente eran más en cantidad que los foráneos, aunque gastaban mucho menos dinero, sobre todo, porque no eran tan aficionados a los deportes de montaña que representaban un lujo para pocos por sus altos costos.

Para colmo de males, apenas dos días después de ser reabierto el aeropuerto provincial, las autoridades aeronáuticas se vieron forzados a volver a cancelar durante varias horas todos sus vuelos, por lo que en la terminal se repitieron las largas colas de gente furiosa. Incluso, algunos pasajeros varados decidieron pernoctar allí mismo.

## VIII

*Adalberto Cuéllar* estacionó su camioneta 4x4 frente al restorán *El Escondido*, ubicado en una calle transversal a la avenida principal y que cruzaba de lado a lado el centro comercial de Espadaluciente. Habitualmente, un jueves como aquel no había espacio para estacionar vehículos en ese sector de la ciudad, pero el “cuidacoches” de la cuadra siempre trataba de guardarle un lugar lo más cercano posible a la puerta del local gastronómico del que este abogado era uno de los dos socios. Si ese sitio no lo ocupaba él, lo hacía el co-propietario del restorán, su viejo amigo *Ariel Mazzola*, aunque éste muchas veces no utilizaba su auto ya que vivía cerca y prefería caminar. Y más ahora que las calles estaban cubiertas por gruesas capas de cenizas compactadas a ambos lados del asfalto y también en el centro del mismo conformando montículos tan duros que resultaban prácticamente imposibles de quitar manualmente.

Unos cinco días antes, más de 1.500 habitantes de la ciudad, principalmente comerciantes, habían organizado la segunda jornada solidaria en la que salieron todos juntos a la calle con palas, escobas, rastrillos y carretillas en mano para remover el material volcánico que seguía dando vueltas.

Fue un hecho destacado, sobre todo, porque aumentó la cantidad de participantes (no sólo hombres, lo hicieron mujeres, niños, adolescentes y abuelos también) respecto de la primera jornada; y si bien no habían podido quitar esas costras de las calles que ahora parecían tener escalones hasta la altura del cordón y otro similar en el medio, como si se tratara de un pequeño bulevar; esos dos días solidarios sirvieron para acercar a las personas entre sí, ya que en las últimas semanas se habían preocupado tanto por cuidar del espacio físico castigado por la madre naturaleza que terminaron olvidándose del factor humano.

Era pasado el mediodía y Cuéllar venía de los tribunales, por lo que vestía arreglado, con unas botas marrones, pantalón vaquero negro, camisa blanca de mangas largas, un saco haciendo juego con el color de su calzado y una bufanda bordó. A diferencia de sus épocas como abogado en Roca Negra Capital, en Espadaluciente no tenía que vestir traje. Y mucho menos lo hacía cuando no debía concurrir al edificio judicial y trabajaba en Floreal, donde residía en una amplia cabaña con vista al lago. Sin embargo, a raíz de la erupción del Choconda, el letrado se había mudado a su departamento del centro de Espadaluciente, el cuál utilizaba como estudio jurídico en los días hábiles, aunque solo en contadas ocasiones especiales o para pernoctar algún fin de semana cuando se encargaba de cerrar el restorán y se hacía muy tarde para regresar manejando hasta la villa de montaña.

El departamento tenía dos ambientes, uno que funcionaba como oficina, donde había un escritorio, un teléfono y una computadora; y otro que era su habitación. El pequeño inmueble tenía una cocina, un baño con ducha y nada más. Lo justo y necesario, diría Cuéllar, quien prefería darse sus gustos en la cabaña, donde allí sí tenía suficiente espacio para ocuparlo con amplios muebles de madera, paredes de piedra adornadas con pinturas de artistas plásticos locales, amplios ventanales y un jardín de colorida y tupida vegetación, como si se tratara de un bosque silvestre, aunque en la villa ese tipo de flora se podía ver en la mayoría de las viviendas situadas en las laderas de las montañas de Cerro Alto. Sin embargo, al abogado le gustaba pensar que él tenía un bosque privado, por más que éste estuviese perfectamente mantenido, con el césped siempre cortado y los canteros hechos, lo que poco se parecía a la vida salvaje en la que la mano del hombre todavía no había llegado.

Cuéllar entró al restorán y saludó al encargado, de nombre *Juan Pablo* y de quien el abogado no recordaba su apellido. Era un muchacho joven y buen empleado.

Lo había recomendado Mazzola luego de que una mala racha lo dejara literalmente en la calle, por lo que Juan Pablo vivía por entonces en la planta alta del local, donde los dueños tenían una oficina completamente equipada, con un sofá cama y una cajonera para guardar los papeles del negocio. En ese mini departamento había un baño destinado al encargado que, a su vez, utilizaba las demás facilidades de la planta baja del restorán para comer y lavar. De esta manera, no gastaba en alquiler ni comida, por lo que su sueldo, por más magro que resultaba ser fuera de temporada, podía ser invertido íntegramente en ropa y otros vicios de una persona soltera y sin más responsabilidades ni compromisos.

-¿Ariel está? -preguntó Cuéllar al encargado apenas se acomodó detrás del mostrador, desde donde se resignó a ver que solo dos mesas estaban ocupadas.

-Recién se fue. Quería ver el partido -respondió Juan Pablo mientras cerraba la cuenta de una de las mesas. El encargado miraba la comanda ubicada al lado de la caja registradora y luego anotaba en la factura. Detrás de él, Cuéllar se preparaba un café en la máquina expreso que se sostenía en una alta repisa amurada y en la que lucían las botellas de whiskys, licores y demás aperitivos. Esta especie de bar no era más que un angosto pasillo entre la pared y el mostrador, aunque contaba con el espacio necesario para colocar un par de banquetas desde donde se tenía una visión completa del salón. Por ello, este sector era el lugar preferido del abogado cuando pasaba largas noches en el local.

-¿Y por qué no le ve acá?

-Porque los del cable no vinieron a arreglar la conexión que se arruinó con la tormenta de cenizas.

-O sea que no hay televisión -señaló Cuéllar justo antes de llevarse el pocillo a la boca.

-No. Pero si querés ir a ver el partido andá, yo me quedo. Total está re tranquilo.

-En el departamento no tengo tele y no tengo ganas de ir a un bar -el letrado apoyó la taza de café sobre el mostrador, resignado.- Estoy muy cansado y quiero comer algo tranquilo porque a la tarde tengo más trabajo.

-Me imagino. Vos sí que agarraste un hierro caliente -el encargado le entregó la factura al mozo para que éste la llevara hasta la mesa y apenas éste se alejó se volvió hacia su jefe-. Andá a descansar arriba. Prendete la radio mientras yo le digo a la cocinera que te prepare algo.

Cuéllar estuvo de acuerdo, así que terminó el café de un sorbo, palmeó al encargado en la espalda y cruzó la cocina para subir por las escaleras hasta la planta alta. Allí, se sacó las botas cubiertas de polvo, encendió el equipo de audio que estaba arriba de la cajonera, sintonizó *Radio Cooperativa* y se acostó en el sofá, de espaldas, mirando el techo, con las manos cruzadas detrás de la nuca, mientras de fondo se escuchaba la salida al campo de juego de *Ciudadanos*, el equipo de fútbol de Espadalucente que se disponía a disputar el partido de ida para lograr el segundo ascenso del Torneo Provincial a la Primera División del Campeonato Nacional, un logro que el joven y modesto equipo de la ciudad nunca había conseguido. “No entiendo por qué carajo juegan a esta hora y un día de semana”, se quejó el abogado al tiempo que el relator daba la formación inicial del conjunto local.

El primer tiempo del partido, nada más ni nada menos que de visitante y ante el clásico rival *Defensores de Cerro Bajo*, fue aburrido. Escasearon las jugadas de gol en medio de un desarrollo trabado, con demasiadas infracciones y la pelota viajando más por el aire que por el piso.



-Por un momento, cuando estaba viniendo para acá, pensé que ibas a ir a la cancha -le dijo el abogado a Juan Pablo, quien se acababa de acomodar en una silla junto al escritorio donde terminó de apilar unos papeles.

-No quedaban más entradas. Las pocas que había se las agarró la barra, como siempre. Che, ¿cómo están las cosas en la villa?

-Igual. Casi la mitad de la gente sigue sin luz. O tiene servicio apenas por unas horas al día hasta que se enfrían los cables de baja tensión y se vuelve a cortar. Así que está todo parado, muerto. Ayer me decía un amigo de la Municipalidad que ya se fueron como dos mil habitantes, sobre todos las mujeres con sus hijos que no tienen clases y no pueden hacer nada en sus casas.

-¡Y claro! Encima empezó a hacer mucho frío para andar a oscuras.

-Tal cual. Por lo menos, en el centro comunitario están repartiendo leña a los más necesitados y el servicio de agua potable ya está restituido casi en su totalidad. Pero la situación sigue siendo muy complicada.

-Esta mañana escuchaba a los vulcanólogos que decían que el Choconda ya estaba emitiendo lava y que la erupción puede durar entre dos y seis meses.

-Lo de la lava ya lo sabía. Empezó a salir como hace diez días, en realidad. Pero se va hacia el este, baja por las montañas y cae al mar. Así que no pasa nada.

-¡¿No pasa nada?! Dicen que es como una ola de cincuenta metros de ancho y cien de largo.

-Pero allá arriba es todo piedra. No mata nada.

-Igual, me da miedo.

-Y sí. Pero bueno. Hay que mantener la calma. Ya va a pasar. Bueno, eso es lo que te dicen los psicólogos que mandaron desde la gobernación para asistir a la gente allá en la villa.

-¿En serio?

-Sí. Van casa por casa y se te sientan a hablar para saber cómo te sentís, te aconsejan cómo hay que reaccionar ante una situación así y otras pavadas que no sirven de nada porque el que no está allá ni vive allá no entiende lo que está pasando.

Cuéllar ahora estaba sentado en el sofá, con el torso hacia delante, los pies en el piso y los antebrazos apoyados sobre sus muslos, cerca de las rodillas. Se había reincorporado al escuchar una jugada de gol, pero esta terminó en la nada.

Al finalizar la etapa inicial, con un cero a cero que parecía inamovible, hubo un alto en la transmisión deportiva para emitir el servicio informativo:

*“El gobernador Darío Scariolo, a casi un mes de la erupción del volcán Choconda, se comprometió a incrementar el monto de los planes sociales destinados a Espadalucente, ampliar el espectro de los beneficiarios y aumentar el envío de alimentos, leña y otros materiales de construcción para mejorar la situación habitacional de lo más afectados por la caída de cenizas.*

*“En ese sentido, el mandatario provincial aseguró que el dinero para llevar a la práctica tales medidas saldrá de un crédito de veinticinco millones de dólares que el gobierno central acordó darle a la provincia a través del Banco Nacional y que se eximirá del pago de impuestos por los servicios de agua, gas y luz a todos los habitantes de la comuna por un lapso de tres meses.*

*“En otro orden, la pluma continúa desplazándose hacia el noreste y volvió a provocar más de cien cancelaciones de vuelos en el aeropuerto de Roca Negra. Los meteorólogos estiman que los vientos continuarán en la misma dirección, por lo que mañana las cenizas volarían sobre el mar y se restauraría el servicio en la aeroestación provincial.*

*“Mientras tanto, en la ciudad, el cielo está despejado, aunque el aeropuerto sigue cerrado y por ahora nadie se atreve a anticipar cuando volverá a abrir. La terminal de Cerro Bajo está activa, pero recibe pocos vuelos porque las aerolíneas se niegan a volar a los destinos del sur.*

*“Caso Noelia: La Policía detuvo esta mañana a Nacho García luego de que el fiscal Gerardo Peretz lo acusara de participar del crimen de la adolescente. El joven quedó alojado en la alcaidía de los tribunales de la ciudad y mañana será indagado.”*

-Ahí está lo tuyo. Qué quilombo, ¿no? -señaló Juan Pablo, quien ya había dejado sus tareas administrativas para escuchar atentamente el informativo.

-Y fácil no es. Igualmente, creo que lo voy a poder resolver. Para mí, este pibe se está comiendo un garrón.

-¿Vos decís?

-El problema es que lo están atacando los periodistas, sobre todo, los nacionales. Ellos lo pintan como el asesino y la gente compra.

-¡Que se yo! Mucho no entiendo.

-Justamente. La mayoría de la gente no entiende demasiado del tema y se cree cualquier cosa que le dicen. Y, ¡ojo! No estoy diciendo que la culpa sea de la gente.

-Ya sé. Te entiendo. ¿Y qué vas a hacer?

-Necesito un aliado -Cuéllar se puso de pie, caminó hasta donde había dejado colgado su saco y del bolsillo interno sacó su agenda electrónica-. Acá está. Yo sabía que lo tenía.

Inmediatamente después, el abogado tomó el teléfono del escritorio.

-¿Qué buscabas? -se interesó Juan Pablo, algo desorientado.

-El número de Zaldívar.

-¿El locutor de la cenizas?

-El mismo –sonrió Cuéllar-. Perdoná Juanpi, pero te voy a interrumpir el partido por un rato.

El encargado se encogió de hombros y al ver que el abogado comenzaba a marcar, le dejó la silla y regresó al salón que ya se había vaciado por completo. Entonces decidió escuchar la radio en ese lugar, sin que nadie lo molestara. Es más, los meseros que estaban fajinando para la cena también se encontraba siguiendo la transmisión.

-Buenas tardes, con Leonardo Zaldívar, por favor -arrancó Cuéllar apenas lo atendieron del otro lado de la línea.

-Habla él -respondió una voz grave y joven.

“*Leo*” *Zaldívar* era el productor general de *Radio Cooperativa*, la más escuchada de la ciudad, no tanto por su calidad, sino porque era la señal que mejor se oía ya que las demás emisoras, que no eran muchas y estaban en mano de empresarios privados extranjeros, tenían dificultades para transmitir por las interferencias que las montañas generaban en el espacio aéreo.

La emisora en la que trabajaba Zaldívar había sido la histórica *Radio Provincial* que se fue desmantelando durante los noventa hasta que a principios del Siglo XXI estuvo apunto de cerrar. Pero la emisora se salvó porque sus empleados crearon una cooperativa que la mantuvo a flote. Y para lograrlo, estos trabajadores debieron vender las oficinas del centro de la ciudad y mudarse a un pequeño complejo de cabañas ubicado en la periferia, pasando la Reserva Natural de Bosques. A su vez, en los últimos años, habían recibido ayuda financiera del gobierno provincial, no municipal; y así pudieron comprar nuevos equipos, lo que le permitió a la radio volver a ser la número uno.

El productor radial tenía treinta años y los últimos doce los había vivido en Espadalucente, luego de terminar el secundario en la zona metropolitana de Roca Negra y abandonar junto a sus padres (era hijo único) aquel superpoblado y deteriorado conglomerado urbano para salir en búsqueda de más espacio y tranquilidad. El periodista conducía todos los viernes por la noche su propio programa de música, que funcionaba como uno de los pocos recovecos en los distintos medios destinado a bandas de rock locales, pero no tomaba el micrófono en ningún otro tramo de la programación.

De lunes a viernes, la grilla constaba de un noticiero de nueve a trece, sólo música de trece a dieciséis, un ciclo en vivo de entretenimientos y juegos con los oyentes de dieciséis a diecinueve; y luego más música hasta el final del día. Mientras que los sábados, el programa de entretenimiento, a cargo de un locutor local, iba por la mañana, de diez a doce; y el resto de la jornada más música. En tanto, durante los domingos enteros se escuchaban canciones clásicas, excepto cuando jugaba el equipo de fútbol de la ciudad, momento de la jornada en el que se transmitían las noticias deportivas en vivo.

El día que el volcán hizo erupción, Zaldívar se encontraba solo en la radio ya que el noticiero acababa de terminar y cargaba en el *software* de audio los *tracks* que iban a ocupar las siguientes tres horas. Sin embargo, unos minutos después de iniciada la primera canción se vio envuelto por un manto de oscuridad desde el que parecían arrojar baldazos de arena grisácea contra el vidrio de la pecera que daba hacia el exterior de la radio. Los oyentes, alarmados, comenzaron a llamar para saber qué estaba pasando, entonces tomó el micrófono para hacer de intermediario con las autoridades comunales e informar sobre lo que ocurría.

Por ello, la gente lo bautizó “*El locutor de las cenizas*” y a partir de entonces comenzó a tener una columna de noticias a media tarde, durante el programa de

entretenimiento. En ella comentaba, principalmente, los efectos de la erupción del volcán y cuando le quedaba algo de tiempo se refería a las novedades en la investigación por el crimen de Noelia.

Cuéllar conocía a Zaldívar de haber hecho alguna que otra nota para la radio anteriormente y por ello había guardado su número de teléfono celular.

-Hola Leo. Soy el abogado Adalberto Cuéllar.

-¡Doctor! ¿Cómo le va? ¿En qué lo puedo ayudar?

-Por un lado, quería confirmarte que asumí la defensa formal de Nacho García y, por otro, saber si te interesaba tener alguna información exclusiva. En *off the record*, por ahora.

-Claro, ¿cómo no me va a interesar? Denme un minuto que me acomodo y tomo nota -el periodista tenía su escritorio fuera de la pecera, cerca de la puerta de entrada a la radio junto al que funcionaba un pequeño living, con dos sillones individuales ubicados alrededor de una mesa ratona, todo en madera, y frente al televisor donde siempre había sintonizado un canal de noticias.

Aquella radio había sido construida originalmente como un quincho en los fondos de un complejo de cabañas, por lo que en su interior había una parrilla que en muchas ocasiones era utilizada por los empleados de la Cooperativa para calefaccionar el lugar.

Por su parte, los dueños del complejo le alquilaban desde hacía años aquel espacio ya que habían levantado otro quincho en la parte delantera del amplio terreno situado a la vera de la ruta, pero del lado del bosque, no del lago. Y este segundo quincho, que estaba más a la vista dado que la espesa vegetación no lo tapaba tanto, funcionaba también como una casa de té a la que podía concurrir cualquier turista que no necesariamente estuviese hospedado en alguna de las cabañas.

“Lo escucho doctor”, retomó Zaldívar con lapicera en mano y la vista clavada en una hoja de papel en blanco, a lo que Cuéllar le aclaró: “Me pasé toda la mañana en tribunales leyendo varios cuerpos de la causa, pero recién esta tarde me van a dar copias impresas de la totalidad del expediente, así que la información que tengo es parcial.”

Entonces el letrado le contó que hacía dos semanas los peritos habían encontrado manchas de semen en la a ropa íntima de Noelia, en su pantalón y en la camisa, por lo que el fiscal Peretz ordenó que Nacho se extrajera sangre para realizar un cotejo de ADN.

-Por entonces, mi defendido era un testigo, por lo que no estaba obligado a someterse a esa extracción. Sin embargo, lo hizo para colaborar con la investigación, actitud que mantuvo desde el primer día -Cuéllar procuraba no hablar demasiado rápido para que el periodista lo entendiera correctamente.

-Por lo que tengo entendido, los peritos también hallaron pelos, fibras de una sogá en el baúl del auto de Nacho y hasta manchas de sangre en una zapatilla de su defendido -Zaldívar también había recopilado información del fiscal Peretz, con quien también hablaba seguido, aunque no solo por el caso Noelia.

-Eso a mí no me consta porque todavía no pude estudiar todos los elementos que figuran en el expediente. De todos modos, los rastros de sogá y una manchita de sangre puede ser de otra cosa que no esté vinculado al crimen de Noelia. Cualquiera puede tener una sogá en el baúl, por las dudas. En todo caso, el cabello puede pertenecer a Nacho y se le pudo haber caído en el momento en que el delincuente lo encerró. Y en cuanto a la sangre, podría ser de un churrasco con el que se ensució cuando cocinaba.  
¿Me explico?

-Sí, sí. Entiendo.

-Acá la clave está en el cotejo de ADN. Si mi defendido fuera culpable, no se hubiera sometido voluntariamente. Y más aún, los resultados de esos peritajes aún no están listos y el fiscal, de todos modos, pide la detención y la jueza, encima, hace lugar a la solicitud sin esa prueba.

-Ajá. Igualmente, no me están diciendo nada nuevo, doctor. Pensé que me iba a dar una primicia.

-Lo que si podés dar en exclusiva, y en *on the record*, es que mi defendido va a ser indagado mañana y que ante la falta de nuevas pruebas no va a responder ninguna pregunta y se va a remitir a lo que ya declaró como testigo.

-Perfecto.

-Por ahora, solo te puedo decir eso. Pero mañana llamame y hablamos en detalle.

Zaldívar agradeció la atención y se despidió del abogado, quien al cortar la comunicación volvió a encender la radio y a recostarse en el sofá.

*“La tiene Solari, ¡como juega este delantero de Defensores! La lleva contra la raya, ahí va Solari, ¡está más Solari que nunca! ¡Alguno que le salga por favor! Nadie lo marca, ¡increíble! Sigue Solari, entra al área por el costado derecho y la defensa sigue mirando, pateo y.... Gol, gol de Defensores. No se puede creer. Sobre el final, perdemos uno a cero”*, relató el locutor, quien había arrancado con el mayor ímpetu posible, pero terminó desahuciado.

Tras el gol del rival, Cuéllar, furioso, apagó la radio con un brusco manotazo. No tenía ganas de escuchar el final de un partido que ya estaba sentenciado. Y fue derrota de los Ciudadanos nomás. Por la mínima diferencia, lo que complicaba la obtención del ascenso en el partido revancha porque Defensores tenía ventaja deportiva por haber terminado más arriba en la tabla general.



“La muchachada debe estar bastante caliente”, se dijo el letrado y luego cerró los ojos para descansar un rato antes de volver a los tribunales a buscar una copia del expediente y a entrevistarse con Nacho, quien seguía alojado en la alcaidía.

## IX

El comisario Pereyra se rascaba el bigote en el que ya se empezaban a divisar algunas canas, mientras seguía sentado en el interior del patrullero, estacionado en una de las calles laterales a la *Plaza Libertad*, ubicada en pleno centro de la ciudad, separada hacia el norte del sector comercial por un alto arco de piedra que cruzaba la avenida principal (la que justamente nacía en ese preciso sitio) y al oeste delimitada por la ruta que bordeaba la orilla del lago. Habían pasado unos minutos del mediodía y el mercurio marcaba tres grados bajo cero, a pesar de que había una nubosidad variable y vientos moderados. Sin embargo, el termómetro de la calle marcaba una temperatura mucho más elevada, en especial, entre la muchedumbre reunida en la plaza, frente a los tribunales. “¿Por qué serán las leyes para los pobres y nadie más?!” gritaba a coro el grupo de personas más exaltado de los allí reunidos y que llevaba pancartas con la inscripción “Perejil” y una imagen fotografiada de Nacho García, la misma que había sido publicada ese mismo día por casi todos los medios gráficos del país.

-Esto va a terminar mal -le indicó el comisario al suboficial que estaba en el asiento del conductor, callado y mirando, a través de la ventanilla empañada, a los manifestantes, principalmente hombres jóvenes, amigos y vecinos del acusado, muchos de los cuáles llevaban prendas de vestir alusivas al equipo de Ciudadanos.

-¿Le parece jefe?

-Esperemos que me equivoque. De todos modos, hay que estar preparados. Pero eso sí, nadie, absolutamente nadie, mueva un dedo sin que yo de la orden, ¿quedó claro?  
-el jefe clavó sus ojos negros en la mirada de su subalterno que asintió con un ligero movimiento de la cabeza y sin pronunciar palabra alguna. Luego, el suboficial se subió el cierre de su campera celeste que conformaba el uniforme de calle junto a un pantalón

del mismo color y unos borceguíes, y descendió del vehículo. Recién cuando se encontró fuera del auto, el comisario Pereyra hizo lo propio. Y así como el jefe tenía el hábito de ser el último en llegar a un lugar también era el último en retirarse del mismo.

El comisario Pereyra caminó por delante de la primera línea de manifestantes que cortaban el tránsito frente al edificio judicial sin cruzar miradas con ninguno de los jóvenes, en especial con aquellos a los que identificó enseguida. Se acercó hasta la hilera de efectivos que conformaban un cordón humano al otro lado de la calle, sobre la vereda de los tribunales, para resguardar la entrada principal. Los policías eran superados en cantidad por los manifestantes, pero llevaban sus escudos, cascos y tonfas. Sin amargo, el jefe les había ordenado expresamente que no llevaran consigo sus armas de fuego reglamentarias. No porque no confiara en sus subordinados, aunque no todos eran de fiar, sino porque ésa había sido la orden emitida por el ministro Cazorla, a instancias del propio gobernador Scariolo. La indicación implicaba que los policías tampoco podían utilizar armas con postas de goma ya que éstas, disparadas desde una corta distancia, también podían tener un poder letal. De esta manera, los policías sólo podían emplear las escopetas lanzadoras de granadas lacrimógenas. “Si se arma quilombo no vamos a poder hacer nada”, había dicho más temprano el comisario Pereyra cuando recibió la orden de su superior inmediato, el titular de la Unidad Regional, con jurisdicción en la ciudad y sus alrededores, pero que tenía su base en Espadalucente. “Usted haga lo que yo le digo”, le respondió su jefe en esa oportunidad, a lo que el comisario Pereyra pensó: o sea, nada.

A un costado del cordón policial, en la esquina del edificio judicial, se encontraba un grupo de periodistas que había ido a cubrir la indagatoria de Nacho y mientras esperaban por la salida del abogado defensor del sospechoso se vieron sorprendidos por la marcha que no había sido anunciada por sus organizadores, lo que

despertaba sobradas sospechas. “Si no se pudre hoy acá, se va a pudrir cualquier otro día en La Olla”, le dijo por lo bajo Zaldívar a su colega *Federico Alem*, quien era la primera vez que estaba en la ciudad y, obviamente, no conocía los detalles del entramado social de la comunidad local. El enviado especial de *AGEN* estaba alojado en el mismo hotel que Sarkis y la noche anterior había hablado, justamente, de ese mismo tema con el abogado cuando lo entrevistó en el *lobby*. Pero antes de que pudiera comentarle sobre ese diálogo al productor radial, Alem observó que Cuéllar salía de los tribunales, por lo que todos los cronistas, con micrófonos y grabadores a mano, lo rodearon de inmediato apenas cruzó el cordón policial.

“Bueno, quiero informarles que el señor Ignacio García, por consejo de esta defensa, se negó a responder a las preguntas de la Fiscalía y tras la indagatoria se dispuso que continúe detenido”, comenzó a decir el letrado, quien se vio interrumpido por un grito de desaprobación que tronó en toda la plaza.

-¿O sea que no declaró? -preguntó *Felicitas Echeverría*, la movilera del canal de noticias *Primera Hora* que había llegado esa mañana a Espadaluciente proveniente de Floreal, donde realizaba una extensa cobertura de los efectos de la caída de cenizas en aquella villa de montaña.

-No exactamente. El señor García hizo una breve declaración en la que dijo que se remitía a lo que ya había declarado como testigo en la causa y luego aclaró que no iba a responder preguntas.

-Pero si se considera inocente, ¿por qué no acepta preguntas? -insistió la periodista televisiva, quien sostenía el micrófono con su mano derecha y con la izquierda trataba de acomodarse su larga cabellera morocha.

-Porque más allá de que sea inocente, y no se trata solo de una consideración personal sino de un hecho, esta defensa sostiene que hasta que no estén los resultados de

los peritajes que faltan realizar, o de los que ya están en proceso, no están dadas las condiciones para que sea interrogado. Tenemos que conocer esos resultados para poder preparar nuestra defensa. Nada más que eso. Acá no se está ocultando absolutamente nada. Sino, créanme, no estaría hablando con ustedes en este momento.

“¡Olé, olé, olé, Nacho, Nacho!”, exclamaban los manifestantes de la primera hilera que se acercaban peligrosamente hacia el cordón policial. En tanto, Alem se mantenía en el borde exterior del enjambre de cronistas escuchando atentamente y tomando notas en su libreta a la espera de conseguir un momento a solas con el letrado.

-Doctor, usted dice que la inocencia de su defendido es un hecho -intervino nuevamente Felicitas despertando un murmullo de reprobación de sus colegas que esperaban su turno para preguntar-. ¿Podría decirnos cuáles son las pruebas que avalarían esa inocencia?

-Mire, en nuestro sistema judicial no hay que demostrar la inocencia. Todos somos inocentes hasta que se demuestre justamente lo contrario. Por lo que yo solo le puedo explicar qué se puede inferir de los elementos que tuvo en cuenta la Fiscalía para acusar a mi cliente.

-A ver...

-En primer lugar, la mancha de sangre hallada en la zapatilla de mi defendido es un rastro parcial, por lo que los peritos no pudieron determinar a quién pertenecía. Segundo: el cabello en el baúl del auto se corresponde con el señor García y en cuanto al resto de fibras de sogas, si bien coincide con el tipo de la soga con la que ataron el cuerpo, los expertos no pueden afirmar que pertenezca al mismo trozo. Además, se trata de la soga más vendida en la provincia. Mientras que en la jeringa y el famoso frasquito tipo gotero no se hallaron rastros de ninguna droga.

-¿Y qué hay con que los peritos no hallaron restos de vidrios en la ropa de su defendido? –insistió la movilera.

-¿Qué hay con eso? No lo sé. Para mí eso no complica a mi defendido. Quizás las muestras no fueron bien conservadas.

-Entonces, ¿los peritos no se pueden equivocar cuando determinan algo a favor, pero sí cuando hallan un indicio en contra?

-Eso lo está insinuando usted, no yo. Lo que le puedo decir es que mi cliente es inocente y que esta es una causa muy compleja. No es para cualquiera.

-Doctor, ¿usted cree que la jueza resolverá la situación procesal de García en base a los resultados del cotejo de ADN que restan realizar? –intercedió otro de los cronistas a viva voz.

-Yo no puedo ponerme en el lugar de su señoría. Lo que puedo decir es que estoy absolutamente seguro de que el resultado de ese peritaje va a ser negativo.

-¿Cómo puede estar tan seguro? -interrumpió Felicitas.

-Porque creo en mi cliente.

En ese momento se oyó un griterío de afirmación entre los manifestantes que volvieron con los cánticos y comenzaron a exigir la liberación de Nacho. Ante esa situación, Cuéllar se excusó ante los periodistas y se perdió de vista entre la muchedumbre, al tiempo que los empleados de prensa se volvieron a correr hacia un costado, dejando a los jóvenes cara a cara con los policías.

“¿Esta mina de Primera Hora siempre es así?”, preguntó Zaldívar a los colegas hombres que lo rodeaban, mientras él retrocedía la cinta de grabación del testimonio de Cuéllar. “Lo peor de todo es que por segundo año consecutivo le dieron un premio a la mejor labor periodística en televisión”, señaló Alem, encogiéndose de hombros. “¡Vergonzoso! Prefiero seguir laburando en una radio pobre de pueblo”, agregó el

productor local, que luego se dirigió a la parada de colectivos para regresar lo más rápido posible a trabajar en su emisora.

Si bien estaba acostumbrado a la polifuncionalidad, Zaldívar pocas veces salía a cubrir a la calle, de hecho, sólo lo hacía con notas grabadas fuera de su horario de trabajo y para temas musicales. Pero esta vez había sido una excepción ya que el movilero de la radio estaba en cama, con gripe y la noticia ameritaba abandonar, aunque sea por un rato, la trinchera.

En tanto, el clima frente a los tribunales se nublaba cada vez más dado que un jovencito que llevaba puesto un gorro de lana con los colores naranja y rojo del club Ciudadanos (que alguna vez había vestido Nacho cuando jugó en las divisiones inferiores) tomó una piedra de uno de los canteros de la plaza, corrió hacia la puerta del edificio judicial y la arrojó por arriba del cordón policial. ¡Clash! El impacto fue tremendo y rompió el vidrio de una de las dos hojas de la ancha puerta de madera de la entrada, cuyas paredes estaban construidas básicamente con pilas de troncos y grandes rocas extraídas del cordón Cerro Alto.

Ante la primera agresión, el comisario Pereyra dio la orden de avanzar unos metros para alejar a los manifestantes lo más posible de la entrada a los tribunales, pero sin descuidar la retaguardia. Sin embargo, los más exaltados comenzaron a arrojar palos de madera, que al ser más livianos que las piedras volaban a mayor distancia y alcanzaban el edificio. ¡Plac!, ¡plac!, ¡plac!, resonaban los maderos. Y no sólo eso, los manifestantes lanzaron esos palos prendidos fuegos, por lo que en pocos minutos las paredes del frente comenzaron a quemarse. Entonces, el jefe del operativo no tuvo otra opción que ordenar a sus subordinados que arrojasen las granadas de gas lacrimógeno: ¡Tum!, ¡tum!, ¡tum!, retumbaron los disparos de los efectivos, mientras que los bomberos convocados comenzaron a apagar el fuego, que no era generalizado, pero sí

causaba temor entre los empleados judiciales y abogados que no podían retirarse del lugar ya que la lluvia de piedras y palos era cada vez más intensa. ¡Plac!, ¡plac!, ¡plac! ¡Clash! ¡Plac!, ¡plac!, ¡plac! ¡Clash!. Así que la gran mayoría permaneció dentro del edificio para resguardar su integridad física, al tiempo que algunos de los manifestantes, con las capuchas de sus buzos bajas y las bufandas que le cubrían la boca y la nariz hasta justo debajo de los ojos, tomaban las granadas lacrimógenas y las arrojaban hacia los tribunales.

Unas cinco calles más el norte por la avenida principal se ubicaba la otra plaza importante del centro de la ciudad, llamada *Independencia*, alrededor de la cuál funcionaba la Iglesia, la sala de primeros auxilios y, principalmente, el Palacio Municipal, desde donde el intendente Casco monitoreaba los incidentes a través de un circuito cerrado de video que reproducía las imágenes captadas por las cámaras recientemente instaladas en distintos puntos estratégicos del corazón de Espadaluciente.

En tanto, decenas de personas permanecían atrapadas en el interior de los tribunales, entre ellas, el abogado Sarkis, quien había ido a la Fiscalía de Peretz para presenciar la indagatoria de Nacho.

Excepto la alcaidía donde el joven sospechoso había quedado alojado provisoriamente, el resto del edificio judicial se había convertido en una prisión ya que tenía una sola salida delantera y una trasera que, por cuestiones de seguridad, podía ser utilizada únicamente por los efectivos del Servicio Penitenciario Provincial (SPP). Sin embargo, los “prisioneros” civiles fueron rescatados por los bomberos que llegaron enseguida y comenzaron a rociar el edificio con un agua helada que salpicaba en distintas direcciones, lo que ayudó no sólo a apagar el fuego y neutralizar los gases, sino también a dispersar a los manifestantes. Así, los policías aprovecharon esa oportunidad de hacer prevalecer el orden y colocaron unas vallas metálicas a lo ancho de toda la



vereda del frente de los tribunales, donde los troncos carbonizados emanaban un vapor que al entrar en contacto con el gélido aire formaba pequeñas y bajas nubes que enturbiaban aún más el escenario.

Al ver su objetivo fortificado, los manifestantes abandonaron el lugar a las corridas, en dirección a la avenida principal que cruzaba todo el centro comercial y ante la mirada de los periodistas, de unos pocos curiosos que se encontraba en el extremo más alejado de la plaza y los policías que parecían haberse convertido en estatuas ya que tenían orden de no moverse de la puerta de los tribunales.

En el sector donde funcionaban los comercios, los jóvenes revoltosos se abrieron paso a los empujones entre la gente que se había mantenido al margen de toda la situación y, aprovechando la confusión generalizada, rompieron las vidrieras de algunos de los locales, varios de los cuáles también sufrieron robo de mercadería.

Alertado de esto, el comisario Pereyra dispuso dividir a los efectivos en dos grupos y mientras uno permaneció custodiando el edificio judicial, el otro salió a recorrer el centro comercial. Pero fue demasiado tarde dado que los manifestantes ya se habían escabullido velozmente y en el lugar los efectivos solo hallaron a las pobres víctimas y a testigos de los ataques.

Una vez que la situación fue controlada, ningún sospechoso quedó detenido por los incidentes, destrozos y saqueos. El comisario Pereyra apenas pudo resaltar que no había heridos entre los civiles y que unos pocos efectivos habían sufrido hematomas y otras lesiones leves por las pedradas y palazos. Y esto no alcanzó para evitar una dura reprimenda por parte del fiscal Peretz, quien estaba de turno e inició de oficio una causa por los hechos ocurridos y que seguían golpeando a la sociedad de Espadaluciente.

Así, las derivaciones del crimen no parecían tener fin y se seguían sumando a los ya conocidos efectos de las cenizas, los cuales empeoraron debido al fuerte viento que

soplaban en toda la región sur de la provincia que no sólo impedía reabrir el aeropuerto, sino también que las líneas aéreas siguieran sin volar hacia esa zona.

A estas alturas, el sector empresarial calculaba que las pérdidas por la caída del turismo iban a ser de unos quinientos millones de pesos en Espadalucente, donde, además, había unos doce mil habitantes en riesgo, lo que derivó en que la Municipalidad declarase la emergencia “económica y social”.

De poco servía que en dos nevadas la ciudad haya quedado de punta en blanco y que en la base del centro de esquí hubiese unos diez centímetros de nieve y las pistas estuviesen todas abiertas porque las cenizas no afectaban la práctica deportiva. De hecho, los expertos consideraban que el material volcánico que había quedado debajo del polvo era “bueno” porque le daba mayor estabilidad al mismo.

La única buena noticia era que con el inicio formal del invierno habían arribado a Espadalucente los primeros contingentes de cuatrocientos alumnos secundarios de la zona metropolitana que se trasladaban en micros y pretendían disfrutar de su viaje de egresados. Y no era un dato menor, porque el turismo estudiantil generaba miles de puestos de trabajo por temporada.

Por su parte, Sarkis abandonó los tribunales apenas se dispersaron los manifestantes y se refugió en una chocolatería ubicada en la avenida principal, más precisamente en el extremo opuesto a donde se habían generado los destrozos y saqueos. Allí, no sólo vendían golosinas para llevar, sino que servían bebidas calientes, por lo que el abogado se acomodó en una mesa junto al ventanal que daba a la vereda y ordenó una leche con cacao. Había pensando en ir a la casa de té situada frente al lago, pero hacía varios días que no llamaba a la mesera, más precisamente desde la última vez que se acostaron. Además, aquel local quedaba algo alejado del centro y hacía mucho frío para seguir dando vueltas por la calle.

Minutos después, el mozo depositó sobre la mesa del abogado una humeante taza de leche con cacao y un cono de chocolate relleno con dulce que en vez de terminar en punta tenía un agujero circular en la cima. A simple vista, Sarkis vio que aquella golosina se parecía más a un volcán, por lo que concluyó que no se trataba de un error casual del repostero.

El abogado se reía solo cuando sonó su teléfono celular.

-¡Qué quilombo que armaste pendejo, jajá! -señaló del otro lado de la línea Horacio, quien se encontraba en Roca Negra Capital.

-¿Viste? Todo por hacerte caso a vos -bromeó Sarkis.

-Bueno, bueno. Fuera de joda. ¿Vos estás bien?

-Sí, sí. Sólo hubo algunos daños y ningún herido. Yo justo estaba en la oficina del fiscal cuando se armó todo el despelote.

-¡Que barbaridad! Esperemos que el fiscal y la jueza no se cagen en las patas y con toda esta presión terminen liberando al pendejo.

-No creo.

-¿Y qué vas hacer ahora?

-Estaba pensando en ir a la casa de los Di Paola para comentarles lo de la indagatoria y hacer un poco de acto de presencia.

-Perfecto. Bueno, manteneme al tanto y tratá de no meterte en ningún otro quilombo -las últimas palabras de Horacio se ahogaron en su carcajada.

-Cualquier cosa te llamo.

-Dale, dale -asintió Horacio y luego lo interrumpió una tos ronca-. Ah, ¿y estuviste con Beto Cuéllar? ¿Qué te pareció?

-Que se yo. Casi ni hablamos. Me parece un tipo que se sabe manejar en los pasillos de tribunales, con la Policía y también con los periodistas.

-Más que manejar, sabe manipular. Hay que tener cuidado porque ese tipo es un ególatra. Parece que está trabajando para alguien más pero, en el fondo, su único interés es su propio beneficio.

Sarkis terminó de hablar con Horacio y partió directamente en taxi hacia la casa de los Di Paola. Cuando llegó a la vivienda familiar, Jorge estaba reunido con unos comerciantes del centro de la ciudad que habían ido hasta La Olla para proponerle participar esa misma noche de una marcha para apoyar a la Justicia en su decisión de detener a Nacho y, a la vez, criticar a la Policía por su inacción ante los incidentes frente a los tribunales y los ataques a los locales.

Esta nueva movilización se iba a llevar a cabo por la avenida principal del centro comercial y debía ser encabezada por los padres de Noelia. Entonces, Sarkis, preocupado por ese plan, llamó de inmediato a Horacio.

-Deciles a los padres de Noelia que ni se les ocurra aparecer en esa marcha - afirmó el experimentado abogado.

-¿Por qué? -preguntó el joven letrado en voz baja mientras salía a hablar al patio trasero de la casa de los Di Paola.

-Porque si van a esa marcha se van a poner al barrio en contra y ni que hablar de la Policía que ya es, de por sí, bastante corrupta. Ellos tienen que mantenerse al margen de todo ese quilombo.

-¿Para tanto es?

-Sí. Porque el problema allá es que nadie quiere que el culpable sea alguien de la ciudad. Pero como lo es, los comerciantes van a buscar que sea un pibe de los barrios pobres. Mientras que los vecinos de La Olla no quieren que los estigmaticen como delincuentes por el sólo hecho de ser más humildes.

-Ajá.

-Y si los padres de Noelia van a esa marcha, sus propios vecinos, los que los apoyaron en un principio, se les van a dar vuelta y los van a calificar de traidores, ¿me explico?

-Sí, sí. Perfectamente.

Cuando Sarkis cortó la comunicación y regresó a la cocina comedor donde estaban todos reunidos, Jorge le dijo que ya salían para el centro.

-¿Venís? -le preguntó el padre de Noelia.

-No, Jorge. Disculpame, pero no puedo acompañarte -Sarkis echó un vistazo por el ambiente y comprobó que el grupo de comerciantes ya había salido a la puerta-. Sin ánimo de ofender a nadie, pero me parece que ustedes tampoco tendrían que ir. Nos van a embarrar la cancha.

-Pero yo no puedo quedarme de brazos cruzados mientras mi propia gente sale a defender a ese pendejo asesino y destrozan toda la ciudad.

-Esa no fue tu gente. Y estas personas que te vinieron a buscar ahora tampoco. En serio, Jorge, no lo hagas.

-Ya está decidido -respondió el papá de Noelia, tajante. Luego se puso la campera y salió junto a su mujer, su hija y su yerno a la calle, donde los aguardaba un remis.

Ante lo irremediable, Sarkis compartió el viaje hasta el centro de la ciudad con todos ellos, pero se bajó en la puerta del hotel donde siguió por televisión nacional la denominada “contramarcha” que, afortunadamente, se desarrolló sin incidentes, con cientos de participantes que se movilizaron en silencio, sólo con velas encendidas y bajo una copiosa nevada que cubrió la avenida principal de una Espadalucente cada vez más dividida y aislada.

## X

Sarkis se levantó de la cama con mucho esfuerzo y lo invadió una sensación repetida: que la noche era demasiado larga y no porque en Espadalucente, al estar más al oeste que Roca Negra Capital dentro del mapa de la provincia, amaneciera más tarde y tuviera menos horas de sol, sino porque últimamente, a raíz de la pluma del Choconda, cada mañana comenzaba nublada y con aparente amenaza de lluvia. El joven abogado ya llevaba cuatro semanas en el extremo sur rocanegrese y por el momento no había planes para su evacuación ya que Horacio lo había convencido para que permaneciera allí algunos días más, sobre todo, para acompañar a la familia de Noelia y aguardar, al menos, los resultados de los estudios genéticos que podrían ser determinantes para resolver la situación procesal de Nacho. El plan táctico de Horacio era mantener a Sarkis en el lugar del hecho, mientras que Madwich trabajaba en los laboratorios de la Corte Provincial donde se analizaban las muestras de ADN.

Sarkis salió de su habitación preparado para comenzar la jornada laboral, es decir, bien vestido, el teléfono celular encendido y los papeles de la causa bajo el brazo. Llegó al comedor del hotel y se sentó, como siempre, junto al ventanal. Aunque esta vez hubiese preferido ir a desayunar a cualquier bar, café o casa de té que tuviese la misma vista del lago y las montañas, pero como la primera comida del día estaba incluida en la tarifa y él no estaba en condiciones de malgastar su dinero, se quedó con las ganas de cambiar. Su descontento se debía, principalmente, a que en el hotel no servían los tradicionales *croissants*, sino unas tostadas preparadas con rodajas de pan anchas y redondas, pero de corta circunferencia, que se secaban y endurecían rápidamente ya que habían sido cocinadas bastante tiempo antes de ser depositadas en la mesa debido a que el encargado/recepcionista/mesero tenía sólo dos manos y dos pies. De todos modos, el

joven sí disfrutaba del buen sabor de la mermelada de rosa mosqueta que le entregaban para acompañar las tostadas y que no se podía conseguir otra mejor en toda la provincia.

Cuando terminó de desayunar miró su reloj pulsera y advirtió que ya habían pasado varios minutos de las nueve, aunque afuera seguía en penumbras. Una vez despejada la mesa, el letrado comenzó a repasar unos documentos, lo que demandó un buen rato. Sólo se distrajo de su tarea cuando sonó el teléfono celular. Del otro lado de la línea llamaba un Jorge Di Paola con un tono de voz que denotaba preocupación.

-¿Qué pasó, Jorge?

-Que mi familia no tiene paz. Eso pasa.

-Pero decime que es lo que pasó...

-Sarkis, hace varios días que llaman a mi casa y cortan, y anoche apedrearon el frente, tiraron basura en la vereda y me pintaron la pared con aerosol.

-¡Uh! ¡Qué macana!

-Macana es poco, Sarkis.

-Bueno, Jorge, calmate –el abogado bajó el volumen de su voz procurando que su interlocutor hiciese lo mismo-. Necesito que me des más detalles, así veo que puedo hacer.

-...

-Por ejemplo, en los llamados, ¿te dijeron algo en particular?

-No. Apenas alguien atiende en mi casa cortan.

-Entiendo. ¿Y con las piedras te provocaron algún daño? ¿Lastimaron a alguien?

-Por suerte no.

-Mejor así -el letrado que tomaba nota en su cuaderno-. Y el *graffiti* en la pared, ¿a qué hace referencia?

-Son sólo garabatos.

-Bueno Jorge, quedate tranquilo que yo me encargo del asunto.

-¿Hago la denuncia en la Policía?

-Mirá, por lo que me estás contando no hay amenazas ni daños, por lo que en la comisaría no te van a dar ni bola.

-Pero yo no me puedo quedar cruzado de brazos. Ya perdí a mi hija menor, ¿qué hago si le pasa algo a alguien más de mi familia? ¡Me tengo que matar! -expresó Jorge, desesperado.

-Tenés razón, Jorge, pero yo sólo te puedo dar mi opinión desde el punto de vista jurídico.

-Ya sé, ya sé.

-Jorge, ¿vos a donde estás hora? ¿En la fábrica?

-No, con el lío de anoche me pedí el día y me quedé en casa. Mi mujer está muy angustiada, ¿viste?

-Está bien. Yo ahora me voy para allá, así charlamos y vemos que hacemos, ¿te parece?

-Dale, dale. Venite que te espero con unos mates.

-Bueno, gracias. En un rato estoy por allá.

Sarkis cortó la comunicación, organizó sus papeles y luego le pidió al encargado en la recepción que le llamara un taxi para dirigirse hasta la casa de los Di Paola, en La Olla. Una vez allí, el letrado se sentó a dialogar con los padres de Noelia y logró tranquilizarlos, explicándoles que en este tipo de casos, estos incidentes son frecuentes y que sólo buscan generar miedo ya que casi nunca se traducen en agresiones concretas. Finalmente, tras un par de horas de densa charla, Sarkis acordó con Jorge acompañarlo hasta la oficina del fiscal Peretz para denunciar allí lo ocurrido en los últimos días y pedir una custodia especial, con efectivos de la Guardia Civil, no de la policía local.



También le pasó el número de teléfono del Tanto Sculli de AGEN para que, cuando estuviera más calmado, lo llamara y le pasara información sobre los incidentes en su casa y así tratar de meter un poco de presión a través de la prensa nacional.

Alrededor del mediodía, el padre de Noelia y su abogado se presentaron en la fiscalía, pero como Peretz estaba en una audiencia fueron recibidos por un secretario joven que les tomó la denuncia y prometió comunicársela al fiscal apenas éste se desocupara. “Volvete a tu casa y quedate ahí, descansando. Y mañana andá a trabajar. Yo sé que ningún día es normal para vos, pero trata de que lo sea, no sólo por vos, sino por su tu mujer y tu familia ¡Ah! Y si llamás a la agencia, avisame, así sé lo que le vas a contar y no me entero por los diarios”, indicó el abogado al papá de la adolescente asesinada cuando se despidieron en la puerta de los tribunales. Luego se abrazaron y se fueron en distintas direcciones, Jorge a tomar el colectivo de regreso al barrio y Sarkis decidió ir a pasear por el centro comercial de la ciudad aprovechando que el sol comenzaba a asomar entre el denso aire.

Cuando el abogado volvió a ver la hora en su muñeca advirtió que eran pasadas las trece. Cómo se va el tiempo, se dijo; sin embargo, siguió recorriendo el centro comercial abriéndose paso entre estudiantes alborotados por su viaje de egresados. Después de mirar algunas vidrieras y comprar para su Barbie un pulóver tejido con una lana artesanal que producían en la región, el abogado sintió un poco de hambre, por lo que ingresó al primer restorán que vio con mesas desocupadas.

Sarkis degustaba un “lomo escondido con papas rústicas” en una mesa ubicada junto a una de las paredes laterales del local, justo frente al mostrador donde funcionaba la caja y la comanda. El letrado estaba con la cabeza gacha, concentrado en su carne y su copa de malbec, tratando de despejar su mente. A unos seis metros de distancia, detrás de la barra, parado entre el minibar con las botellas de whiskys, licores y

aperitivos; y la máquina de café expreso, Cuéllar observaba a su joven colega y cuando éste le solicitó la cuenta al mozo, él mismo se la llevó.

-¡Qué sorpresa! -dijo el dueño del “Escondido” a su cliente, quien no pudo ocultar su asombro.

-No sabía que usted tenía un restorán. Pensé que vivía en Floreal -señaló Sarkis y luego invitó a Cuéllar a sentarse a la mesa.

-Hay muchas cosas que usted no sabe de mí, colega -continuó el anfitrión sonriendo-. Estuviste en la fiscalía, ¿no? ¿Alguna novedad? -retomó tras una breve pausa en la que llamó al mozo con un gesto de la mano. Y cuando aquel llegó a la mesa, le ordenó dos cafés-. Cortesía de la casa.

-Veo que no se le escapa nada.

-No se persiga, es que yo también estuve en tribunales y lo vi de lejos. Cuando yo me iba, usted llegaba. Casualidad.

-Ajá.

-Pero sí sé lo que usted fue a hacer. Pueblo chico, infierno grande. Acá todo se comenta.

-Ya lo creo.

-Ahora bien, como usted no es de por acá y no le llegan todos los chimentos, rumores y versiones, si quiere le comento lo que fui a hacer yo.

-Como usted prefiera. Cuando vuelva a la fiscalía puedo notificarme oficialmente.

-Mira pibe, estoy tratando de alivianarte la carga para que empecemos a llevarnos bien. No es un desafío ni una competencia. La cosa no es con vos.

-Lo sé. Y agradezco su intención.

-Bueno, ¿quierés saber qué fui a hacer o no?

-Sí, dígame.

-Tutéame. Ya rompimos el hielo.

-Está bien.

-Fui a presentar un perito de parte para los estudios genéticos. No pude designar al que yo quería por una cuestión de recursos, pero bueno.... Es lo que hay.

-Ajá -asintió Sarkis justo en el momento en que el mozo regresaba a la mesa con los dos cafés-. Me dijeron que está trabajando *ad honorem*.

-Te contaron bien. Son tiempos complicados, en los que todos aquí tenemos que ajustarnos el cinturón, por más que no queramos.

-Ya lo veo -Sarkis echó un vistazo por el semivacío salón del restorán.

-¿Y vos? Me imagino que no estás trabajando gratis, aunque sí por mucha menos plata que tu padrino, ¿o no? Porque calculo que los Di Paola no tienen mucho más dinero que los García.

-No, no lo tienen.

-Y creo que por eso Horacio te dejó la causa a vos. ¿O creés que fue porque no puede abandonar sus compromisos en Roca Negra Capital?

Sarkis guardó silencio y bebió un sorbo de su café. Luego carraspeó y miró a Cuéllar alzando el entrecejo. Internamente sabía que era muy probable que su colega tuviese razón ya que Horacio llegó a aconsejarle que, en caso de insolvencia, les pidiera a los padres de Noelia la escritura de la casa como garantía.

-En fin, me imagino que con la mañana movidita que tuviste preferís no hablar de la causa por un rato, ¿o me equivoco?

-Podría decir que no estás tan errado.

-¡Jajá! Me gusta tu estilo. Pocas palabras, pero las justas -Cuéllar se volvió hacia el mostrador buscando al mozo-. ¿Querés algo más? Yo invito.

-No, gracias.

-Está bien. Y decime Sarkis, ¿vos conocés a la mujer y las hijas de Horacio?

-Sí. Me invitó un par de veces a su casa a charlar de trabajo y tomar algo. Tiene una linda familia. ¿Por?

-Por nada en particular. Sólo quería cambiar el tema de nuestra conversación.

-Ah, ok.

-¿Y vos crees en el amor?

-¿Y eso a qué viene ahora? –Sarkis miró a Cuéllar, algo descolocado.

-Es una simple pregunta. Si te molesta contestar, no lo hagas. Sólo intento que charlemos.

-No, no me molesta. Sólo me sorprendió.

-¿Y bien?

-Sí, creo.

-¡¿Vés?! Vos te parecés más a mí que a tu padrino.

-¿Por?

-Porque yo siempre creí y sigo creyendo en el amor. Pero Horacio no.

-Pero yo lo veo muy bien a él con Laura y las hijas.

-Eso no es amor, Sarkis. En algún tiempo, Horacio creyó estar enamorado, pero eso fue hace muchos años. Después, como le fue mal, perdió toda la fe.

-¿Y? –el joven letrado se encogió de hombros-. Eso le puede pasar a cualquiera...

-Sí, pero él después se volvió un tipo grande que se cansó de estar solo y se terminó juntando con una madre separada que estaba sin un peso. Eso no es amor. Por más que se quieran y se lleven bien, no es amor, es conveniencia.

-¿Qué hay de vos? Digo, sos tan viejo como él y, por lo que tengo entendido, seguís siendo un soltero empedernido. ¿Dónde está el amor en tu vida?

-Veo que te gusta ir directo al grano, como yo, pero sos un poco menos locuaz, ¡jajá! -Cuéllar golpeó la mesa con la palma de su mano derecha-. Mirá, yo no me considero un solterón, sino un romántico empedernido. Porque he amado a todas y cada una de las mujeres con las que estuve. A alguna más que a otra, o por más tiempo. Pero a veces la convivencia no funciona y no es por falta de amor. El problema no es encontrar el amor, sino conservarlo.

-En eso estamos de acuerdo.

-¿Viste? Vos y yo somos muy parecidos, cada uno a su manera.

-No lo sé. Apenas te conozco.

-Y decime una cosa, Sarkis, ¿vos encontraste el amor alguna vez?

-Creo que sí.

-¿Creo? ¡¿Cómo creo?! ¿Lo encontraste o no lo encontraste? En estas cosas no hay término medio.

-Sí, lo encontré.

-Pero lo perdiste...

-Sí.

-Bueno, mi joven colega, si fue verdadero amor, quizás no sea demasiado tarde para recuperarlo.

-No lo sé -respondió Sarkis y se puso de pie dando por finalizada la conversación.

Inmediatamente después, el joven letrado agradeció a Cuéllar por la atención, lo felicitó por la calidad de la comida y el servicio, y finalmente se retiró del restorán.

Paseó un rato más por el centro para hacer la digestión e intentó varias veces comunicarse con el fiscal Peretz, pero cada vez que llamó a la oficina el secretario le dijo que no se encontraba disponible.

Entonces volvió al hotel y se encerró en la habitación. El cuerpo le estaba pasando factura por el cansancio acumulado en las últimas semanas y el pesado y prolongado almuerzo, por lo que se acostó en la cama para dormir una siesta, para lo cual apagó el celular. Al principio no pudo conciliar el sueño porque la picadora de carne dentro de su mente no se detenía ni un segundo, así que encendió el televisor para tratar de relajarse un poco.

Como no pasaban ninguna película que le gustara o algún partido de fútbol, terminó dejando el noticiero local que transmitía el último informe de los meteorólogos, el cual pronosticaba que los vientos iban a cambiar en Espadalucente y que con la llegada de más nevadas las cenizas se disiparían en los próximos días. A su vez, el aeropuerto de la ciudad continuaba cerrado, pero el de Roca Negra Capital había reanudado sus vuelos normalmente, excepto por los destinados al sur provincial.

El presentador de noticias también anunció que en una semana iba a haber una nueva inspección de los expertos de aviación civil para determinar si la aeroestación local podía reabrir sus puertas. Y, en ese sentido, explicó que varias toneladas de cenizas que habían caído en las pistas y sus alrededores ya habían sido trasladadas a una profunda cava en el medio de una zona boscosa, donde el material no podía ser levantado fácilmente por las ráfagas de viento y vuelto a dispersar por distintos puntos del territorio.

Otra de las noticias involucraba a Floreal, donde los cortes del suministro de energía eléctrica persistían, aunque de manera más esporádica. De todos modos, esto

llevaba a paralizar toda actividad en la villa que comenzaba a asemejarse cada vez más a un pueblo fantasma.

Por último, el conductor del noticiero informó que esa misma tarde acababa de llegar a Espadaluciente, vía terrestre, un grupo de expertos en geología, vulcanología y contaminación ambiental enviado por las Naciones Unidas para evaluar la magnitud de las consecuencias de la erupción del Choconda. Los especialistas primero se iban a reunir con las autoridades municipales y luego, junto a los expertos locales, iban a comenzar un profundo trabajo de campo que consistiría, inicialmente, en el análisis del material piroclástico para después diseñar estrategias dirigidas a remediar los efectos negativos en el medio ambiente.

Recién cuando el segmento de noticias concluyó sin mencionar una sola palabra referida al caso de Noelia, Sarkis se sintió un poco más aliviado, y sólo así pudo dormirse.

Cuando el abogado despertó, miró por la ventana y vio que ya había anochecido. Chequeó su celular y no tenía ningún llamado perdido ni mensaje que le acercara alguna novedad, por lo que con un poco más de calma se duchó, cambió de ropa y bajó al comedor para retomar la lectura de la voluminosa pila de copias de las fojas del expediente que ya acumulaba varios cuerpos.

La siesta y el baño fueron reparadores; sin embargo, no le abrieron demasiado el apetito, por lo que el abogado decidió no salir a cenar y permaneció en el comedor, donde ordenó un sándwich de jamón y queso, y un agua sin gas que cargó a la cuenta de su habitación. Llamó a Horacio, pero no lo encontró, hizo lo propio con Barbie y también lo atendió el contestador. Entonces dio por terminada su jornada y regresó a la pieza.

Sarkis entró a la habitación a oscuras y en vez de encender la luz prendió nuevamente el televisor, su mejor y, quizás único, compañero por aquellos días de exilio; y así la luz de la caja boba arrojó un poco de claridad sobre la cama que había quedado desecha. El joven dejó su montón de papeles en la mesita de luz y se desplomó sobre las sábanas revueltas sin siquiera quitarse los zapatos. Hizo un poco de *zapping* hasta que recaló en el canal Primera Hora que, de lunes a viernes y de veintidós a veinticuatro, emitía el programa “A viva voz”, conducido por el experimentado periodista *Martín Watt*, quien, en realidad, se llamaba *Samuel Abelovich* y había cambiado su nombre para evitar ser perseguido y discriminado.

Ver el programa era parte de la tarea diaria de Sarkis ya que Watt dedicaba la mayor parte del tiempo en el aire a los casos policiales del momento y por entonces no había otro hecho más importante que el crimen de Noelia.

En la mayoría de los casos, el periodista repetía información que ya había sido publicada por otros medios, especialmente los gráficos, pero esta vez, el abogado se sorprendió al ver a Horacio en el estudio, sentado en el sillón ubicado frente al asiento de Watt:

*“Yo no soy parte en esa causa y por ello no conozco los pormenores del expediente, pero uno que ya tiene vasta experiencia en investigaciones penales puede ir teniendo una idea de las pruebas que hay a partir de los fallos judiciales y de las declaraciones de los propios abogados que sí tienen acceso a las actuaciones. Y a partir de lo que he podido leer, escuchar y ver hasta el momento, todo parecería indicar que la decisión del fiscal Peretz, por quien tengo un profundo respeto y al que considero un excelente funcionario, de detener a García es correcta. Claro que la última palabra la va a tener la jueza y, en ese sentido, espero que los incidentes ocurridos frente a los tribunales no condicionen la decisión final de la magistrada”*,



señaló Horacio, impecablemente vestido con un traje gris, zapatos negros relucientes y un cinturón de cuero del mismo color. Debajo del saco llevaba una camisa blanca adornada con una corbata azul haciendo juego con un pañuelo que sobresalía del bolsillo superior izquierdo del saco.

-¿Usted quiere decir que estos incidentes pueden condicionar a la jueza para que no termine dictando la prisión preventiva del acusado? -preguntó el periodista, cruzado de piernas y con su *tablet* en las manos ligeramente apoyadas sobre su regazo.

-Espero que no. Confío en el buen criterio de la magistrada.

-Pero si nos guiamos por otros casos recientes, la Justicia de este país deja mucho que desear.

-Mire Martín, en la Justicia, como en todos los ámbitos laborales de esta nación, hay buenos y malos profesionales. Los buenos generalmente aciertan, pero también se pueden equivocar como cualquier persona, siempre y cuando lo hagan sin mala intención. Y yo creo que en este caso están trabajando buenos profesionales. Ahora bien, tampoco puedo negar que el ambiente influye en el trabajo que deben hacer ya que, por más bueno que sea un profesional, si el contexto le resulta desfavorable va a ser muy difícil que tome decisiones acertadas.

-Bueno doctor, volvemos al tema de los condicionamientos. Yo creo que los gravísimos incidentes producidos en la mismísima puerta de la oficina del fiscal y de la jueza son fuertes presiones que conllevan un mensaje claro: si siguen por este camino, va a haber lío.

-Puede ser. Pero prefiero confiar en la Justicia, en su imparcialidad, como siempre lo hecho. Sino, no llevaría tantos años en esta carrera.

-Usted que ha trabajado en tantos otros casos resonantes y de público conocimiento, ¿sintió alguna vez que la Justicia haya sido parcial? y, en ese caso, ¿le dieron ganas de dejar esta actividad?

Horacio sonrió e hizo una brevísima pausa para beber un sorbo de agua antes de responder.

-Mire, en todos mis años como abogado penalista he tenido más fallos judiciales en contra que a favor, pero nunca dudé de la integridad de cada uno de los funcionarios que tomaron esas decisiones que iban en contra de mis intereses. Y sí, cada vez que uno sufre un revés, y más cuando se trata de un caso importante en el que está en juego la vida de una persona, siente ganas, aunque sea por un momento, de trabajar de otra cosa. Pero uno actúa por vocación y convicción, y sigue adelante.

-¿Y en esta causa puede llegar a haber un revés judicial?

-Depende para quién. Cuando se hace Justicia siempre hay una parte que siente que no es así, más allá de que las pruebas reales indiquen que se trata de un fallo acertado.

-¿Qué indican las pruebas en este hecho?

-Martín, yo no estoy en condiciones de tomar partido porque no soy parte, le reitero, pero dejemos que la Justicia trabaje sin presiones y confiemos en que el brutal homicidio de esta adolescente, que conmueve no sólo a una ciudad entera sino a todo el país, será esclarecido.

-Entonces, para usted este crimen va a ser resuelto...

-Bueno, no soy adivino, pero al menos creo que se está trabajando para ello.

-Gracias, doctor. Como siempre, es un placer recibir su visita.

-Gracias a usted por invitarme.

-Quédese en el estudio, por favor, que todavía tenemos mucho más temas que abordar en este programa.

-Como no.

El periodista se inclinó para estrechar la mano del abogado, luego se puso de pie y mirando a la cámara indicó: “Vamos a una pausa y enseguida volvemos con más, A viva voz, aquí, en Primera Hora”.

Cuando entraron en el corte, el conductor invitó a Horacio a tomar una copa en el bar de la esquina del canal una vez terminado el programa ya que quería charlar con él por un asunto personal, a lo que el abogado accedió dado que quería arreglar algunas cuentas pendientes. Espero que esta rata no me descuente este favor de los cheques rebotados, pensó el letrado.

Por su parte, el conductor del programa se sentó en su silla detrás de cámara, con su apellido escrito en el respaldo, como si fuera un director de cine de *Hollywood*, para que la maquilladora le hiciera unos retoques en el rostro ya que en el último bloque había transpirado bastante. “Querida, decile a iluminador si puede bajar un pocos las luces porque me estoy asando, ¿sí? Por favor. Gracias”, le ordenó a la muchacha.

En tanto, ante el primer espacio publicitario, Sarkis cambió de canal sin antes asegurarse que su teléfono celular estuviera apagado. “Lo único que me falta es que me llamen de la producción para sacarme al aire”, dijo en voz baja y después dejó caer su cabeza en la almohada. “Demasiado por hoy”, suspiró justo antes de cerrar sus ojos, que le seguían ardiendo.

*“Sarkis querido. Te llamaba para preguntarte si me habías visto en el programa de Samuel. Al tipo ya no le alcanza que le pases datos en off the record y quiere que empieces a aparecer vos, aunque sea por teléfono y desde allá. Y me parece que tiene razón. Tarde o temprano, más temprano que tarde, vas a tener que hacerlo. Creo que*

*estén los resultados de los peritajes de ADN es una buena oportunidad. Igual, lo vamos viendo. Cualquier cosa llamame. Un abrazo”*, sonó la voz Horacio al quedar grabada en el contestador automático del celular apagado de Sarkis mientras éste dormía.

## XI

El Choconda mostraba signos de leve, pero renovada actividad, y amenazaba con emitir más cenizas al ya polvoriento aire de Espadaluciente, al tiempo que los expertos extranjeros estudiaban *in situ* distintos sectores del volcán y otros puntos del cordón montañoso Cerro Alto. Mientras tanto, el fiscal Peretz se encontraba solo en su despacho, sentado junto a su escritorio cubierto por varias pilas de documentos. Con la mano derecha sostenía una hoja de papel con el membrete de los laboratorios de la Corte Provincial y con la izquierda se acomodaba primero sus anteojos de grueso marco negro y luego su pelo gris peinado con raya al costado. Por la ventana de su oficina, ubicada en la parte posterior del segundo piso de los tribunales, la vista del centro de la ciudad era tan plomiza como su cabellera, cada vez menos tupida.

Después de leer por segunda vez las “conclusiones” del informe, el fiscal apoyó el papel sobre una de los cuerpos del expediente del crimen de Noelia y por medio del intercomunicador convocó urgente a su secretario, que tenía su cubículo en la antesala del despacho del instructor judicial, justo al otro lado de la puerta. Apenas recibió la orden, el joven empleado se presentó firme como un soldado frente a Peretz, quien ahora tenía los codos sobre los apoya brazos de su silla de cuero marrón, reclinable y con ruedas, y los dedos de ambas manos entrelazados formando una especie de arco sobre su pecho. El secretario conocía ese rostro de consternación, lo había visto en repetidas ocasiones, sobre todo, desde que investigaba el asesinato de la adolescente que mantenía en vilo a toda una ciudad desacostumbrada a experimentar dichos episodios.

-¿Qué pasó doctor? -el joven ya esperaba una mala noticia.

-Los peritos me acaban informar que había semen en la remera del acusado García y que le pertenecía a él, y que mediante un estudio de digitalización de imágenes

tomadas durante la autopsia se determinó que Noelia fue violada ya que se detectaron lesiones vitales en la cara anterior de la vagina. Además, el cadáver también tenía marcas en las muñecas y en los muslos, lo que indicaría que la chica fue sujeta con fuerza mientras era abusada sexualmente.

-Entonces son buenas noticias, doctor, ¿o no? -replicó el secretario mientras abandonaba su rígida posición inicial y se acomodaba en la silla ubicada frente al fiscal, al otro lado de escritorio.

-No tanto. Escuche y aprenda: los peritos también confirmaron que había semen en las prendas de vestir de Noelia, pero que no pertenece a García, lo que desvincularía al detenido del abuso sexual, ¿comprende?

-Ajá. ¿Y a quién pertenece?

-Ése es justamente el problema. Los peritos no creen que se vaya a poder determinar a quién pertenece porque sólo se pudo obtener medio perfil genético.

-¿Cómo medio?

-Sí, medio. La mitad de uno, ¿qué le pasa esta mañana?! -Peretz elevó el tono de su voz, molesto.

-Perdón, doctor. Es que no logro entenderlo.

-Atiéndame con mucha atención: el ADN está compuesto por un patrón femenino, el haplotipo X; y uno masculino, el haplotipo Y. En este caso, los peritos sólo obtuvieron el perfil femenino de la muestra de semen analizada, pero lo más curioso es que ese haplotipo X coincide con el de la víctima.

-¡Ah, bueno! -exclamó el joven agarrándose la cabeza-. Entonces doctor, ¿el asesino es un familiar directo de la víctima?

-Podría ser.

-Voy a revisar la lista de familiares.

-No se moleste. Ya sé a quién buscamos: *Guillermo Sosa*.

-¿Y ése?

-Ése es el primo hermano de la víctima, por parte de la madre. Es hijo de *Claudia Gutiérrez de Sosa*, hermana de María del Carmen Gutiérrez de Di Paola, ¿me sigue?

-Sí, doctor. ¿Quiere que lo mandemos a buscar con la Policía?

-De ninguna manera. No hay que levantar la perdiz como ocurrió con García. Además, este Sosa es muy amigo de los Pereyra y cuando cité a declarar a los hermanos, el comisario me pateó en contra porque me dijo que había tratado a sus hijos como unos pajeros.

-Sí, me acuerdo de la cara del comisario. ¡Que caliente estaba!

-Y no era para menos con esos hijos que tiene. ¡Yo los cagaría a patadas en el culo por boludos!

-¿Y ahora qué hacemos, doctor? Digo, con este chico Sosa.

-A este Sosa lo vamos a citar a prestar declaración testimonial mediante cédula. A él y a toda su familia.

-Perdone doctor, pero Sosa podría tener vinculación directa con el asesinato. ¿Y si se escapa cuando se notifique de la citación?

-En este momento, es tan probable que Sosa sea uno de los asesinos como que la muestra analizada haya sido mal levantada o directamente manipulada. Así que prefiero ir con calma. Total, mientras García esté detenido nadie nos corre.

-Esperemos no tener que largarlo tan rápido -señaló el secretario antes de retirarse para empezar a redactar las cédulas correspondientes, las cuales no incluían solo las citaciones a los nuevos testigos, sino también las notificaciones a las partes sobre los últimos resultados de los análisis genéticos.

Cuéllar se encontraba junto a sus empleados preparando el restorán para el horario del almuerzo cuando recibió un llamado telefónico de parte de su perito, la forense *Mirta Leonardi*, exjefa del banco genético del Hospital de Espadalucente, quien le comentó las novedades en la causa por el crimen de Noelia, por lo que el abogado abandonó al instante sus tareas de empresario gastronómico y se dirigió a los tribunales para conocer más detalles del asunto. En la oficina del fiscal le hicieron una copia del informe preliminar de los peritos y el propio Peretz le sugirió que aguardara lo más posible antes de dar a conocer esa información a la prensa ya que aún no había podido hablar sobre el tema con la jueza Velasco de La Canal. Sin embargo, apenas Cuéllar abandonó el edificio judicial llamó directamente a Zaldívar para darle la exclusiva y el productor la publicó, de inmediato, en la radio. “No digas que yo te pasé el dato. Poné que fueron fuentes de la investigación, sino el fiscal me mata. Sí podés decir que, al enterarse de la noticia, el abogado de la defensa adelantó que va a pedir la inmediata excarcelación de García por falta de mérito”, fue la indicación del letrado al periodista.

Poco después, la primicia comenzó a abrir todos los segmentos informativos que la radio emitió cada media hora durante el resto de la tarde y también a ser reproducida por los medios locales, provinciales y nacionales que señalaban que Nacho se encontraba cerca de quedar en libertad y, al mismo tiempo, criticaban duramente la investigación.

Y cuando Zaldívar llamó a Sarkis, éste ya se había notificado de la novedad. “En este momento prefiero no salir al aire porque quiero volver a hablar con mi perito de parte más largo y tendido para tener una idea más acabada del asunto. Pero si querés, podés citarme diciendo que este informe no necesariamente beneficia al acusado y que



este particular damnificado sigue manteniendo sus sospechas sobre Ignacio García”, respondió el letrado al productor.

Tras ese llamado, Sarkis llamó a Madwich a Roca Negra Capital y ella le confirmó que la realización del estudio había sido correcta en cuanto al método y la técnica empleada, por lo que la única posibilidad que quedaba era que la muestra haya sido manipulada al momento de su levantamiento o en la cadena de custodia antes de ser analizada. Esto último tranquilizó al joven letrado que luego llamó a Horacio, quien, a su vez, ya se había enterado de la noticia a través de la prensa. Entonces, su padrino le indicó, sin rodeos, que debía poner la cara en los medios nacionales y también le aconsejó cuál era la medida de prueba a solicitar. “Llegó el momento de ponerse los pantalones largos, querido Sarkis. Pero quedate tranquilo, te va a ir bien”, le dijo Horacio a su protegido, procurando transmitirle cierta tranquilidad.

Por la noche, tras haber pasado varias horas en la casa de los Di Paola tratando de calmar los ánimos de Jorge y su familia, Sarkis tuvo su bautismo de fuego:

*“Vamos a pedir la nulidad del peritaje por considerar que las muestras pudieron haber sido manipuladas”*, manifestó el letrado en declaraciones telefónicas reproducidas en vivo durante el programa televisivo de Watt. *“Y en caso de que las muestras no hayan sido manipuladas, el informe no sería tan negativo para este particular damnificado ya que comprueba que hubo abuso sexual, algo que estaba en duda para los investigadores para no para esta parte”*, continuó Sarkis, quien se encontraba en su habitación con el volumen del televisor bajo, caminando alrededor de la cama y sudando como un cerdo en el matadero.

-Pero si el semen hallado en el cuerpo de Noelia no pertenece a García, este chico no tiene nada que ver... -indicó Watt.

-No necesariamente. Por la mecánica del abuso sexual descripta por los peritos queda claro que participó más de una persona. Esto abona la hipótesis de esta parte sobre la denominada fiesta sexual. Y en ese caso, el imputado García bien pudo haber sido uno de los agresores que sostuvo a la víctima mientras ésta era violada y no llegó a penetrarla. O bien, si no hubo otros atacantes, el acusado pudo haber obligado a Noelia a practicarle sexo oral antes de asesinarla y por eso se halló su semen en su remera.

Mientras hablaba, Sarkis releía un papel escrito a mano luego de su charla con Horacio, quien estaba sentado en el estudio de Watt junto a los otros abogados que conformaban el panel de especialistas. Cada vez que escuchaba a su protegido, asentía ligeramente, tratando de no quedar en evidencia, aunque ante la última afirmación del joven letrado se le escapó una sonrisa. De todos modos, las cámaras realizaban un plano medio del conductor y en la pantalla se podía ver una fotografía de Sarkis, secretamente aportada por Horacio a la producción.

-Doctor Djanikian, discúlpennos un momento, le pido que siga en línea mientras atiende a Adalberto Cuéllar, abogado del acusado García. Me gustaría que usted también lo escuche.

Cuéllar estaba en su oficina del restorán, con una copa de vino tinto en una mano y el *mouse* de la computadora en la otra, dado que en el local seguía sin haber señal de cable, por lo que seguía el programa A viva voz por Internet.

-Ante todo, gracias por haberme atendido -arrancó Cuéllar.

-No doctor, gracias a usted por habernos llamado -señaló Watt, algo incómodo, ya que, por lo general, el contacto se daba a la inversa entre los productores y los entrevistados.

-No llamé para discutir sobre las intenciones de su programa en este caso, que quedaron claras desde un principio. Sino para informarle a la audiencia que el peritaje

no deja lugar a dudas en cuanto a la fidelidad de su realización ni las implicancias de sus resultados. El doctor Djanikian, a quien tuve el placer de conocer en este último tiempo y a quien respeto como profesional del Derecho, no puede poner en tela de juicio a los investigadores con tal de mantener la acusación de García.

-¿Para usted no quedan dudas de la inocencia de su defendido? –preguntó el conductor.

-Con este informe no queda margen alguno para la duda. Ya lo dije más temprano: voy a pedir la inmediata excarcelación de García y la jueza Velasco va a terminar dándome la razón ya que no hay pruebas suficientes en contra del joven.

-Doctor Djanikian, ¿quiere hacer algún comentario? –intervino Watt.

-El doctor Cuéllar está haciendo su trabajo y yo el mío –respondió Sarkis, tajante y seguro-. Mi ánimo no es el de polemizar con él, sino llegar a la verdad, todo dentro de la Ley y si ésta me permite pedir la nulidad del peritaje lo voy a hacer. Que quede claro, esta parte no tiene un problema personal con García. Yo a las pruebas me remito y éstas llevaron a un fiscal a pedir la detención del joven, lo que fue avalado en su momento por la jueza. O sea, que no soy yo quien señala con el dedo al acusado.

-Usted no doctor -intercedió Cuéllar-. Los que levantaron el índice hacia mi defendido fueron ciertos integrantes de la prensa supuestamente independiente que se dejaron influenciar por la familia de la víctima. Y yo entiendo que los padres de Noelia están buscando Justicia y espero que la encuentren, pero no voy a aceptar que el fin justifique los medios. Acá hubo una condena mediática para García y ahora las nuevas pruebas lo están dejando más que claro.

-A ver, doctor Cuéllar. Tampoco puede usted echarle la culpa a la prensa –señaló Watt, ofuscado-. La que toma las medidas es la Justicia, no los periodistas.

-Pero ustedes influyen y mucho en la opinión pública, y éste es un caso que lo sigue toda la ciudadanía, no sólo de Espadalucente sino de la provincia y el país.

-Eso es cierto, pero formar opinión es parte de la tarea de la prensa. No sólo estamos para informar y entretener –el conductor seguía molesto y a la defensiva.

-Pero no se puede opinar de manera tendenciosa. En este caso me gustaría que los periodistas se manejen con la mayor objetividad e imparcialidad posible, como corresponde y como también debe actuar la Justicia -sostuvo Cuéllar poniéndose de pie y caminando hacia la ventana de la oficina para mejorar la señal de su teléfono celular-.  
¿O acaso no es esta la primera vez que puedo hablar en su programa?

-Bueno doctor, le agradezco su llamado y esperemos que la Justicia, que es la que tiene la última palabra, le de o no la razón. Muchas gracias y hasta luego –se despidió Watt, en seco.

-De nada. Hasta luego y saludos a todos los colegas que trabajan allí -concluyó Cuéllar aguantando la risa.

Cuando el abogado defensor cortó la comunicación, el conductor le agradeció la espera a Sarkis y luego anunció que iban a un corte publicitario, tras el cuál, regresarían al piso para debatir otros casos policiales que estaban sacudiendo a la provincia, entre ellos, el de *Catalina*.

Esta niña de 11 años había desaparecido en el oeste de la zona metropolitana de Roca Negra y su madre recibido una serie de llamados extorsivos en los que no le exigieron un rescate como si fuese un secuestro convencional, sino que le reclamaron el pago de una supuesta deuda que había contraído de manera ilegal el padre de la nena, quien permanecía detenido tras ser condenado por piratería de asfalto.

Recién cuando la niña apareció asesinada diez días después y a tan sólo veinte cuadras de su casa, el padre de Catalina dio una lista de posibles enemigos suyos que

permitió a los investigadores policiales detener a varias personas, todas con antecedentes penales, pero con dudosa vinculación con el hecho.

Por ello, todos aquellos que fueron apresados por el caso en un comienzo de la investigación terminaron siendo excarcelados por falta de pruebas, lo que derivó también en el apartamiento de la causa tanto del fiscal y el juez, como también la policía provincial.

Años más tarde, solo tres sospechosos llegarían a juicio oral y serían absueltos en un fallo judicial que consideró que el verdadero culpable era un narcotraficante que actuaba como “informante” de la Policía y que ésta trataba de proteger para ocultar los lazos oscuros que se mantenían con aquel.

## XII

Claudia Gutiérrez y su hermana María del Carmen solían ser muy unidas, y no sólo cuando eran niñas y vivían junto a sus padres en Valleverde, donde su familia se dedicaba a trabajar en el campo. Las hermanas fueron creciendo en ese ámbito de ciertas privaciones y demasiados sacrificios, y compartieron muchos aspectos de sus vidas al punto que, llegado el momento de independizarse, se radicaron prácticamente al mismo tiempo en Espadaluciente junto a sus respectivos esposos y cuando todavía no se habían convertido en madres. En esa época, ambas mujeres vivieron en La Olla, hasta que Claudia, la mayor de las dos, se separó de *Miguel Sosa*, padre de su hijo Guillermo, y se juntó con *Oswaldo Zamora*, quien era el presidente del Sindicato de Empleados Hoteleros y Gastronómicos (SEGH) de la ciudad y vivía en el barrio *Pico de Piedra*, ubicado al oeste del centro, entre las laderas del Cerro Medio, como una especie de eslabón intermedio entre los sectores humildes del sur y la clase alta que habitaba en la bahía del Rincón, en el norte.

Pero más allá de llevar dos estilos de vida diferentes, lo que motivó el distanciamiento entre ambas hermanas fue cuando unos años después, a fines de los noventa, a Jorge Di Paola lo echaron de la fábrica de chocolates en la que había trabajado desde su llegada a la ciudad y éste fue a pedirle trabajo a Zamora, quien le dijo que no podía ayudarlo argumentando una supuesta incompatibilidad gremial ya que el ex chocolatero pertenecía al gremio de los maquinistas. “Tendrías que dejar tu sindicato y pasarte al nuestro”, le explicó Zamora al padre de Noelia en aquella oportunidad. Y éste le respondió que no podía hacerlo en ese momento porque su mujer estaba en medio de un tratamiento médico y con el traspaso se quedaría sin la obra

social que le cubría las consultas y los medicamentos. Pero ése no fue el fin de la discusión.

María del Carmen fue a hablar con su hermana para que convenciera a su marido, pero Claudia le dijo que no había nada que pudiera hacer, por lo que la primera decidió dar por terminada su relación con la segunda. Así, de un día para el otro, las dos mujeres no se hablaron más y ni siquiera se saludaban cuando se cruzaban por las calles del centro de la ciudad, que terminó siendo el único punto de encuentro entre ambas.

Por su parte, Guillermo Sosa se crió lejos de su padre Miguel, quien dejó la ciudad apenas perdió su trabajo en la misma época que su excompadre Jorge, al tiempo que en su cabeza fue creciendo el prejuicio de que su tía María del Carmen les tenía envidia a él y a su mamá por haber progresado al juntarse con Zamora. Y si bien, por cuestiones de la edad y los hábitos de la juventud, se encontraba seguido con Noelia, ésta no simpatizaba demasiado con su primo hermano porque consideraba que el muchacho “andaba en la joda”. La adolescente sabía que Guillermo, un par de años mayor de ella y que había ido al mismo colegio que ella, era un muy amigo de los hermanos Pereyra. De hecho, los tres jóvenes habían sido vistos juntos en los últimos días en la tribuna local del estadio de Ciudadanos, donde el equipo de Espadaluciente empató ante Defensores de Cerro Bajo y perdió la oportunidad de ascender.

Pero cuando Guillermo se presentó en la oficina del fiscal Peretz para prestar declaración testimonial trató de no pensar en aquel entorno, el cual no lo había dejado dormir en paz en los días previos, especialmente, a partir de la citación judicial. Así que el muchacho intentó mostrarse tranquilo y estar atento a responder a todas las preguntas con la mayor convicción, seguridad y aplomo posibles. Fuera del despacho lo acompañaba su madre, su apoyo incondicional desde siempre. Además, Claudia quería

estar presente allí para poder inspeccionar el terreno ya que al día siguiente iba a ser su turno de declarar ante la Justicia.

Al sentarse frente al fiscal, Guillermo sintió que la cargada mochila de su pasado y su historia personal no lo molestaban tanto como él creía, al menos a nivel consciente. Mientras que en el exterior silbaba una suave y gentil brisa que apenas rizaba el espejo de agua que mostraba un azul cada vez más claro dado que las cenizas que habían cubierto gran parte de la superficie del Rincón se iban hundiendo y sedimentando día tras día.

-Señor Sosa, ¿sabe usted por qué está aquí? -arrancó el fiscal Peretz casi sin mirar al testigo y ojeando el informe de los peritos genetistas.

-Calculo que porque soy familiar de Noelia -el joven se terminó de acomodar en la silla, llevando ligeramente su torso hacia delante y colocando las manos cruzadas sobre su vientre.

-Exactamente. Y para que no queden dudas, ¿usted afirma ser hijo biológico de Claudia Gutiérrez de Sosa, hermana de María del Carmen Gutiérrez de Di Paola, madre de Noelia Di Paola, su prima hermana?

-Así es.

-Bueno, ¿podría usted describir cómo era su relación y la de su familia con la víctima y la familia de ésta?

Entonces, Guillermo señaló que su familia y los Di Paola no se hablaban desde que él era chiquito porque, según le había contado su madre, Claudia y María del Carmen se habían peleado de jóvenes, aunque aseguró no saber bien el motivo. “Personalmente, yo no tenía ningún problema con mi tía ni con mis primas, pero casi no teníamos relación ya que como nuestros abuelos están muertos no hay más nada en común entre nosotros”, explicó el testigo.



-Usted refiere que casi no tenía relación con Noelia Di Paola. Podría ser más específico, por favor -el fiscal miró fijamente al testigo, mientras su secretario seguía mecanografiando la declaración sentado a un costado del escritorio.

-Bueno, este... Diría que me la cruzaba de vez en cuando.

-Por ejemplo.

-Por ejemplo, los fines de semana, en alguna salida grupal a bailar o a tomar algo; o en alguna fiesta de alguien de nuestra edad.

-Ajá. ¿Y en esos cruces qué sucedía?

-Nada. Un hola y chau, y listo.

-Entiendo y dígame otra cosa señor Sosa, ¿usted conoce a Ignacio García?

-Sí, lo conozco.

-¿Y sabía que estaba relacionado sentimentalmente con su prima Noelia?

-Sí, sabía.

-¿Y esa relación lo molestaba?

-No, para nada.

-O sea que no tenía ningún problema con el señor García.

-No, ninguno. Yo a Nacho lo conozco, pero poco. No somos amigos.

-¿Y cómo lo conoce?

-Primero, porque fuimos al mismo colegio. Y después porque es amigo de unos amigos míos.

-¿Quiénes son sus amigos que tiene en común con el señor García?

-Los hermanos Pereyra. Son mis amigos desde que íbamos juntos al secundario.

-Y la noche del crimen, ¿usted estuvo reunido con los hermanos Pereyra en un asado que se llevó a cabo en la casa de aquellos?

-No. Me invitaron, pero no fui.

-¿Por qué no fue?

-Porque ya había arreglado para salir con mi novia. Además, había estado con ellos a la tarde -Guillermo hizo una pausa y tragó saliva-. Podrían darme un vaso de agua –pidió frotándose la garganta.

-Por favor, aguarde un poco más –indicó Peretz, quien pretendía no interrumpir el interrogatorio justo en ese momento-. Y dígame: ¿Qué hizo con los hermanos Pereyra aquella tarde?

-Nada en particular. Estuvimos reunidos en la casa, charlando, tomando algo, escuchando música. Cosas que hacemos habitualmente.

-O sea que se reúnen allí seguido.

-Sí, sí. Es una casa grande y los padres de ellos no tienen problema en que nos quedemos hasta tarde.

-¿Es cierto que en esas reuniones miran películas pornográficas y que, de hecho, eso fue lo que hicieron la tarde anterior al crimen?

Guillermo se llevó una mano a la boca y tosió. Luego, volvió a acomodarse en la silla.

-Señor Sosa, usted es mayor de edad, por lo que no es delito ver películas pornográficas. Lo que sí es un delito es mentir en una declaración testimonial. Así que responda con la verdad.

-Sí. A veces vemos películas, aunque, en realidad, la mayoría son videitos bajados de Internet. Y esa tarde vimos uno.

-¿Y se masturban cuando lo hacen?

-Ellos sí. Pero a mí me da vergüenza. Igual, lo hice alguna que otra vez porque no quería ser el único que no lo hacía.

-Entiendo.

-¿Es usted virgen?

¡Y esto que carajo tiene que ver!, pensó Guillermo mientras se mordía los labios. El joven sabía muy bien que no le convenía en absoluto adoptar una actitud defensiva o contraatacar, por lo que se tomó unos instantes para serenarse y finalmente respondió:

-No, no lo soy. De hecho tengo relaciones sexuales con mi novia bastante seguido.

-Ahora que la menciona, ¿finalmente salió con su novia la noche del crimen, tal como lo tenía previsto?

-Sí, estuve con ella, pero no salimos a ningún lado porque no se sentía bien. Estaba con gripe. Así que nos quedamos en mi casa, mirando una película en mi habitación.

-¿Y permanecieron toda la noche allí?

-Sí, sí. Porque se hizo tarde y no quiso que la llevara hasta la casa, así que se quedó a dormir en mi habitación.

-¿Sus padres lo supieron?

-Claro. Ellos también estuvieron toda la noche en casa. Cenamos los cuatro, después ellos se quedaron viendo tele en el living y con mi novia nos fuimos a la pieza. Y a la mañana desayunamos todos juntos.

Tras la última respuesta, el fiscal concluyó que el joven estaba diciendo la verdad o, en todo caso, contaba con una coartada sólida y fácil de chequear, por lo que el interrogatorio no se prolongó durante mucho tiempo más.

“¿Cómo te fue hijo?”, preguntó Claudia a Guillermo apenas éste salió de la oficina y se encontraron en el pasillo. “Todo bien, má. Quedate tranquila”, respondió el

joven escuetamente, con su rostro sudado, pero mucho más relajado que antes de declarar.

Mientras Guillermo y su madre bajaban por las escaleras para abandonar los tribunales y regresar a su casa, en la oficina más grande del segundo piso del edificio, la jueza Velasco de la Canal firmaba su resolución en la que rechazaba por “improcedente” el pedido de excarcelación de Nacho presentado por el abogado Cuéllar el día después de conocerse los últimos resultados de los peritajes genéticos.

El letrado había fundado su pedido en que consideraba que no existían suficientes elementos de prueba ni siquiera para imputar al joven y que, además, no había riesgos procesales como “peligro de fuga” o “entorpecimiento de la investigación”; por lo que requería la excarcelación por “falta de mérito” y que el sospechoso aguardase el desenlace de su situación procesal en su domicilio.

Pero la magistrada aún contaba con doce días antes que se le venciera el plazo de un mes para resolver si dictaba la prisión preventiva de Nacho, por lo que desestimó el pedido de la defensa sosteniendo que éste no tenía sustento mientras ella no resolviera la cuestión de fondo que, en definitiva, era definir si correspondía que el imputado siguiera detenido hasta un futuro juicio oral.

En tanto, la ciudad vivía por esas horas una agitación que nada tenía que ver con el caso Noelia, sino con que el aeropuerto de Espadaluciente acababa de recibir el primer avión de la temporada invernal, a pesar de que aún se encontraba formalmente cerrado para el tránsito aéreo comercial como consecuencia de las cenizas emanadas por el volcán.

En realidad, la aeronave con ciento sesenta turistas extranjeros tuvo que aterrizar de emergencia en Espadaluciente porque el aeropuerto de Cerro Bajo, adonde estaba

programado su arribo, no se hallaba operable debido a las condiciones del tiempo ya que era azotado por una tremenda tormenta.

Sin embargo, este cambio de destino benefició a los turistas porque todos habían programado aterrizar en Cerro Bajo y luego viajar tres horas en micro hasta Espadaluciente, por lo que así terminaron ahorrándose un traslado terrestre engorroso por rutas angostas, sinuosas y cubiertas de polvo volcánico en varios de sus tramos.

Apenas el vuelo chárter de extranjeros aterrizó minutos después del mediodía los operadores turísticos locales salieron a exigir públicamente que reabrieran el aeropuerto ya que, según ellos, esto indicaba que la pluma había disminuido considerablemente.

Sin embargo, la Fuerza Aérea había resuelto abrir el aeropuerto de Espadaluciente pero sólo para tareas de limpieza y dejaba a criterio de cada una de las aerolíneas la responsabilidad de volar o no hacia aquel destino sureño. Y como éstas temían por la ocurrencia de accidentes trágicos, las pistas permanecían vacías al igual que todos los locales de la aeroestación, cuyo personal se encontraba suspendido provisoriamente. Los números hablaban por sí solos: el promedio diario de aterrizajes en una temporada invernal normal era de doscientos y hasta ahora sólo había llegado uno.

En los días subsiguientes, la discusión se centró alrededor de la escasa ayuda pública proveniente del exterior de la ciudad y que llevaba a la nula actividad aérea en Espadaluciente a caer en los últimos puestos de la lista de prioridades de los funcionarios nacionales y provinciales, más preocupados por normalizar el tránsito en los aeropuertos de Roca Negra y la Capital Nacional, los cuales habían sufrido interrupciones en las últimas 48 horas como consecuencia de una sostenida serie de ráfagas de viento sur que soplaban a más de cien kilómetros por hora.

En ese marco, *Líneas Nacionales (LN)*, que a pesar de su nombre tenía un directorio integrado en su mayoría por empresarios extranjeros, fue la primera en retomar su agenda por completo con unos quince vuelos de cabotaje diarios programados para los dos principales aeropuertos del país. En cambio, *Aerolíneas de Roca Negra (ARN)*, que concentraba principalmente los viajes domésticos, lo hizo de manera parcial y activó la mitad de sus cincuenta vuelos porque la empresa consideraba que las condiciones climáticas no eran del todo favorables. Y si bien el clima era uno solo, las realidades de las dos firmas eran bien distintas: *LN* contaba con mejores aeronaves, más modernas y en perfecto estado; mientras que *ARN* todavía volaba con aviones viejos y usados, y llevaba en su haber los últimos dos trágicos accidentes, ambos ocasionados por desperfectos mecánicos y fallas humanas que habían ocasionado ciento veinte muertes.

La incertidumbre de los vuelos comerciales era por entonces la principal preocupación en Espadalucente ya que, en la vereda opuesta, el clima estaba siendo generoso con un gran aporte de nieve para las pistas de esquí, lo que obligaba a mantener abiertos los medios de elevación en el Cerro Alto, a pesar de que la cantidad de visitantes no alcanzaban para cubrir siquiera los costos para operar.

Pero no todo pintaba gris oscuro en la región. De hecho, el aire parecía renovarse, aunque muy lentamente, en Floreal, la zona más golpeada por la erupción del Choconda. En la villa de montaña, el nivel de alerta había descendido de rojo a naranja ya que los expertos entendían que el volcán atravesaba la etapa eruptiva final y de a poco resurgían de entre las cenizas la colorida vegetación y la actividad comercial. A su vez, los servicios básicos, como el suministro de energía eléctrica, gas, agua y la telefonía, habían vuelto a funcionar.

Por ello, el abogado Cuéllar, luego conocer la decisión de la jueza Velasco de la Canal que lo obligaba a tener que esperar sin más cartas que jugar de momento, decidió abandonar su departamento en Espadaluciente para volver a habitar su cabaña en medio del bosque, aprovechando también que las rutas entre un lugar y otro estaban transitables, aunque no en condiciones óptimas debido a que el material volcánico caído y acumulado en las banquinas seguía siendo abundante.

En Floreal, las escuelas retomaron las clases tras un mes y medio de receso, y varios de los comercios minoristas reabrieron sus puertas al público, principalmente local, ya que los turistas brillaban por su ausencia, lo que implicaba que salir de la crisis iba a llevar bastante tiempo, quizás demasiado para sobrevivir.

A pesar de las malas expectativas (la Cámara de Comercio local consideraba una caída del noventa y cinco por ciento en las ventas y el cierre del veinticinco por ciento de los negocios), las embarcaciones volvieron a zarpar del muelle de Espadaluciente para realizar la habitual travesía por las aguas del Rincón hasta la orilla de Floreal, en la margen opuesta, desde donde era un clásico tomar fotografías de la ciudad vista desde un terreno más alto. Y para atraer a los paseantes, los operadores de la excursión ofrecían el primer recorrido gratis.

Los comerciantes también recurrían a hacer suculentos descuentos, pero en muchos casos ni esta estrategia sirvió para aumentar los ingresos que, en algunos días, fueron directamente inexistentes. Y a la espera de la prometida ayuda estatal, una de las principales empresas privadas dedicada a la construcción en el sur provincial envió a Floreal una pala cargadora frontal, varios camiones volcadores y decenas de operarios para poder retirar los casi dos millones de metros cúbicos de cenizas caídos hasta entonces y llevarlos hasta una cantera ubicada en el medio de la montaña, en una especie de pozo profundo, al resguardo del viento.

Además, desde la cantera se podía reunir el material para luego elaborar bloques de cemento, tal como se lo había logrado hacer en la época del Imperio Romano. El principal inconveniente para este ingenioso proceso de elaboración era que se requería agregarle cal a la piedra ígnea de cenizas y arena ya formada naturalmente para poder utilizarla en la construcción ordinaria.

Y, de a poco, la realidad diaria se Espadaluciente se fue transmitiendo, en menor medida, al resto de la provincia hasta llegar a Roca Negra Capital, cuya población, si bien no vivían en la zona de desastre, comenzó a sufrir trastornos en la salud por la concentración de partículas de cenizas en el aire. Por ello, las autoridades médicas recomendaron a la comunidad no practicar actividades al aire libre, especialmente, aquellas personas con enfermedades respiratorias, como el asma. Es que el nivel permitido de polvo respirable debía ser inferior a los cincuenta microgramos por metro cúbico, pero debido a la pluma viajera del volcán ese límite había alcanzado los cuatrocientos.

Por otra parte, el Choconda disminuía la actividad sísmica, aunque desde su fractura la pluma ascendía a doscientos metros y decoraba el cielo de Espadaluciente con un hongo del color y la textura de una nube. Por entonces, la lava comenzaba a enfriarse y, por ende, el cráter tendía a cerrarse. Pero a estas alturas, muy pocos se animaban a pronosticar cuánto tiempo más iba a durar el fenómeno dado que en un principio los expertos habían estimado unos días y ya habían pasado varias semanas.



### XIII

Faltaban cuarenta y ocho horas para cumplirse dos meses de cometido el crimen de Noelia y se vencía el plazo para que la jueza Velasco de la Canal resolviera la situación procesal de Nacho, el único acusado del homicidio de la adolescente, cuando la magistrada agitó las aguas del Rincón e hizo temblar nuevamente el movedizo Cerro Alto que rodeaba a una Espadaluciente que trataba de recuperar su tranquilidad perdida. Sin embargo, la sensación celosamente resguardada del comentario público y callejero por la mayoría de los habitantes de la ciudad era que aquella tradicional e histórica calma se había quebrado por completo y para siempre bastante tiempo antes de que apareciera el cadáver de la Noe y el Choconda hiciera erupción, y que sólo se había mantenido una apariencia para salvaguardar las temporadas invernales. Pero como ésta última estaba completamente perdida ya no tenía caso seguir fingiendo y la crisis de fondo quedó finalmente al desnudo.

Basándose en los últimos peritajes científicos, la jueza decidió entonces excarcelar a Nacho al dictarle la “falta de mérito”, es decir, que consideraba que por el momento no había pruebas suficientes en contra del joven, aunque éste iba a seguir siendo investigado. Además, la magistrada entendió que no existían riesgos de fuga ni de entorpecimiento de la investigación, por lo que Nacho se fue a su casa el mismo día que Velasco de la Canal firmó la resolución.

“Soy inocente”, fue lo único que dijo el muchacho al salir de la Jefatura de Policía donde había estado detenido el último mes de su vida luego de haber sido trasladado desde la alcaldía de los Tribunales a raíz de los graves incidentes producidos allí apenas fue indagado.

Después de esos hechos vandálicos, la jueza de la causa había dispuesto que por cuestiones de seguridad el joven quedase alojado en la sede policial, en una celda aislado del resto de los detenidos. Y a esto se le sumaron algunos problemas logísticos para realizar los trasladados desde y hacia la prisión de la ciudad ubicada en las afueras de la misma. Claro que esta decisión de que Nacho permaneciera bajo la custodia de la Policía en vez del Servicio Penitenciario había generado sospechas de parte de la familia de la víctima que ahora, con la excarcelación ya consumada, se convirtieron en furibundas críticas hacia la magistrada.

Acompañado por su papá Luis y escoltado por dos policías y el propio comisario Pereyra, el muchacho no se detuvo a hablar con el pequeño grupo de periodistas locales que lo aguardaban en la puerta de la Jefatura y seguidamente abordó un remís que lo llevó hasta su casa en La Olla, donde lo esperaba el resto de sus familiares y no hubo nada de grandes recepciones ni reuniones con amigos. Otros, en su lugar, hubiesen clamado su inocencia a los cuatro vientos, argumentado ser víctima de una persecución injusta y prejuiciosa, y reiterando hasta el cansancio su versión de los hechos para instalar su relato públicamente. Pero Nacho no lo hizo, prefirió el silencio porque lo que tenía para decir ya lo había expresado ante la Justicia.

Ante esta situación, y aconsejado por el abogado Cuéllar, sólo el padre de Nacho salió al cruce de la prensa. “El fiscal ha manchado el nombre de mi familia, ¿cómo se hace para reparar eso ahora? ¡Eh!”, exclamó Luis en la puerta de su domicilio, mientras Nacho cerraba la puerta de entrada a sus espaldas. Por entonces, el hombre experimentaba una rara mezcla de satisfacción por volver a tener a su hijo en casa y de bronca por los días de detención que su muchacho había tenido que soportar.

Por su parte, Zaldívar, aprovechando que los grandes medios se habían visto sorprendido por la excarcelación de Nacho y no habían podido poner en marcha a

tiempo a sus enviados especiales, realizó una entrevista telefónica con el fiscal Peretz y por primera vez desde iniciada la causa el funcionario judicial habló en *on the record*.

-Doctor, ¿se puede decir que la excarcelación de García es un paso atrás en la investigación? -preguntó el productor devenido en locutor de tiempo casi completo.

-De ninguna manera -respondió el fiscal, algo molesto-. Lo que nos está diciendo la jueza es que en esta etapa del proceso hacen falta más elementos de prueba, pero no está desechando la hipótesis de que García pudo haber tenido participación en el hecho, por lo que yo considero que la pesquisa está bien orientada. Sólo hay que seguir trabajando.

-Pero no sería perjudicial seguir una sola línea investigativa en vez de buscar otras.

-Es que esta fiscalía no descarta ninguna hipótesis. Investigamos todo, pero no es menos cierto que los elementos que fuimos reuniendo en el expediente nos han orientado casi siempre en un mismo sentido.

-Entiendo -asintió el periodista al tiempo que su operador le hacía señas con las manos hacia abajo, pidiéndole calma-. ¿Y cuáles serían los pasos a seguir? -retomó un Zaldívar más conciliador.

-Bueno, estamos barajando la posibilidad de pedir la exhumación del cuerpo de Noelia Di Paola para realizar una segunda autopsia y una serie de estudios complementarios. También se evalúa solicitar que los peritajes genéticos ya realizados se vuelvan a hacer, pero en los laboratorios de la Corte de Justicia Nacional, los más destacados del país -respondió el fiscal Peretz, quien al fin llegaba al punto de la conversación que pretendía: darle un adelanto exclusivo a la prensa local para que ésta no criticara con tanto ahínco su investigación.

-Ajá. Pero para una exhumación calculo que va a necesitar la autorización de los padres de Noelia, ¿no?

-Exactamente. Sólo la pediremos si la familia está de acuerdo. No hay otra forma. En el caso de la contraprueba de los peritajes es distinto, esos estudios se los puedo solicitar a la jueza directamente.

-Claro. Pero en el caso de la exhumación, también debe pedírsele a la jueza.

-Desde luego. Llegado el caso, una vez que la familia lo autorice, la fiscalía eleva el pedido a la magistrada, que es la encargada de velar por todas y cada una de las garantías del proceso, tal como lo establece el Código Penal de nuestra provincia.

Zaldívar, “el locutor de las cenizas”, se sintió incómodo porque no le gustaba estar recibiendo lecciones al aire, sobre todo en materia de Derecho Penal, que no era su fuerte, por lo que decidió ponerle fin a la entrevista.

-Bueno doctor, ahora queda bien claro cómo va a seguir la causa. Le agradezco por el contacto y como siempre digo, esperemos que se haga Justicia.

-De nada. Y si bien siempre prefiero hablar a través de mis resoluciones, en esta ocasión quería comunicarle a la comunidad que esta fiscalía trabaja únicamente para tratar de hacer Justicia -concluyó el fiscal Peretz y luego cortó la comunicación.

Tras la entrevista con el fiscal, al productor le quedó dando vueltas en su cabeza la idea de la exhumación del cuerpo y, conociendo las costumbres de los habitantes de la ciudad, presentía que este tema derivaría en un fuerte debate. Por ello, llamó al abogado Sarkis para conocer cuál sería la postura de la familia Di Paola al respecto.

Aturdido por el revés judicial, el joven letrado nuevamente accedió a hablar con Zaldívar, pero no al aire. En un breve diálogo telefónico, Sarkis dejó en claro su postura de que en los peritajes realizados hasta entonces se había cometido una serie de “incorrecciones técnicas”. Y si bien sostuvo que primero debía acordar con la familia de

Noelia la realización o no de la exhumación del cadáver, creía que era una medida adecuada para avanzar en la causa.

“La exhumación puede resultar muy reveladora porque los forenses podrán determinar también a qué pertenecían cinco estigmas detectados en el cuerpo de Noelia que parecían ser pequeños hematomas y que no descartamos que fueran, en realidad, pinchazos intramusculares producidos con una aguja hipodérmica, como la que se encontró en el auto de García”, indicó el abogado al productor radial.

Además de analizar químicamente esos estigmas, Madwich le había aconsejado a Sarkis que se podía solicitar la realización de un estudio óseo para detectar la presencia de alguna droga residual en los huesos de Noelia y un análisis de los ojos de la víctima en busca de algún grado de alcoholemia al momento de su muerte. Pero todo esto implicaba obtener primero la autorización de los padres de la adolescente, por lo que el abogado decidió no comentárselo al periodista.

“Decile que vas a pedir a la Justicia que sean separados de sus cargos todos los policías que habían realizado los primeros peritajes en la escena del crimen ante la sospecha de que beneficiaron intencionalmente a Nacho y que la familia de Noelia quiere que en la investigación intervenga otra fuerza de seguridad”, le dijo a Sarkis un hombre que estaba sentado en la silla ubicada en una esquina de la habitación del hotel, debajo de la televisión colgada de la pared y en diagonal a los pies de la cama desde donde el joven abogado hablaba con Zaldívar.

El letrado tapó el micrófono de su celular, lo apartó de su cabeza y le pidió silencio a su inesperada visita, un morocho de pelo corto, ondulado y con algunas canas que también se denotaban en una barba de varios días que contorneaban una cara un poco más redonda y arrugada que la de Sarkis, pero de igual piel tostada y ojos marrón oscuro.

“Eso es todo lo que puedo decirle por el momento. Una vez que me haya reunido con la familia Di Paola y llegemos a una decisión quizás pueda adelantarle alguna primicia”, explicó el abogado al productor, tras lo cual, concluyó la charla y se dejó caer de espaldas sobre la cama.

-Tendrías que haberle dicho que vas a pedir el apartamento de la Policía local - dijo el visitante, que vestía botas, jeans, camisa, un pañuelo alrededor del cuello y un saco-. Y también lo que te dijo Madwich.

-Lo voy a hacer cuando crea que es el momento indicado -el letrado mantenía sus ojos cerrados y trataba de recobrar el aliento.

-Ya sé que los vas a hacer. Pero era mejor haberlo dicho ahora para que piensen que no le tenés miedo a nadie y que vas a seguir adelante con todo.

-Vos sabés bien que me tomo mi tiempo para estas cosas -Sarkis se reincorporó y quedó sentado en posición de indio sobre el acolchado arrugado, mientras la visita ahora estaba de pie junto a la ventana con vista a un anochecer despejado y luminoso, con una bóveda de estrellas cuyo brillo reverberaba en las cimas blancas y filosas de las montañas apenas separadas del firmamento por una delgada línea violácea que recorría todo el irregular horizonte.

-¡Ah!, otra cosa: no le hagas más caso a Horacio. El que está acá sos vos, él sigue cómodo en su casa.

-Estamos. No estoy yo solo.

-Bueno, es evidente que ahora estoy acá -sonrió el visitante volviéndose a Sarkis con las manos cruzadas por la espalda.

-Justamente, me preguntaba por qué apareciste ahora y no antes. Digo, quizás me hubieras ayudado a no llegar a esta situación.

-Es que ni vos ni yo podemos elegir libremente cuándo, dónde, cómo y por qué nos vamos a encontrar.

-¿Así es la cosa?

-Así es la cosa.

-Entiendo.

-Y otro tema: cuando llames a Barbie no seas mala onda. Hace muchos días que no hablás con ella y en este momento, más que nunca, necesitás que ella esté de tu lado. Cuidala. No seas gil.

-No soy mala onda ni un gil, ¿pero cómo querés que esté un día como el de hoy? Además, yo con ella no puedo caretearla nunca.

-Ya sé que nunca lo vas a hacer. Pero por un rato olvidate de tu casillero legal 134 al que mañana seguramente va a llegar la notificación de la jueza. Haceme caso. Y acordate que Barbie es una inversión a largo plazo -resumió el visitante y luego se perdió de vista dentro del baño de la habitación, ante lo cual, Sarkis volvió a tomar su celular y a recostarse en la cama.

El joven abogado estaba exhausto, por lo que primero permaneció unos momentos con los ojos cerrados, descansado la vista y después marcó el número de Barbie.

-¡Hola negro! ¿Cómo andás tanto tiempo? -se escuchó decir a la chica apenas atendió del otro lado de la línea.

-Hola mi Barbie negra.

-¿Me extrañaste?

-Obvio.

Bárbara largó una carcajada, pero Sarkis prefirió no seguir con la diversión y guardar silencio, acomodándose a un estado algo más relajado.

-¿Te enteraste de las últimas novedades? -preguntó él, serio.

-Sí, lo vi en las noticias. ¡Qué garrón negro! ¿Y qué vas a hacer ahora? -  
respondió ella asumiendo un tono menos jocoso del que había mostrado al principio.

-No sé. Por lo pronto, voy a volver a Roca Negra, ya no aguanto más estar acá.

-Me imagino.

-Perdón que al final no te invité a que vinieras a pasar aunque sea un fin de semana. Pero viajar es un caos y estuve con muchísimo laburo.

-No te hagas problema. Además, ahora que te volvés nos podemos ver acá, como antes.

-Tal cual, Barbie. Si hay algo que me da ganas de volver es poder verte -resaltó Sarkis recobrando el buen humor.

-¡Mi negro hermoso!-rió ella.

-Buena negra, te dejo que tengo que empezar a prepararme para la vuelta.

-Dale, no hay problema. ¡Qué bueno que me llamaste!

-Y... necesitaba hablar con vos para que me levantarás el ánimo.

-Me alegra poder darte una mano, aunque sea a la distancia.

-Gracias.

-No hay de qué. Nos vemos a la vuelta. ¡Un beso!

-Chau, un beso –se despidió Sarkis, quien permaneció boca arriba, mirando el cielo raso, tratando de no pensar en nada y, si bien por fuera se mostraba intacto, por dentro se estaba desangrando, como la ciudad que en ese momento lo rodeaba en el más absoluto silencio.

Pero en Espadalucente no todo había transcurrido en sigilo y sosiego aquel día en que Nacho recuperó la libertad. Si bien la noche anterior había caído una intensa nevada que cubrió todo con una blancura pura e inmaculada y borró, aunque sea



provisoriamente, el gris de las cenizas, y las emanaciones del material volcánico continuaban en franco descenso; el alivio resultaba parcial para los pobladores de la ciudad en la que persistían las quejas y el descontento, principalmente de parte del sector privado afectado por la marcada merma en el movimiento turístico y la falta de ayuda estatal que había sido prometida por el gobierno nacional y provincial, pero que seguía siendo un cúmulo de palabras huecas.

Las diferencias entre el municipio con los dos gobiernos centrales databan desde hacía ocho años, cuando el ya fallecido Norberto Klinec había llegado a la Presidencia y su vice era Scariolo, el actual gobernador de Roca Negra. Entonces, Espadalucente se había convertido, por el voto popular, en el único distrito de la provincia más importante del país gobernada por un intendente, Casco, que no pertenecía al partido oficial.

Ahora, con la viuda de Klinec, *Carina Ferro*, al frente de la Nación y un gobernador completamente subyugado a los intereses de aquella porque necesitaba que la presidenta le otorgara los fondos necesarios para suplir las falencias de su propia gestión en la provincia, la situación había empeorado. En Espadalucente se sentían solos, sobre todo, porque los distritos vecinos como Valleverde y Cerro Bajo, también afectados por la erupción volcánica, aunque en menor medida, ya habían recibido ayuda financiera para salir de la crisis.

“Desde que comenzó la lluvia de cenizas, recién ayer llegó a la ciudad un funcionario nacional de primera línea”, expresó el intendente Casco en una conferencia de prensa en la que anunció que debido a los inconvenientes generados por el Choconda había decidido postergar dos meses las elecciones municipales. “La presidenta habló varias veces del tema, hasta por cadena nacional, pero nunca me llamó”, indicó el jefe comunal.

Por entonces, se hablaba de que la presidente Ferro y el gobernador Scariolo iban a mantener en los próximos días una reunión con los intendentes de las zonas afectadas, pero el mandatario de Espadalucente dijo que él no había recibido ninguna invitación oficial. “Sólo me llamó un funcionario provincial, ni siquiera el propio gobernador, para decirme que iban a enviarnos dinero, pero no me dijo cuánto, cuándo ni cómo”, agregó Casco.

Mientras tanto, el sindicato de hoteleros y gastronómicos presidido por Zamora anunciaba que iba a realizar una jornada de protesta con cortes de ruta en reclamo de que no se había cumplido con el aumento salarial pautado a principios de año con los empresarios ni tampoco garantizado un mínimo de cientoveinte días de trabajo. Ante esta situación, y para destrabar el conflicto, el intendente Casco se ofreció como mediador entre el gremio y la cámara empresarial privada.

Según Zamora, además de no cumplir con el acuerdo salarial, que se suponía iba a abonarse a mitad de año y sería retroactivo al 1 de enero, los empresarios habían despedido a muchos empleados y no pagado los días laborables en los que hubo cierre de locales como consecuencia de la caída de cenizas.

En una primera reunión sin la mediación municipal, los empresarios sólo habían accedido a abonar el ochenta por ciento las jornadas laborables adeudadas y recién reincorporar a los despedidos para la temporada de verano. Del aumento salarial no se terminó hablando ya que los patrones y los sindicalistas entendieron que la situación era demasiado crítica.

La justificación de los empresarios fue que el sesenta por ciento de la mano de obra en gastronomía y hotelería en Espadalucente no provenía de la ciudad, sino que eran trabajadores “golondrinas” que llegaban desde otros lugares de la provincia, ya sea para la temporada invernal o la estival.

En ese marco de crisis laboral, los principales afectados habían sido unos treinta y cinco empleados despedidos sin indemnización del *Hotel del Bosque*, uno de los pocos de cinco estrellas y con una plantilla de cuatrocientos trabajadores.

“No podemos permitir que los trabajadores vivan con la zozobra de no saber si van a seguir teniendo su empleo”, dijo Zamora en una conferencia de prensa realizada poco después de la del intendente Casco y en la sede del gremio.

Respecto de las razones para amenazar con cortar la ruta, el líder sindical admitió que, si bien consideraba que correspondía un aumento salarial del treinta por ciento anual, ese reclamo había quedado supeditado a la crisis actual, por lo que por ahora iban a luchar por mantener las fuentes de trabajo y recuperar las pérdidas.

Para Zamora, el reclamo estaba basado en que el sector turístico había tenido el año anterior una prosperidad casi récord. Incluso el verano último había sido sumamente exitoso, a lo que se le habían sumados varios fines de semana largo. Además, el sindicalista consideraba que la inflación había aumentado un veinticinco por ciento los costos de la canasta familiar, la que se utilizaba para medir el nivel de pobreza e indigencia.

Era evidente que, más allá de la postura oficial de un lado y la sindical del otro, el nivel de conflictividad se estaba esparciendo por toda la ciudad más rápido que las cenizas y con un daño aún mayor, como si se tratara de una enfermedad viral altamente contagiosa. Y los síntomas alcanzaron al abogado Cuéllar, quien sufrió un paro por parte de sus empleados del restorán que reclamaban el aumento salarial que se había acordado a principios de año. Los trabajadores también amenazaban con denunciar las irregularidades en las que incurría el administrador al quedarse con el cincuenta por ciento de la propina de sus mozos.

Cuatro años antes, Cuéllar había tenido un conflicto similar cuando despidió a dos empleados que lo denunciaron por irregularidades ante la Secretaría de Trabajo local y en una conciliación finalmente se acordó la no reincorporación, pero sí la indemnización y la recategorización del resto de sus trabajadores que exigían ser nombrados como Jefes de Partida y *Comís* de Cocina.

Pero al poco tiempo, como el propietario no cumplió con el acuerdo firmado, el sindicato realizó una protesta frente al restorán. En aquella oportunidad, de pie frente al Escondido y con megáfono en mano, Zamora dejó en claro que no le molestaba que los empresarios de la ciudad tuvieran éxito, pero no iba a permitir que lo logaran violando los beneficios más elementales de los compañeros.

Esa vez, el sindicalista había convocado a los distintos medios locales, pero la mayoría de los periodistas decidieron no ir a cubrir la noticia. Sólo algunos miembros de los partidos de izquierda, una amplísima minoría en toda la región sur, se terminaron acercando a la manifestación que terminó viéndose reflejada en una fotografía mediana con epígrafe y perdida en las páginas interiores de los periódicos de la ciudad, habitualmente sobrecargados de anuncios publicitarios pagados, justamente, por los empresarios criticados por el gremio.

## XIV

La segunda quincena de noviembre en Roca Negra Capital era un atractivo imperdible para los más jóvenes, tanto para los que residían en la ciudad de manera permanente como para los que recorrían sus calles y edificios eclécticos durante el año lectivo de la Universidad Nacional, el inevitable punto de encuentro para miles de chicos que viajaban desde el interior del país y la provincia para estudiar y también trabajar en sus ratos libres, los cuales resultaban escasos ya que la carga horaria en dicho claustro podía ser muy exigente, dependiendo de la carrera. De hecho, Sarkis no había podido trabajar sostenidamente hasta llegar a sus últimos años en la Facultad de Abogacía y lo mismo había ocurrido con Bárbara, aunque ella provenía de una familia más adinerada que la de él y había logrado mudarse sola apenas iniciada la carrera gracias a que sus padres le regalaron un departamento ubicado a pocas cuadras de la Universidad para que no perdiera demasiado tiempo en viajar hacia y desde el centro de la extensa ciudad. Sin embargo, Roca Negra, a diferencia de la Capital Nacional, tenía menos habitantes y una menor actividad administrativa y comercial dado que los empresarios multinacionales preferían establecerse en la principal metrópoli de la república.

En el centro rocanegrense, cuando promediaba el segundo mes de primavera, los estudiantes comenzaban a prepararse para los segundos parciales que podían ser definitivos y, en muchos casos, eximirlos de rendir finales. Las agradables temperaturas y la proximidad con el término del ciclo lectivo llevaban a los jóvenes a participar de todo tipo de reuniones mixtas, diurnas o nocturnas, en lugares cerrados como un departamento o una pensión, o al aire libre como las plazas públicas y paseos verdes.

Por ello, vivir solo o con algún compañero de estudios era una ventaja crucial. Y Sarkis no la había podido disfrutar en su etapa de estudiante, sino hasta luego de

regresar de Espadaluciente donde la causa por el crimen de Noelia había entrado en una meseta. Con el dinero que había cobrado de los Di Paola, más una ayuda de Horacio, el joven letrado pudo alquilar un monoambiente en pleno centro de la Capital Provincial. Apenas se mudó, el morador decidió bautizar aquel departamento como “el santuario blanco” ya que todo el interior estaba pintado de ese color.

En sí, el “santuario” era una especie de “L”, con un sector rectangular donde funcionaba el dormitorio y el living comedor, y otro lateral, más corto, en el que se encontraba la cocina enteramente eléctrica y el baño. Sarkis había amueblado el lugar con un *sommier* de una plaza y media, un sillón de cuero marrón chocolate de dos cuerpos, una mesa ratona haciendo juego y dos asientos en forma de cubo y del mismo material que el sofá. Por cuestiones de espacio y funcionalidad, el letrado no utilizaba una mesa y sillas convencionales, y tampoco una cocina. Sólo tenía una heladera baja y un horno eléctrico en el que preparaba pocos platos ya que la mayoría de las veces comía afuera o llamaba a un *delivery*.

En cuanto a la ropa, no tenía cómoda, cajonera ni nada parecido, sólo guardaba sus prendas íntimas en una mesita de luz y el resto lo llevaba y traía de la lavandería en un bolso deportivo. Y el calzado lo colocaba en un baúl de madera que también hacía las veces de escaparate para un televisor sin cable ni antena, sólo conectado a un reproductor de DVD en el que, muy de vez en cuando, miraba alguna película o recital de rock. Hasta se podría decir que la TV casi formaba parte del decorado dado que en repetidas ocasiones Sarkis utilizaba el DVD para escuchar música grabada en CD's.

En el marco de este minimalismo extremo para el común denominador del resto de los jóvenes rocanegrenses solteros, independientes y profesionales, el abogado no gustaba de colgar cuadros en las paredes ni colocar adornos en los rincones, ni siquiera una planta de plástico que no demandase cuidados frecuentes. Por todo ello, apenas

transcurridas las primeras semanas de su estadía allí, cuando sólo había comprado el *sommier* y equipado mínimamente la cocina, Sarkis hizo pintar una de las paredes laterales cortas, la más larga era de la del fondo que estaba enfrentada a la puerta y las dos ventanas con vista al oeste, de un color naranja holandés para agregarle un poco de vivacidad al ambiente immaculado.

Eso sí, para dividir lo que sería el dormitorio del living comedor, el letrado colocó una estantería baja y apaisada en forma de triángulo escaleno, cuya arista vertical se apoyaba contra la pared del fondo y en sus estantes acomodó algunos libros indispensables para el ejercicio de su profesión. Entonces, con su *laptop* apoyada en la ratona, él se sentaba en el sillón a redactar los escritos que por entonces no compartía con casi nadie, excepto con Horacio y Bárbara.

Sudado y agitado, Sarkis se levantó de la cama completamente desnudo, caminó a oscuras y en silencio hasta el baño para enjuagarse con un poco de agua tibia su pene aún irritado y pegoteado. Cerró la puerta con cuidado, recién entonces encendió la luz y antes de dedicarse a su miembro se lavó la cara. Instantes después, mientras se miraba en el espejo sintió que alguien más lo acompañaba allí adentro.

-Hiciste muy bien en independizarte por completo -le dijo el mismo visitante con el que había charlado varios meses antes en su habitación de hotel en Espadalucente, poco después de producida la excarcelación de Nacho García y en momentos en que le daba una entrevista telefónica a Zaldívar.

- ¡Que susto me pegaste! -respondió Sarkis.

- ¡Shhh! No hagamos ruido, sino ella se va a despertar y va a pensar que estás más loco que nunca.

- ¿Qué me decías al principio? -retomó el letrado en voz baja.

-Que hiciste bien en independizarte. Eso.

-Ah, sí. Y bueno, no podía seguir viviendo en una casa donde me compraban todo el tiempo con mi viejo y pensaban que yo era un fracaso a nivel nacional –Sarkis tomó una toalla, bajó la tapa del inodoro, se sentó allí y se secó el rostro.

-Lo importante ahora es que vos no te veas como un fracaso solo porque los demás lo piensen y lo digan.

-No me veo como un fracaso, pero debo admitir que no me volví demasiado conforme con mi trabajo.

-Me parece bien. Esa posición intermedia te va a servir.

- ¿Para qué?

-Para volver mañana a Espadalucente.

- ¿Y por qué voy a volver allá justo ahora que estoy bien acá?

-Porque hay novedades importantes en la causa Noelia -indicó la visita que llevaba puesta exactamente la misma ropa que en su última charla con Sarkis.

-Me parece que vos estás más loco que yo -el joven abogado miró fijamente a su interlocutor que le devolvió una sonrisa socarrona.

-....

-Está bien, está bien. Mañana llamo a la fiscalía y averiguo. No creo que sea nada importante, sino me hubiesen contactado, sobre todo, Jorge.

-No pierdas tiempo. Andate directamente para allá. Bien temprano.

-Pará un poco, che.

-Después de que hablamos sobre Barbie la relación entre ambos mejoró, ¿no? Bueno, ahora vas a tener que volver a confiar en nuestras charlas.

-Justamente, estoy en mi mejor momento con ella y no lo quiero arruinar.



-No lo vas a arruinar, gil. Es más, pedile que te acompañe y ella lo va a hacer encantada -el visitante, parado de espaldas contra la puerta del baño, le guiño un ojo.

Sarkis lo miró pensativo, después se pasó nuevamente la toalla por el rostro y cuando volvió la mirada hacia la puerta no vio a nadie más. Meneó ligeramente la cabeza y regresó a la cama en la que Bárbara seguía descansando como si nada.

La noche anterior, la pareja había ido a cenar al restorán preferido de ella y luego él la invitó a “tomar algo” a su departamento para que lo viera completamente amueblado y pintado por primera vez. Pero apenas ingresaron al “santuario”, el abogado abrazó a la joven por la espalda y la besó en el cuello. En una maniobra desenfadada, Sarkis la colocó boca abajo sobre la cama y comenzó a frotarle su pene erecto por arriba de las calzas que ella llevaba puestas debajo de una pollera de jean. Una vez que su miembro estaba bien duro y tras confirmar con sus dedos que la vagina de ella estaba húmeda y caliente, le bajó la calza y la penetró. Mientras que ella gimió de placer y luego de alcanzar el orgasmo le pidió a él que eyaculara sobre sus senos que sobresalían en su pecho tan delgado y angosto como el resto de su cuerpo.

Cuando ambos se levantaron aquel viernes por la mañana, Sarkis preparó un desayuno sencillo y acorde a las capacidades de su cocina: un café con galletitas dulces. Se sentó junto a ella en el sillón y mientras aún estaban desnudos, le hizo la propuesta.

-Tengo que irme a Espadalucente ahora, ¿me acompañás?

- ¿En serio? ¿Qué pasó? –ella apartó abruptamente la taza de su boca y la apoyó sobre el repasador que cubría la mesa ratona.

-No sé bien todavía. Pero necesito ir cuanto antes para averiguarlo y quiero que me acompañes. Te debo una visita guiada todavía –respondió él acariciando el pelo negro y largo hasta la cintura de ella.

-Sí, me encantaría, pero ¿ya? ¿Cómo hacemos? Además, quería terminar hoy algunas cosas de laburo.

- ¿Tenés algún vencimiento?

-No.

-Bueno, entonces no te preocupes. Es sólo por el fin de semana. Y si querés, llevate las cosas para hacer allá.

-Las tengo en el auto.

- ¡Perfecto! Yo te pago la nafta.

-Pero no me gusta manejar por lugares que no conozco.

-Yo manejo. Así que se te acabaron las excusas.

-Está bien. Me doy una ducha, paso por casa a buscar algo de ropa y nos vamos, ¿te parece?

-Me parece genial –Sarkis festejó la decisión de su amante con un beso en la boca de ésta, que aun sabía a cafeína-. Además, en esta época del año, los días allá son más agradables y los paisajes más coloridos, por lo que se puede pasear mucho y disfrutar del aire libre.

- ¡Excelente! –exclamó la joven poniéndose de pie-. Porque yo odio el frío que hace ahí en invierno.

-Yo también. La nieve será muy linda, pero sólo les sirve a los esquiadores –acotó el letrado antes de que la desnudez de su amante se perdiera de vista detrás de la puerta del baño.

Sarkis y Bárbara llegaron a Espadaluciente poco después del mediodía, cuando estaba por finalizar el horario judicial. Desde la partida del abogado hasta entonces, la única novedad relevante en la causa Noelia no había partido justamente de los

tribunales. Ante la falta de avances claros, el Ministerio de Justicia y Seguridad provincial había ofrecido una recompensa para las personas que pudieran aportar información de interés para esclarecer el crimen de la adolescente. La resolución indicaba que se recompensaría con la suma de entre 10.000 y 70.000 pesos a las personas con datos fehacientes que permitiera lograr el esclarecimiento, individualización y detención de los autores del homicidio. Y aquellos que quisieran aportar esa información debían presentarse únicamente ante los Fiscales Generales de Cámara de cualquier Departamento Judicial de la provincia, la Unidad Fiscal de Instrucción de Espadalucente o ante la Subsecretaria de Investigaciones e Inteligencia Criminal del mencionado ministerio, situada en Roca Negra Capital; o bien, podían llamar por teléfono para acordar una entrevista personal. Todo ello, bajo estricta reserva de identidad.

Esta misma información la pudo leer Sarkis apenas ingresó al edificio judicial y al detenerse unos instantes en el hall de entrada, frente a la cartelera donde habían pegado una fotocopia de la resolución ministerial. Luego de presentarse en mesa de entradas subió directamente al despacho del fiscal Peretz, pero por secretaría le comunicaron que el funcionario judicial estaba muy ocupado ya que el día anterior la Policía local había detenido en la periferia de la ciudad a un tal *David Olmos*, acusado del robo de un Fiat Duna color rojo cometido la misma noche del crimen de Noelia.

Pero la novedad era que el fiscal le había pedido a la jueza Velasco de la Canal que también imputara formalmente a este hombre como partícipe del homicidio de la adolescente basándose en los dichos del testigo presencial de la parada de colectivos que había declarado haber visto pasar por la ruta, en el horario aproximado en el que se cometió el rapto de la víctima, un auto de similares características al Fiat Duna rojo y

del que una chica sacaba la cabeza por la ventanilla pidiendo auxilio mientras el vehículo se desplazaba a alta velocidad, como si su conductor estuviese huyendo.

En realidad, Olmos había quedado comprometido tras el secuestro en su taller mecánico de dicho auto con pedido de secuestro y de una rueda de reconocimiento positiva por parte del dueño del Fiat Duna rojo robado que lo identificó como uno de los tres hombres que le habían sustraído el vehículo a mano armada la misma noche del crimen. Entonces, para el fiscal Peretz coincidían los lugares, los horarios y el móvil argumentado por Nacho, quien siempre había sostenido que el supuesto asaltante quiso robarle su Ford Escort y, como no pudo hacerlo, se llevó a Noelia cautiva. Y también la suposición de la participación de dos o más personas en el ataque sexual.

-Barbie, esto es muy raro -dijo Sarkis apenas salió de los tribunales y subió al Suzuki Swift de la joven, quien lo había estado esperando allí-. Es poco creíble que después de cinco meses un auto robado aparezca intacto, de la nada, en un taller mecánico.

- ¿Y este tipo ya declaró? ¿Pudiste averiguar qué dijo?

-La causa la tiene la jueza ahora, pero el secretario, que es un pibe copado, me dijo que este tal Olmos fue indagado ayer y que aseguró que él no tenía nada que ver con el robo ni con el crimen.

De hecho, el sospechoso había declarado ante el fiscal que un par de días antes de ser detenido, el Fiat Duna rojo se lo había dejado para arreglar un desconocido que le dijo que estaba de paso en la ciudad y que ese hombre no volvió a buscar el auto ni le respondió los llamados ya que el número que le había dado era equivocado. Al mismo tiempo, Olmos acusó a la Policía de querer “armarle la causa” porque él tenía antecedentes penales y lo pretendían usar como “chivo expiatorio”.

A preguntas del fiscal, Olmos señaló también que no denunció el abandono de ese vehículo misterioso porque los policías no le iban a creer, dado que pensaban que su taller era en realidad un desarmadero. Lo cuál era cierto.

- ¿Qué querés hacer ahora? ¿Te puedo ayudar en algo? -preguntó Bárbara, quien ya había puesto el auto en marcha y mantenía sus dos manos en el volante a la espera de que Sarkis le indicase el siguiente destino.

-Me voy a quedar porque el fiscal está tomando unas testimoniales que pueden ser importantes para ver si esta pista tiene algún asidero. Lo que te pido es si podés irte con mi compu a un bar con *Wi Fi* y ver las noticias por Internet para saber qué salió de este tema porque yo ayer no tuve tiempo de leer los diarios y hoy menos.

-Ok.

- ¡Gracias! Yo apenas termine acá te llamo para encontrarnos y después nos vamos juntos al hotel, ¿está bien?

-Dale. Pero no me dejés colgada, eh.

-Quedate tranquila. Voy a tratar de hacer rápido -indicó el abogado, tras lo cual se bajó del auto de un salto y corrió hacia el interior del edificio judicial.

Mientras tanto, en el despacho del fiscal Peretz, el testigo de la parada de colectivos se prestaba a un reconocimiento fotográfico del Fiat Duna rojo secuestrado y del acusado Olmos. Al repasar las imágenes, el declarante no se mostró cien por ciento seguro de que fuese el vehículo que él vio y tampoco pudo identificar al sospechoso como el conductor del mismo. El declarante deslizó la posibilidad de que se haya confundido con un Fiat Europa del mismo color, que también tenía los paragolpes delanteros y traseros de plástico negro, aunque el modelo de este vehículo era, en promedio, diez años más antiguo que el otro.

Tras este reconocimiento fallido, el fiscal amplió la declaración testimonial del playero que admitió que la noche del crimen vio a Olmos en la estación de servicios en dos oportunidades, pero después de que Nacho se fuera a denunciar lo ocurrido ante la Policía y a bordo de un auto que no pudo identificar aunque, aclaró, que estaba seguro que no había sido un Fiat Duna rojo, un Fiat Europa del mismo color, un Ford Escort azul como el del joven ni un Peugeot beige como el descrito en el llamado anónimo que permitió encontrar el cadáver de Noelia y en el que se indicó que de un vehículo así se había arrojado el cuerpo envuelto.

Además, este testigo afirmó que Olmos no conducía el auto en el que se movilizaba ya que descendió del lado derecho del vehículo y que lo acompañaban otros dos hombres a los que nunca antes había visto y a los que jamás volvió a ver.

Sarkis abandonó los Tribunales a media tarde, momento del día más acorde a una merienda en una casa de té con vista al lago que a un almuerzo en una parrilla del centro. La idea de ir a un lugar bonito junto a Bárbara le cruzaba por la cabeza cuando la llamó para saber adónde estaba, pero primero indagó sobre la tarea que le había encargado. Aplicada, como en su trabajo como abogada civil especializada en daños, la joven le comentó por teléfono, mientras él caminaba hacia el bar donde debían encontrarse, que la noticia de la detención de Olmos ya había sido publicada por todos los medios locales, especialmente por el portal de noticias en Internet de Radio Cooperativa, y reproducida, aunque con muy poco espacio, por algunos diarios provinciales y nacionales. Entonces, el abogado decidió llamar en ese mismo momento a Federico Alem de AGEN para informarle sobre las últimas novedades.

-Hola, Federico. Habla el doctor Djanikian, del caso Noelia -arrancó el letrado, quien caminaba por las calles semidesiertas del centro comercial de Espadalucente, la cual dormía la siesta al rayo del sol.

- ¡Doctor! ¿Cómo le va tanto tiempo? Dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

-Tengo algunas novedades del caso, por si te interesan.

-Si me llama para avisarme de la detención del nuevo sospechoso ya es un poco tarde porque el corresponsal nunca avisó y cuando lo vi anoche publicado en los medios de allá llamé a la Fiscalía y la Policía, pero en ninguno de los dos lugares me quisieron dar ninguna información, así que me lo comí. Es más, traté de comunicarme con usted, pero tampoco no pude.

-Es que yo me enteré recién hoy que vine a Espadalucente -se sinceró Sarkis mientras ingresaba al café en el que Barbie lo esperaba sentada en una mesa ubicada contra una de las ventanas laterales del local.

- ¡Ah, bueno! Me parece que alguien no quería que la información trascendiera -acotó el periodista, quien se encontraba en su casa, no en la redacción.

-Y no me sorprende porque es una pista que hoy comenzó a derrumbarse -continuó el letrado, tras lo cual, besó a Bárbara y se sentó frente a ella haciéndole señas de que guardara silencio al llevarse el dedo índice a la boca.

- ¿Qué pasó? Yo justo hoy estoy de franco, pero puedo escribir la nota en casa y mandarla a la agencia.

Entonces, Sarkis le contó lo que acababan de declarar los dos testigos claves de la causa y cómo habían puesto en duda la acusación que el fiscal Peretz pretendía sostener en contra de Olmos. De todos modos, el abogado le aclaró al periodista que era prematuro descartar por completo la nueva pista ya que restaban conocer los resultados de distintos peritajes, principalmente, los realizados al Fiat Duna robado.

-Es una causa muy compleja y hasta ahora el fiscal ha hecho un gran trabajo. Hay que esperar -explicó Sarkis al periodista, quien anotaba los datos frenéticamente en su cuaderno.

-Yo entiendo que no puede ponerse de enemigo a la Fiscalía y quédese tranquilo que lo voy a citar así -indicó Alem una vez que soltó la lapicera y se enfocó en repreguntar-. Pero, en off the record, ¿qué sensación le deja todo esto?

-Mirá, entre nosotros, me parece que Peretz se está apurando y con esta maniobra están arriesgándose demasiado con tal de obtener buenos resultados. También debo reconocer que mientras la jueza no aparte a la policía local de la investigación, tal como lo solicité en su momento, el fiscal tiene un enemigo en casa.

-Entiendo doctor. ¿Quiere decirme algo más?

-Por el momento no. Si surge algo te aviso. ¡Ah!, y acordate que mi apellido se escribe con D y J no con Y -bromeó el letrado antes de despedirse del periodista.

Finalizado su diálogo con Alem, Sarkis le comentó a Bárbara las novedades y le pidió que luego merendar juntos, y antes de pasar a registrarse al hotel, lo acompañara hasta la casa de los Di Paola para brindarles una notificación oficial de lo que estaba ocurriendo en la causa, más allá de las trascendidos y versiones periodísticas que seguramente ya conocían.

-Qué raro que Jorge todavía no me llamó para preguntarme que está pasando - dijo el letrado.

-Mejor que no lo hizo todavía. Capaz que te cagaba a puteadas.

La intuición femenina de Bárbara solía ser infalible, tal como ocurriría al día siguiente, cuando Sarkis le dirigió a ella un discurso enroscado en el que sostuvo que el fiscal Peretz aguardaba para el transcurso de la semana no sólo la decisión de la jueza respecto del pedido de imputación de Olmos, sino también los resultados de la segunda



autopsia, los estudios complementarios surgidos de la toma de nuevas muestras del cuerpo y las contrapruebas de otras muestras ya analizadas. “Entonces te vas a quedar acá. Eso me estás queriendo decir, ¿no?”, señaló la joven y, al ver que él guardaba silencio, arremetió: “Está todo bien, negro. Era obvio que yo me iba a volver el lunes temprano. Lástima que ahora lo tenga que hacer sola en el auto.”

El letrado ensayó una disculpa, pero advirtió enseguida que el horno no estaba para bollos, por lo que ni siquiera atinó a pedirle a Bárbara que le dejara el auto a él para que ella no tuviera que conducir sola hasta Roca Negra. Esta propuesta en la que Sarkis había pensado consistía también en que él le pagaría el pasaje de avión para que regresara a casa aprovechando que ese fin de semana había aterrizado en Espadalucente el primer vuelo de turistas en varios meses gracias a la ausencia de material volcánico en el aire. Pero ella jamás hubiera estado de acuerdo.

El avión de LN llegó al aeropuerto de Espadalucente sano y salvo, aunque con solo veinte butacas ocupadas. De todos modos, el arribo generó tal excitación que el intendente electo, *Miguel Giménez*, fue a recibir a los pasajeros en persona. Luego de una improvisada conferencia de prensa en la que el mandatario comunal afirmó que el aterrizaje era una “señal de que se había acabado la mala suerte”, los operadores aerocomerciales comenzaron inmediatamente a ofrecer descuentos de hasta el treinta por ciento no solo para los turistas, sino también para los habitantes de la ciudad que necesitaban viajar a la Capital Provincial.

Por su parte, LN se comprometía a realizar un vuelo diario a la ciudad sureña y adelantaba que si las condiciones climáticas se mantenían favorables iba a incrementar la frecuencia, lo que significaba un alivio para el golpeado sector turístico que, por entonces, proyectaba un pobre veinticinco por ciento de ocupación hotelera para el

verano que se aproximaba. A diferencia del invierno, durante la temporada estival habitualmente predominaba el turismo nacional y más económico, pero sin vuelos muchos de estos visitantes internos tampoco iban a poder llegar.

En tanto, ARN seguía sin operar en la ciudad sureña ya que su directorio, intervenido por el Estado Provincial, sostenía que aún no estaban dadas las condiciones para retomar la actividad, ni siquiera paulatinamente.

Mientras que LN confiaba en los resultados del monitoreo estricto de la cantidad de material volcánico en suspensión a través de avanzados equipos aportados por la aerolínea privada, la única capaz de pagar los costosos aparatos que constaban de dos globos aerostáticos a unos cuatro mil metros de altura que permitían prever el desplazamiento de las cenizas y de una máquina ubicada en la superficie de la aeroestación para calcular las partículas en tierra.

## XV

“Lo único bueno es que este tipo no se va a ir a la casa porque seguirá detenido por el robo del auto”, le dijo el fiscal Peretz a su secretario apenas recibió la notificación de la jueza Velasco de la Canal, quien había resuelto no hacer lugar a su pedido de imputar a Olmos del homicidio de Noelia. La magistrada se había tomado los cinco días corridos que el Código Penal Provincial le otorgaba de plazo para resolver la requisitoria de la Fiscalía, mientras el instructor judicial siguió tratando de reunir más elementos para sostener la acusación. Sin embargo, sus esfuerzos no estaban arrojando por el momento los resultados que él esperaba.

Es que los peritajes al Fiat Duna rojo robado la noche del crimen de Noelia y secuestrado en el taller mecánico de Olmos finalmente concluyeron que no había ningún rastro de la víctima en el interior del mismo. Los expertos de los laboratorios de la Corte Nacional no hallaron cabellos, restos de piel, sangre, saliva ni huellas de la adolescente asesinada. Y más aún, tampoco encontraron rastro alguno del propio Olmos. De esta manera, los investigadores podían arribar a dos conclusiones: una, que el auto y el hombre no tenían absolutamente nada que ver con el homicidio; la otra, que los peritos habían corrido con la gran desventaja del tiempo transcurrido entre cometido el robo y el crimen, y la realización de los estudios. En ese lapso, el vehículo tranquilamente podría haber sido manipulado intencionalmente para que quedara prácticamente esterilizado, un trabajo prolijo, muy parecido al realizado en la forma en que habían envuelto el cadáver de la víctima y luego arrojado el bulto al lugar donde fue finalmente encontrado.

Al fiscal Peretz se le estaban acabando las opciones científicas para seguir investigando a Olmos por el caso Noelia ya que desde un principio no había podido

ordenar que se llevara a cabo el cotejo del ADN del sospechoso con la muestra de semen hallada en el cuerpo de la víctima porque era sabido que directamente no coincidía el haplotipo X. Sin embargo, el funcionario judicial albergaba una última esperanza: la demorada llegada de los resultados de la segunda autopsia y de los estudios forenses complementarios.

Por su parte, Sarkis había considerado desde el inicio que la pista Olmos era poco creíble y que carecía de sustento. Pero ello no evitó que se sintiera frustrado al conocer la decisión de la jueza Velasco de la Canal de no acusar al mecánico porque veía que la causa parecía dirigirse irremediablemente a la impunidad total.

Era martes por la tarde y el joven abogado no podía escapar de la prisión de la impotencia. Necesitaba un salvavidas. Entonces llamó a Bárbara desde la habitación del hotel, la misma que había ocupado durante su primera estadía en Espadalucente.

-Te extraño, Barbie, ¿por qué no te venís este fin de semana para acá y el lunes que viene nos volvemos los dos juntos?

-No sé, negro. No me parece. ¿Por qué no te volvés vos? Si ya no te queda casi nada por hacer allá -respondió la muchacha sin su habitual simpatía.

-Me encantaría. Pero mirá si me vuelvo y justo llegan los resultados de los últimos peritajes. Tendría que salir nuevamente de raje para acá. Es mucho quilombo - señaló el abogado, recostado en su cama y mirando por la ventana cómo las montañas se volvían cada vez más verdes, con algunas betas de marrón claro.

-No puedo irme.

-¿No podés o no querés? -Sarkis ya se sentía rechazado y percibía que, últimamente, cada vez que él quería avanzar en la relación con Bárbara, ésta siempre le ponía un freno y mantenía cierta distancia.

-...

-La verdad que no te entiendo, Barbie.

-No es muy difícil de entender. Durante todos estos años armaste una vida para una sola persona: vos. Y yo no puedo darme el lujo de comprometerme con algo así.

-Yo sé que soy un poco individualista...

-¿Un poco?! -Bárbara se sobresaltó con un tono severo.

-Bueno, soy individualista, siempre lo fui y lo reconozco. Pero yo te quiero de verdad -el letrado se puso de pie y comenzó a caminar alrededor de la cama-. Sos la única mina a la que realmente quise y quiero en mi vida.

-Te creo. Pero ponete en mi lugar y miremos hacia adelante. ¿Cuál sería un posible proyecto nuestro? ¿Que cada uno viva en su respectiva casa como si se tratara de un noviazgo adolescente eterno? Porque yo no te veo con muchas ganas de convivir y menos de formar una familia -respondió ella mientras buscaba los cigarrillos rubios en el interior de su cartera, la cual colgaba del respaldo de la silla junto a su escritorio ubicado en el living comedor de sus dos ambientes amplio y luminoso.

-No es tan así. Yo nunca dije que no viviría con vos. Nunca.

-Está bien. No lo dijiste, pero lo das a entender con cada acción que tomás a nivel personal y laboral. Y lo que sí dijiste siempre fue lo de no tener hijos. ¿Eso no te parece un poco egoísta?

-Depende de lo que consideres egoísta.

-¿Qué querés decir?

-Que no quiera tener hijos no significa que sea un egoísta, quizás lo sea con mi pareja, en caso de que ella quiera ser madre. Pero en el fondo, estoy siendo generoso con ese hijo que podría traer al mundo.

-¿Generoso?! ¿Vos me estás cargando?

-Barbie, vos sabés lo que siempre pensé del mundo en el que vivimos. Hoy en día, la vida te da más miserias que otra cosa. Mirás a tu alrededor, sin ir muy lejos y te encontrás con que la gran mayoría de la gente es pobre, vive angustiada, llena de dolor y se comporta de manera violenta casi permanentemente. Y encima de todo esto, cada vez hay más gente joven e inocente que muere injustamente. ¿Hasta cuándo?! ¿Por qué hay que vivir así si tenemos todos los recursos para hacerlo mucho mejor?

-Yo acepto que la calle está cada vez más peligrosa, pero tampoco es cuestión de vivir solo y encerrado entre cuatro paredes. Eso es insalubre –Bárbara bajó su tono de voz y encendió su cigarrillo.

-Justamente. Este estilo de vida es más insalubre porque te va matando día a día un poquito. Y si no te mata el estrés, es la comida; sino, el cáncer; y si no tenés tanta suerte te asesinan por un par de zapatillas, un auto o un polvo.

-Aflojá con esa filosofía pesimista y barata, ¿querés? -rezongó ella, al tiempo que abría la ventana de su departamento, que daba a un balcón francés con vista a la avenida, para dejar salir el humo que acababa de exhalar.

-Pará, pará. Tampoco soy un necio y no veo que nosotros dos, por ejemplo, estamos muchos mejor que la gran mayoría de la gente. Pero el punto es que, en definitiva, nos metieron de prepo en este quilombo porque ninguna persona elige cuándo, dónde y con qué padres nacer. Lo único que podemos elegir es justamente no imponerle esta misma situación a nadie y eso para mí no es ser egoísta. Egoísta sería traer un hijo al mundo por el sólo hecho de que me haría feliz mí o a mi pareja. ¿Y la felicidad de ese hijo?

-Lo que pasa es que vos no querés asumir compromisos. Querés que todo sea fácil y nada lo es.

-No es eso. Creo que ser padre es el mayor compromiso que una persona puede asumir, pero primero hay que estar totalmente convencido de que se lo quiere asumir. Uno no puede hacerse cargo de este tipo de asuntos con dudas o sin estar seguro porque el que termina pagando los platos rotos es el hijo. Y después, cuando la cosa se pone fea, todos se quejan, pero ya es demasiado tarde.

-No es tan así. Un hijo no significa ser responsable únicamente. No es un trabajo. También implica dar y recibir amor, que es lo más importante –Bárbara largó una nueva bocanada de humo y acomodó su cola en la silla junto al escritorio, tras lo cual, cruzó las piernas-. Lo que pasa es que hay que sacrificarse y vos no estás dispuesto a hacerlo.

-No me vengas con eso. Yo siempre me sacrificué. Cuando mi viejo dejó a mi vieja tuve que convertirme en el hombre de la casa y lo hice por amor, sin pedirle nada a nadie. En ese momento yo no pude elegir, pero ahora que puedo vivir sin sacrificarme tanto por lo demás y decidir no exponer a nadie a una situación como la que yo viví resulta que soy un egoísta.

-Sarkis, vos no sos el único hijo de padres separados en este mundo, ¿sí?

-Lo sé. Pero vos no viviste lo que yo viví. Entonces, no sabés de lo que te estoy hablando.

-Es cierto. No lo viví en carne propia y solo puedo imaginarme lo duro que pudo haber sido, pero no siempre tiene que ser así.

-¿Sabés qué pasa? No siempre se puede terminar mal, pero da la casualidad que hoy en día son cada vez más los casos de familias rotas. Entonces la posibilidad está ahí, latente. Y por más mínima que pudieran ser las chances, en mi caso yo no voy a arriesgarme a ser un mal padre y que un hijo mío sufra lo que yo sufrí. No puedo hacerlo. Si eso pasaría, me mato. Es más fuerte que yo y no puedo evitar sentirme así.

-Por lo que veo, el tuyo ya no es un problema de egoísmo. Ahora que lo pienso mejor, después de esta charla, creo que tu mayor temor es sentirte culpable.

-¿Culpable de qué?

-De equivocarte. Para mí es mejor hacer que pensar tanto. Hay que ser más práctico. Y si me equivoco trato de aprender del error. Pienso que es la única manera de crecer.

-Es más fácil decirlo que hacerlo.

-Seguro que sí. Pero una cosa no quita la otra.

-Igual nos estamos yendo por las ramas. Y si hay que ser más prácticos, como vos decís, decidamos qué vamos hacer nosotros dos.

-Sarkis, yo te quiero, pero no puedo seguir perdiendo el tiempo. Ya no soy una pendeja de veinte años. Yo quiero otras cosas -ella extendió su mano a través de la ventana y dejó caer la ceniza al vacío.

-Te entiendo. Pero yo no me puedo obligar a comportarme como alguien que no soy. No puedo.

-Ya veo -Bárbara, molesta, arrojó la colilla del cigarrillo con la brasa aún encendida y bajó la cabeza para verlo caer sobre la vereda. La joven permaneció unos instantes en silencio.

-¿Estás bien?-preguntó Sarkis, más conciliador.

-Sí, sí. Pero ya no quiero seguir hablando.

-Ok.

-Buenas noches. Que descanses -se despidió ella.

-Igualmente -concluyó él.



Luego de discutir con Bárbara, Sarkis salió de la habitación como un rayo y se dirigió al bar irlandés ubicado a la vuelta del hotel donde, además de buenos tragos, ofrecían una carta de platos escueta pero elaborada con excelente gusto gastronómico. El abogado tenía hambre, pero a la vez sentía que el estómago se le había cerrado, por lo que cenó liviano: un pollo grillado con vegetales salteados al *wok*, lo que contenía una cantidad de calorías y grasas considerablemente menor que el habitual menú que él hubiese ordenado en la parrilla de la otra cuadra y que habría incluido una porción de entraña a punto y unas papas fritas. Eso sí, el letrado decidió apagar el fuego con un malbec y de postre bebió un par whiskeys, por lo que antes de la medianoche ya estaba borracho en el interior de un bar prácticamente vacío y en el que sólo se escuchaba el cuchicheo y las risotadas de los *barman* que bromeaban con las camareras y, de fondo, *brit pop* del bueno.

Cansado y deprimido, Sarkis salió del bar y en vez de regresar al hotel decidió comprar una petaca de escocés en el primer maxiquiosco que encontró abierto y se subió a un taxi casi sin pensar. Y cuando el conductor del vehículo del alquiler le preguntó a donde se dirigía el abogado respondió sin titubear: al paseo de la Reserva.

En el trayecto hacia el bosque, el abogado se sorprendió de haber tomado aquella decisión sin un análisis previo ni motivo aparente. Y una vez en el lugar, completamente deshabitado, caminó por el sector donde habitualmente estacionaban los vehículos de los paseantes, una especie de playa de tierra cubierta con conchilla para evitar los trastornos ocasionados por el barro durante los días de lluvia.

Sarkis llegó a paso lento hasta el extremo del estacionamiento que daba hacia el comienzo de la oscuridad de la arbolada y se sentó sobre un tronco que funcionaba como una baranda a la altura de las rodillas. A sus espaldas, la ruta estaba desierta y ni siquiera se escuchaban ruidos a motor a la distancia. Silencio total. Soledad extrema.

El abogado bebió un poco más de la petaca, miró hacia el cielo despejado en el que las estrellas titilaban y se preguntó si no era el momento indicado para ser visitado. Cerró los ojos tratando de recordar la misma figura que lo había encontrado seis días antes en su departamento, pero la primera imagen que se le cruzó fue el rostro sonriente de Bárbara.

Se regocijó unos momentos visualizando el cuerpo desnudo de la joven hasta que escuchó a corta distancia unos pasos que resonaban sobre las ramas secas caídas sobre el terreno. Abrió los ojos y delante de él, a escasos metros, divisó una sombra cuyos contornos denotaba la contextura física masculina, grande y adulta. “Buenas noches”, dijo Sarkis, risueño, a lo que el hombre se volvió para devolver el saludo con un tosco movimiento de su mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba una bolsa de nailon de las utilizadas para las compras en los comercios. Aquel desconocido se encontraba de pie en un sendero de tierra que luego se internaba en la espesura del bosque por el oeste, del lado opuesto al *agatha albis*.

-¿Está bien? -preguntó el hombre acercándose unos pasos hacia el abogado que seguía sentado en el tronco.

-Sí. No se preocupe. Gracias -respondió el letrado, tras lo cuál, el desconocido, que en ningún momento había salido de la penumbra para dejarse ver, dio media vuelta y retomó su camino-. ¡Espere! -gritó Sarkis, pero aquel hombre siguió caminando. Entonces, el abogado quiso seguirlo, pero al ponerse de pie tan rápido se mareó, trastabilló y cayó al suelo. Al verlo caído, la sombra finalmente se detuvo y retrocedió hasta donde el muchacho se encontraba sentado en el piso, tratando inútilmente de reincorporarse.

-Tenga cuidado -dijo el hombre tomando a Sarkis del brazo y ayudándolo a ponerse de pie. En ese momento, el abogado advirtió que su interlocutor se trataba de un

anciano que parecía la encarnación de Papa Noel: pelo enrulado largo y blanco, barba tupida del mismo color y una prominente barriga. La principal diferencia con el juguetero del Polo Norte era que aquel desconocido del bosque estaba vestido con ropa gastada, sucia, como si se tratara de una persona en situación de calle, aunque no tiene la apariencia de ser tal.

-Gracias -señaló el letrado sacudiéndose el polvo de su saco-. Creo que tomé un poco de más- agregó sonriendo.

-Usted no es de por acá, ¿verdad? -dijo el hombre mientras volvía a tomar la bolsa de los mandados que había dejado en el piso justo antes de ayudar al abogado.

-¿Tanto se nota, eh?

-...

-Me llamo Sarkis Djanikian.

-¡Ah! Descendiente de armenios.

-Efectivamente -Sarkis extendió su mano derecha, ofreciendo un saludo.

-*Agustín Calabrese*.

-Su apellido suena tan italiano como su tonada.

-Y eso que viví acá, lejos de mi tierra natal, casi toda mi vida.

- ¿Quiere un trago? -el letrado le acercó a Calabrese la petaca de escocés-. Como verá, no soy bueno para beber solo.

-Me gustaría, pero no aquí ni ahora. Este lugar puede ser bonito, pero no es seguro.

-¡Ni que lo diga!

- ¿Entonces qué hace acá?

-Digamos que hago una especie de inspección ocular.

-¿De qué?

-Soy abogado y trabajo para la familia de Noelia Di Paola, ¿me entiende?

-¡Ah, si! Pobre chica. Nunca agarraron a esos tipos, ¿no?

-En eso estoy, pero por ahora no es bueno mi trabajo -Sarkis volvió a sentarse en el tronco para recobrar el aliento y descansar un momento, mientras que Calabrese, de pie, lo seguía mirando-. Dijo 'esos tipos'. ¿Por qué? –continuó el letrado apenas recobró algo de lucidez.

-¿Qué? Por nada -respondió el anciano bajando la mirada hacia su bolsa, la que acomodó con la mano izquierda-. Veo que ya está bien. Así que le dejo tranquilo – agregó y luego comenzó a caminar hacia el sendero.

-¡Oiga! ¡Espere! ¿A dónde va? No me deje así, con la palabra en la boca.

-Me tengo que ir –indicó Calabrese dándole la espalda al abogado.

-Pero, ¿a dónde?

-A mi casa.

-¡¿Qué?! ¿En el medio del bosque? ¿Quién es usted?

-Nadie.

-No parece un Don Nadie.

-Como usted diga.

-¿Puedo acompañarlo? Me vendría bien lavarme la cara y sentarme en una silla.

Quizás una charla tranquila.

El anciano, callado, se volvió para ver a Sarkis por unos segundos hasta que finalmente asintió con un ligero movimiento de su cabeza.

-Pero va a tener que compartir lo que queda de esa petaca.

-No hay problema –Sarkis se puso de pie.

Así, el abogado caminó detrás de aquel anciano por el sendero ascendente que se fue internado en el bosque entre pequeñas barricadas de piedra y custodiado por un

ejército de árboles hasta que ambos llegaron a la vivienda de Calabrese: una cabaña rectangular de seis metros por cuatro, construida íntegramente en madera, excepto por un zócalo de cemento que elevaba el inmueble sobre el nivel del suelo, y con techo de chapa.

Una vez en el interior, los dos hombres se sentaron alrededor de una mesa cuadrada ubicada en el centro del único ambiente y rodeada por tres sillas. Dentro de la cabaña, sólo había un anafe conectado a una garrafa del lado enfrentado a la puerta, un catre situado en uno de los otros laterales junto a la ventana y un viejo ropero; más una salamandra en el extremo opuesto, donde también había una repisa repleta de libros y una pila de diarios y revistas en el suelo junto a la misma.

Todo el interior se iluminaba con un sol de noche y varios faroles a kerosene, mientras que el baño era una pequeña construcción contigua a la cabaña, también de madera y chapa, de la forma y tamaño de una cabina telefónica, y que constaba de un inodoro, una bacha de piedra sin grifos y una ducha que se activaba con un manguera que recorría unos metros hacia el exterior hasta una canilla de agua corriente donde el anciano cargaba los baldes.

-¿Usted vive solo en este lugar? –Sarkis preguntó asombrado.

-Sí. Me instalé aquí hace muchos años, justo después de que este lugar, que había sido una oficina de los guarda parque quedó abandonada tras terminar casi sepultada por un alud.

-¿Y usted la refaccionó?

-Exactamente. La mayoría de los artefactos que ve ya estaba aquí, pero no les doy demasiado uso. Digamos que prefiero lo natural.

-Entiendo.

-No lo creo –Calabrese meneó la cabeza.

-¿Ah, sí? –Sarkis no pudo evitar sonar irónico-. Entonces explíqueme, por favor.

-De acuerdo.

Así, el anciano relató que él se despertaba temprano para presenciar el amanecer, luego desayunaba y si la temperatura lo permitía se bañaba en la laguna cercana, la cual se podía apreciar a través de una de las ventanas de la cabaña, pero cuando era de día ya que por las noches la oscuridad resultaba impenetrable para el ojo humano.

Según Calabrese, si hacía mucho frío como en otoño e invierno, cargaba el agua de la laguna y la calentaba en el fuego de la salamandra. Durante el resto de la jornada hacía ejercicios, labraba la tierra y pescaba. Y por las noches se dedicaba a leer y a escribir, principalmente traducciones al latín de ensayos sobre Vittorio Messori, William E. Irvine y Henry David Thoreau, y poemas de Emily Dickinson.

En la pila de libros avistada por Sarkis también había títulos referidos a Confucio, Darwin y Sun Tzu. “Estas obras son los pocos bienes materiales de valor que tengo. Para mí son la única herencia adecuada entre generaciones”, explicó Calabrese, al tiempo que el abogado revisaba la rústica biblioteca del anciano.

-¿Y de qué vive? –Sarkis dejó los libros por un momento y regresó a la mesa-. No creo que lo haga leyendo...

-Yo tengo mi huerta y el excedente de lo que produzco allí con mis manos lo llevé al almacén de un vecino de confianza ubicado a la vera de la ruta, a metros de la estación de servicios, para trocarlo por artículos esenciales, sobre todo, para la higiene personal.

-Pero el trueque puede ser muy acotado. ¿Le alcanza?

-Casi siempre. Y cuando no lo hace recorro al dinero de mi magra jubilación como docente.

-Intuía que usted era o había sido docente –Sarkis golpeó su mano sobre la madera de la mesa.

- ¿Y qué me delató? -Calabrese sonreía sin apartar la vista de su invitado.

-Su alto nivel de educación y la correcta forma de expresarse, tal vez.

-Ajá.

-Lo que no logro descifrar es cómo las autoridades le permiten habitar un bosque que está protegido por una ley que lo declara reserva natural.

-Bueno –el anciano se rascó la cabeza-, digamos que yo me instalé antes de que saliera esa ley y después la Municipalidad me permitió quedarme con la sola condición de que no molestara a nadie ni llamase la atención merodeando por ahí.

-Ok.

-Me pareció un trato justo.

-Claro.

-Es más, me ofrecieron restablecer el tendido eléctrico que había sido dañado por el alud, pero yo lo rechacé porque la luz trae aparejado muchos vicios de la mente, como la televisión, la radio y la computadora.

-Pero dichos aparatos pueden ser una valiosa herramienta si se las usa debidamente.

-Para mí son los principales componentes de la borrachera social pos moderna.

¡Uh, qué loco está viejo!, pensó Sarkis, quien había dejado atrás los efectos del alcohol y ahora buscaba ganarse la confianza del anciano para que éste finalmente le diera aquella respuesta evadía sobre el caso Noelia.

## XVI

Sarkis se despertó en la habitación del hotel sobresaltado por un llamado entrante a su teléfono celular. Desde que había comenzado a trabajar en la causa por el crimen de Noelia, el joven adoptó el hábito de nunca apagar el aparato para evitar ser sorprendido con la guardia baja. Al atender, el vozarrón de Horacio profundizó el dolor de cabeza derivado de la intoxicación etílica de la noche anterior. Como si estuviese dentro de sus oídos, el joven escuchó a su padrino que le avisaba que estaba yendo para Espadalucente, pero que iba a llegar recién por la tarde ya que debía viajar en su propio auto. Es que el último vuelo de LN programado para aterrizar al mediodía en dicha ciudad del sur de la provincia acababa de ser cancelado nuevamente por la presencia de cenizas volcánicas en la atmósfera. Por ende, los pasajeros de la aeronave iban a tener que volar primero a Cerro Bajo y desde allí viajar en micro hasta se destino final, tal como había sucedido durante la temporada invernal pasada.

Esta cancelación de último momento derivó, además, en que los interventores de ARN, que habían anunciado que esa jornada iban finalmente a retomar sus vuelos a Espadalucente, decidieran inmediatamente que el avión que se aprestaba a partir hacia allí permaneciera en la pista del aeropuerto de Roca Negra Capital hasta nuevo aviso.

Ante esta situación, Horacio calculó que era bastante escasa la diferencia entre el tiempo que demandaba volar a Cerro Bajo y luego continuar por tierra hasta Espadalucente, y el que le iba a tomar viajando directamente en auto. Además, iba a gastar menos dinero en nafta que en el pasaje aéreo, por lo que no tardó en subirse a su Audi TT e ir al encuentro de su protegido, quien por la madrugada le había dejado un mensaje en su celular que había atrapado por completo su atención.



*“Perdón que te llame a esta hora, Horacito, pero necesito que vengas lo antes posible a Espadaluciente porque encontré un testigo que puede ser clave para la causa. Es un viejo ermitaño, que vive en el bosque y que vio todo, pero que no quiere declarar. No tiene miedo, pero tiene una especie de conflicto ideológico. Así que te pido, por favor, que me ayudes a convencerlo”,* había sonado la voz risueña de Sarkis en el contestador del móvil de Horacio.

Tras conversar con su padrino, el joven abogado se tranquilizó y aprovechó que le quedaban varias horas libres hasta encontrarse con aquel para quedarse en la cama hasta después del mediodía. Recién se levantó cuando menguó la migraña y la acidez, y empezó a sentir un hambre voraz o más bien un deseo frenético por ingerir un alimento sólido y salado. Entonces tomó una larga ducha, se vistió y salió del hotel para ir comer a su parrilla preferida, donde el encargado le daba siempre la misma mesa cada vez que lo veía entrar y las meseras sabían de antemano su orden, aunque no dejaban de preguntarle que deseaba comer, por las dudas.

Mientras merendaba su almuerzo, el abogado llamó a la fiscalía para saber si de una buena vez habían llegado los resultados de los últimos peritajes y en la secretaría le respondieron que no se había producido ninguna novedad al respecto.

Después de comer un pedazo de carne vacuna asada, esta vez acompañado por una ensalada mixta y agua mineral, en vez de papás fritas y vino tinto, el letrado se fue a caminar por el centro de la ciudad esperando que Horacio lo volviera a llamar y entró a un café con Wi Fi, llevando su laptop bajo el brazo y se ubicó en una mesa a leer los distintos portales de noticias.

En una repasada por los temas vinculados a Espadaluciente leyó que el gobernador Scariolo, ante las recientes cancelaciones de vuelos comerciales por los efectos de las cenizas, acababa de anunciar que iban a cerrar el aeropuerto local para

remodelarlo por completo y así sacar algún provecho de la nula actividad que registraba la aeroestación.

Está bien, así esquivaba las críticas que le llovían desde el Municipio, de un lado; y del Gobierno Nacional, del otro. Además, el aeropuerto se estaba viniendo abajo y nadie invertía un centavo para mejorarlo, pensó el abogado, quien permanentemente miraba de reojo su celular para asegurarse que el aparato estuviera siempre encendido y con suficiente batería y señal. Cada tanto, chequeaba el buzón de entrada para asegurarse de que tampoco se estaba pasando por alto algún SMS con remitente femenino.

También se detuvo a leer una nota de color que contaba que un grupo de guías turísticos locales estaban promoviendo una nueva e inédita excursión que llamaban “El camino del volcán” y que consistía en un recorrido inicial en 4x4 por el Cerro Alto y luego un *trekking* hasta la base del Choconda. Una vez allí, los aficionados podían sacar fotografías en primer plano de la pluma, mientras que los más avezados en alpinismo podían escalar por las laderas hasta alcanzar los ríos de lava solidificada. Y para los más adinerados, se ofrecía una excursión en helicóptero hasta lo más cerca de la boca del volcán que el clima permitía llegar.

Luego de una rápida lectura que le despertó algunas sonrisas, Sarkis pasó la nota de la nueva excursión turística y decidió colocar su nombre y apellido en el buscador de Google. Tras *clickear* “Enter” aparecieron en la pantalla de su computadora las reproducciones en distintos medios de la nota de AGEN realizada en base a su última charla con Alem. “Si convencemos al viejo de que declare sería una bomba periodística”, se dijo a media voz justo antes de apurar un sorbo de su cortado doble en jarrito que descansaba sobre la mesa, junto a su mano derecha.

Así fue pasando la tarde, que comenzó a nublarse de a poco hasta que finalmente Horacio llamó a Sarkis para avisarle que estaba entrando a la ciudad y quería saber por dónde lo pasaba a buscar para ir a entrevistar al misterioso testigo, a lo que el joven abogado le aclaró que no corriera porque tenían tiempo suficiente ya que a Calabrese era mejor verlo de noche.

-¿Me podés decir de dónde sacaste a este tipo? ¿Existe realmente o lo inventaste estando en pedo? -preguntó Horacio, mientras conducía con una mano en el volante y la otra sosteniendo su teléfono celular.

-Quedate tranquilo que existe. No me preguntes de donde lo saqué porque ni yo lo sé todavía. Apenas me acuerdo lo que hice anoche, pero de algo estoy seguro, esta es una de esas cosas que pasan una vez en un millón.

-¡Eh! ¿Para tanto? Hablás como si hubieras ganado la lotería.

-Y... más o menos -respondió Sarkis dejando escapar una risita.

-Bueno, después me lo contarás todo con detalle. En un rato nos vemos.

A diferencia de la anterior, era una noche cerrada en el paseo de la Reserva. Sarkis y Horacio dejaron estacionado el Audi TT en el mismo lugar donde el joven se había encontrado con Calabrese y caminaron por el sinuoso sendero del bosque en dirección a la cabaña del anciano, ubicada a poco más de un kilómetro de distancia, en un rellano de la montaña.

-¿Sabe este tipo que lo venimos a ver? No vaya a ser que se piense que somos delincuentes y arranque a los tiros -Horacio se encorvó para esquivar unas ramas que al bambolearse desprendían gotas de rocío.

-Ayer le dije que hoy iba a volver con mi jefe para seguir charlando.

-¡Qué fe que me tenías!

-No me quedaba otra, ¿o sí?

-La verdad que no. Y debo admitir que te manejaste muy con esta situación y también a lo largo de toda la causa.

-Gracias, Horacio.

-De nada. Quería decírtelo en persona porque me imagino que te habrá resultado difícil estar tanto tiempo acá solo.

-Peor fue volver a Roca Negra derrotado.

-¿Derrotado!? Parece que te sigue el pedo de anoche. No pienses ni un por un instante que acá saliste perdiendo. Todo lo contrario. Pasa que es tu primera causa penal importante. Pero estos casos son así. Ya te vas a acostumbrar.

-Tenés razón. Más allá de cómo termine todo esto, esta experiencia me sirvió para aprender muchísimo.

-Seguro que sí. Igual, ya que estamos acá juntos aprovecho para confesarte que me siento un poco culpable de haberte dejado solo tanto tiempo -Horacio palmeó al joven en la espalda.

-No hay problema -Sarkis devolvió a su padrino una media sonrisa, tras lo cual, ambos abogados intercambiaron unas miradas y continuaron su camino en silencio.

Cuando los dos letrados se aproximaban a la cabaña divisaron a la distancia la luz de un sol de noche, por lo que supieron que el dueño de casa los esperaba afuera, cerca de la puerta, para servir de guía en medio de la más absoluta oscuridad.

-Che, ¿no me estarás montando una trampa para quedarte con mi auto? -bromeó Horacio al advertir que la cabaña comenzaba a asomarse entre las sombras.

-¡Shhh! Callate que me estás haciendo tentar -respondió Sarkis tratando de conservar la compostura.

-¡Ya sé!, capaz que es uno de esos vampiros que viven en el medio del bosque para que nadie descubra lo que son en verdad y por las noches se pelean a muerte con los hombres lobo que le disputan el territorio.

-Basta, ¡por favor! -reaccionó el joven aguantando la carcajada-. Como mucho, se parece a un oso, por el pelo, la cabezota y la contextura física -chicaneó.

-Creo que puedo imaginármelo.

-Lo dudo mucho. Ya vas a ver.

Al cabo de unos pasos más, los abogados estuvieron frente a frente con Calabrese, quien se encontraba de pie junto a los escalones de cemento que llevaban hasta el umbral de la puerta. Allí, Sarkis hizo las presentaciones correspondientes, se estrecharon las manos y los tres hombres entraron a la cabaña y se sentaron alrededor de la mesa en las mismas tres sillas que el joven letrado había observado en su primera visita a dicho lugar.

-Qué tranquilidad que hay por aquí –arrancó Horacio, una vez ubicado en su asiento y mirando a su alrededor.

-La vivienda más cercana está a un kilómetro y medio de distancia –indicó Calabrese-. Y a los lejos, dependiendo del viento, se puede escuchar el ruido de los vehículos que pasan por la ruta.

- ¿Y no se siente un poco solitario? –continuò Horacio con su estrategia de romper el hielo de entrada, en tanto que Sarkis, sentado a su lado, permanecía callado, expectante.

-Un poco sí. Pero también me siento libre y que formo parte de la naturaleza, lo más importante de todo, para mí.

-Sin familia, sin amigos, sin vecinos. Parece el primero o el último de los hombres vivos sobre la faz de la Tierra –Horacio miró al anciano y ambos sonrieron, al igual que Sarkis.

-Podría decir que la naturaleza es mi amiga –Calabrese se puso de pie y caminó hasta una especie de mesada ubicada junto a la salamandra, de donde tomó una botella con agua y tres vasos de lata-. Es lo único que puedo ofrecerles de beber –agregó regresando a la mesa.

-Está bien. No se preocupe –intervino Sarkis tomando uno de los vasos llenos y dando un sorbo.

-Gracias –dijo Horacio, quien tomó su respectivo vaso de agua, aunque prefirió no beber y mantuvo su mirada fija en Calabrese.

-¿Sabe una cosa Don? –intercedió Sarkis, atrayendo para sí la atención visual de los otros dos hombres-. Creo que entiendo esta idea de que no hace falta estar físicamente con alguien para sentirse acompañado. De hecho, en estos últimos días me encontré rodeado de muchas personas y nunca me sentí más solo.

-No me sorprende que se sintiera así. Lo mismo me ocurrió a mí hace muchos años, cuando decidí venir a vivir aquí.

-A eso quería llegar, precisamente –sostuvo Horacio inclinando su torso ligeramente hacia adelante, hasta casi hacerlo rozar con el borde de la mesa.

-¿A qué se refiere exactamente? –Calabrese se volvió hacia el mayor de los abogados imitando los movimientos de éste.

-Digo, es evidente que usted optó por un estilo de vida diferente, con una filosofía e ideología bastante clara –Horacio giró su cabeza hacia la pila de libros-. Pero lo que me gustaría saber son las razones que lo trajeron hasta acá. Porque calculo que no siempre vivió así.

-Claro que no.

-¿Entonces?

-Creo que las razones fueron muchas y variadas, y me llevaría demasiado tiempo explayarme en ese sentido. Pero sí puedo decirle que lo a mí siempre más me atrajo fue la primavera en Espadaluciente, con todos sus colores y flores. Cómo las lluvias y soles derriten la nieve y las jornadas se alargan. Y aquí puedo disfrutar de todo ello como en ningún otro lugar de este pueblo.

-Ajá.

-Además, la llegada de la primavera implica que hay que recoger menos leña, ya que no son necesarias tantas fogatas, y eso es un alivio para un cuerpo de mi edad.

-Seguro.

-Verá, para mí, la primavera es la señal más clara de que la Tierra está viva, que no es un paisaje de naturaleza muerta. Incluso en los días nublados y lluviosos, las copas de los árboles pueden reflejar un brillo similar a los rayos del sol.

-Y también están los animales...

-Claro que sí. En primavera se puede apreciar el canto de los gorriones y las ardillas suelen entrar a la cabaña y jugar con mis pies mientras yo leo o escribo.

-Es usted un afortunado –indicó Horacio-. Tener tan cerca del pueblo este bosque, los lagos y las montañas es un verdadero privilegio.

-La vida en Espadaluciente no sería lo que es sin la naturaleza que la rodea.

-Absolutamente cierto.

-El pueblo necesita de lo rústico porque le aporta la tenacidad suficiente para no vivir estancado.

-Comprendo.

Luego, el anciano acercó su silla hacia la de Sarkis haciendo crujir las patas de madera del asiento, extendió su brazo derecho y lo posó ligeramente sobre el hombro izquierdo del joven abogado, que lo miró fijamente a los ojos.

-Cuidado. No tienen por qué hacerme caso en todo lo que digo. Recuerden que es tan accesible dejar huellas en los caminos de la mente como en el barro que pisamos.

Sarkis asintió con un suave movimiento descendente de la cabeza, tras lo cual, el anciano retiró lentamente la mano del hombro de aquel.

-Yo soy el que considera que la pobreza no es pobreza, que la soledad no es soledad y que la debilidad no es debilidad. Esa es mi verdad, pero no tiene por qué ser la suya.

-Entiendo –afirmó Horacio.

-La vida no es tan mala como parece, peores somos las personas. Y ésta es una realidad que debemos enfrentar, no esquivar.

-Y hablando de la realidad actual, señor Calabrese –Horacio, cansado y aburrido, consideró que ya era hora de cambiar su estrategia-, entiendo que usted tiene información que puede resultar vital para el esclarecimiento del crimen de Noelia Di Paola, pero que no está seguro de declarar ante la Justicia, ¿es así?

-No sé si es vital la información. Eso corre por cuenta de ustedes. Pero sí es cierto que, tal como se lo manifesté al joven Sarkis, no tengo intenciones de involucrarme en una causa judicial.

-Puedo preguntarle por qué piensa eso.

-Mire, doctor Izco, yo llevo una vida en la que procuro no molestar a nadie y que nadie me moleste a mí. Lisa y llanamente.

-Pero nadie está queriéndolo molestar en este caso -Horacio abrió las manos con las palmas hacia delante.



-Mire, no pretendo que me entienda. Ya me cansé de haber tratado, en su momento, de que la gente lo hiciera. Sólo quiero que se me respete. Ni más ni menos que eso.

-Lo respeto y, de hecho, admiro su forma de pensar. Hasta me atrevería a admitir que en muchas ocasiones sentí la necesidad de dejar todo en mi vida y aislarme de los males de la sociedad actual que tanto nos hace sufrir.

-Pero no lo hizo. Yo sí y obtuve mi tranquilidad y mi virtud. Y no quiero perder lo que me costó tanto esfuerzo conseguir.

-El punto es que no tiene por qué perder todo lo bueno que consiguió. Eso no es lo que está en juego aquí. Es más bien una oportunidad hacer algo positivo por la comunidad para poder mejorarla un poco, ¿no le parece?

-Yo no le debo nada a esta sociedad.

-Pero pareciera que usted la resiente, como si ella le debiera algo.

-Puede ser. Pero como le dije hace unos instantes: ya no tengo más nada para dar.

Sarkis permanecía sentado a un costado, callado, mirando a aquellos dos hombres que medían cada palabra que pronunciaban y ahora humedecían sus labios en sus respectivos vasos de agua.

-Como yo lo veo, creo que en este momento es la sociedad la que le está devolviendo algo importante.

-Ah, sí, ¿cómo qué?

-Como una segunda oportunidad.

-¿Y una segunda oportunidad para qué?

-Para hacer lo correcto, lo que otros no pudieron o no quisieron hacer. También podría ganar mucho dinero con la recompensa.

-A ver si le queda claro: yo no quiero plata ni reconocimiento. No los necesito para alimentar mi alma.

-¿Y qué es lo que quiere?

-Lo único que me interesa es la verdad.

-Justamente –Horacio golpeó con su puño cerrado sobre la mesa-. Lo que buscamos es que se sepa la verdad y usted nos puede ayudar a lograrlo.

-No estoy tan seguro de ello.

-Y no piense sólo en usted y nosotros –Horacio apuntó su mano derecha primero hacia Sarkis y luego hacia él-. Piense en la familia de esa pobre adolescente asesinada.

-...

-Esa gente lo único que busca es que se haga justicia y usted podría dársela. No las instituciones y las personas de las que tanto desconfía. Usted solo, como más le gusta, sin depender de nadie.

Calabrese bebió un largo trago de agua hasta vaciar el vaso y después lo apoyó con fuerza sobre la mesa, haciéndolo resonar contra la madera.

-Lo voy a pensar –señaló el anciano al cabo de unos segundos.

-De acuerdo.

-Muchas gracias –Sarkis alargó su brazo hacia Calabrese para darle la mano y éste aceptó.

-Y mientras lo piensa –Horacio tomó la carpeta que Sarkis tenía sobre su regazo desde que se había sentado antes de comenzar la charla.- Me gustaría que viera esto –el abogado extrajo tres fotografías: la de Noelia, la de Nacho y la del Escort del joven.

-¿Qué es esto? –el anciano recogió las fotos, se acomodó los anteojos y las observó con cuidado unos instantes.

-Son imágenes que lo pueden ayudar a recordar qué fue exactamente lo que vio, en caso de que decida finalmente declarar, claro –acotó Sarkis.

Calabrese apartó la vista de las fotos y miró con severidad a ambos abogados:

-No me presionen. Les dije que lo voy a pensar y lo voy a hacer tranquilo y sin apuros.

-Está bien –dijo Horacio.

-No hay problema –añadió Sarkis.

-¿Me las puedo quedar? –preguntó el anciano sosteniendo las fotos en alto.

-Sí, hágalo. Nosotros tenemos copias –respondió Horacio poniéndose de pie y Sarkis lo imitó-. ¿Y cuándo cree usted que tendrá una respuesta para nosotros?

-Dije sin presiones ni apuros –Calabrese se paró bruscamente y comenzó a caminar hacia la puerta, guiando a la visita hacia el exterior-. Ahora necesito descansar, así que...

-Ok –dijo Horacio parado junto al umbral-. Gracias por todo y disculpe las molestias.

-Que descanse –añadió Sarkis justo antes de cruzar la puerta.

Calabrese despidió a los dos abogados, quienes rápidamente iniciaron el descenso por el camino a través del bosque y en pocos minutos se encontraron a bordo del Audi TT que bordeaba el lago.

-¿Vos creés que este viejo va a declarar? –preguntó Sarkis, quien desde el asiento del acompañante observaba cómo la luna aparecía entre los nubarrones y su luz se reflejaba en el agua del Rincón cada vez más inquieta por efecto del viento que soplaba con intensidad desde el sector oeste.

-Esperemos que sí –Horacio miraba al frente, pero no tanto hacia abajo, en dirección al asfalto, sino hacia el cielo mayormente cubierto-. Parece que está por llover.

-Esperemos que no -concluyó el acompañante al tiempo que el vehículo serpenteaban velozmente sobre la ruta desierta, como un rayo que anunciaba que la tormenta estaba a punto de desatarse.

## XVII

El aeropuerto de Espadaluciente volvió a abrir sus puertas, pero no para reanudar sus vuelos. Las obras de refacción seguían en marcha, por lo que la terminal estaba copada por obreros y máquinas. Sin embargo, todo esto no impidió que aquella mañana la aeroestación se vistiera de fiesta, dejando de lado, aunque sea por algunas horas, el polvo, la tierra, la arena y la cal. ¿Cuál era el motivo de la celebración? Al fin, el gobernador Scariolo iba a pisar la ciudad por primera vez desde ocurrida la erupción del Choconda. Así fue que, bajo una fuerte custodia policial, el mandatario provincial y casi todos los miembros de su gabinete recorrieron la obra valuada en uno sesenta millones de pesos y que consistía, principalmente, en la repavimentación y la ampliación de las pistas.

*“Estamos poniendo todos nuestros recursos, todo nuestro empeño, toda nuestra dedicación en tratar de resolver la problemática de las cenizas, no solo en Espadaluciente, sino en toda la región. Y como prueba de ello hemos firmado un convenio con el Ministerio de Defensa de la Nación que nos permitirá adquirir un equipamiento de última generación para colocar en este aeropuerto y así obtener mayor previsibilidad para los vuelos”,* afirmó Scariolo en un acto realizado en el aeropuerto tras la recorrida por la obra.

De esta manera, el gobernador prometía que dentro de aproximadamente un mes se iba a concretar la instalación de un sistema nuevo de radares ópticos (fabricados inicialmente para medir el ozono en la atmósfera), un fotómetro solar como medidor de concentración de partículas que permitía conocer con precisión la nube volcánica desde el suelo hasta el tope y unas globosondas para completar dicho relevamiento. Y, según

Scariolo, cuando estos equipos estuviesen en pleno funcionamiento y las refacciones terminadas, la operatividad del aeropuerto volvería a ser del “cien por ciento”.

Ante la prensa local, provincial y nacional, y una multitud de partidarios que aplaudían, cantaban y hacían flamear sus banderas al compás de un viento húmedo proveniente del este, el gobernador precisó que al retomar la actividad, LN iba a ofrecer cincuenta frecuencias semanales y ARN cuatro vuelos diarios y seis los fines de semana, y que el aeropuerto alcanzaría el nivel H24, es decir, volverse una terminal operable todo el día, algo que nunca antes había logrado y que estaba a la altura de los aeropuertos del Primer Mundo.

Esta proyección parecía un sueño para Espadaluciente ya que, por entonces, las autoridades locales calculaban que la caída en el tráfico aéreo en la ciudad había sido en el último año del setenta y cinco por ciento, dado que sólo se habían recibido treinta y cinco velos privados con unos doscientos ochentamil mil pasajeros.

Mientras que el aeropuerto de Cerro Bajo había aumentado su actividad en un cuatrocientos por ciento a partir de los vuelos que en vez de aterrizar en Espadaluciente lo hacían allí por el efecto de las cenizas en suspensión. La media habitual de Cerro Bajo era recibir a unos veinte mil pasajeros por año, pero en los últimos doce meses habían llegado más de ciento veinte mil.

Las estadísticas arrojaban que Cerro Bajo había sido el único beneficiado con la erupción volcánica ya que el derrumbe en el tráfico aéreo en Espadaluciente también había derivado en una caída del uno por ciento en la actividad a nivel nacional. Es que ante tantas dificultades, cancelaciones, demoras, desvíos, largas colas y eternas esperas, los turistas prefirieron viajar por tierra y, por ende, a otros destinos más cercanos.

Por ello, el gobernador Scariolo se había reunido horas antes de viajar a Espadaluciente con las autoridades nacionales del área de Turismo, los representantes

de las aerolíneas y los principales agentes de viajes para tratar de reposicionar a la ciudad en el podio de los lugares más visitados en el país.

Además, la idea del Gobierno Nacional era ir colocando los equipos de medición de última generación en todos los aeropuertos para poder asegurar el movimiento turístico a lo largo y a lo ancho del territorio.

Y al concluir su discurso en el acto realizado en el aeropuerto, Scariolo auguró que gracias al trabajo que estaban haciendo, Espadalucente se iba a recuperar y que el invierno siguiente iba a tener “la mejor temporada de su historia”.

La transmisión televisiva del acto del gobernador en el aeropuerto finalizó justo cuando Nacho García terminaba de almorzar junto a su madre en su domicilio de La Olla. Desde que había sido excarcelado, el joven había dejado su trabajo en la fábrica para evitar entrar en conflicto con el padre de Noelia y comenzó a atender un quiosco en la terminal de micros que era propiedad de los Pereyra. Trabajaba todos los días, excepto los domingos, y siempre hacía un *impasse* al mediodía cuando regresaba a su casa para comer, descansar un par de horas y volver al local hasta entrada la noche, cuando se hacía cargo del cierre alguno de los propietarios del mismo.

Como su Ford Escort seguía secuestrado en el depósito judicial en el marco de la causa por el crimen de Noelia, Nacho ahora se movilizaba en colectivo, tal como su padre lo había hecho toda su vida. Por ese medio, el joven iba y venía del trabajo, y muy pocas veces se lo veía los fines de semana recorriendo los locales nocturnos que antes solía frecuentar.

Tras seguir con atención el discurso de Scariolo, el muchacho evitó los canales de noticias y se detuvo a ver una película repetida para disfrutar de la sobremesa. Al comienzo de un espacio publicitario, Nacho se puso de pie para alcanzarle su plato a su

madre que se encontraba lavando a sus espaldas. Las manos de la mujer, arrugadas por el agua caliente y el detergente, se tensaron como un alambre al escuchar un sorprendente ¡crack! Entonces dio media vuelta y lo vio a su hijo parado en medio de la cocina y el plato hecho añicos en el suelo, junto a sus pies. “¿Qué pasa?!” preguntó la mujer, pero Nacho no respondió y clavó la vista en la ventana del living comedor que daba al frente de la vivienda, donde un patrullero de la Policía Nacional acababa de estacionar.

En ese momento, dos efectivos descendieron del móvil vestidos de impecable uniforme azul oscuro (tan oscuro que parecía negro) y compuesto por zapatos, pantalón, camisa, campera y gorra; muy diferente a la ropa utilizada por el personal de la Policía Provincial que llevaba prendas más rústicas, de gabardina celeste y borceguíes.

¡Clap, clap, clap!, se escuchó aplaudir a uno de los policías parados en el portón de la verja perimetral que custodiaba la casa prefabricada de los García, construida con paredes de ladrillos a la vista, techo de chapa acanalada sobre una base de tirantes y vigas de pino *elliotis*. El inmueble se completaba con un garaje pasante también de chapa y madera, y que por la ausencia forzada del Escort sólo era ocupado por la cucha del perro que ladraba desesperadamente desde el refugio al que estaba encadenado ya que el día anterior había llovido y sus amos no querían que destrozara el pequeño de jardín delantero.

En el interior de la vivienda, que constaba de dos dormitorios, un baño, la cocina y el living comedor separados por paredes de *pladur*; Nacho seguía como petrificado, sin emitir sonido alguno. “Quedate sentado acá, que yo voy a atender”, trató de tranquilizarlo su madre, quien se sacó el delantal húmedo y salió a la puerta.

Al cabo de unos instantes, la mujer regresó acompañada por los dos policías, uno de los cuáles se puso de pie junto al joven que lo miraba expectante y resignado a la vez.



-¿Señor Ignacio García? -arrancó el efectivo, solemne.

-Sí -respondió el muchacho con una voz ahogada.

-Tengo una orden judicial para llevarlo detenido por el homicidio de Noelia Di Paola. Va a tener que acompañarnos.

Nacho sabía que no tenía caso realizar comentario alguno y sólo atinó a abrazar a su madre, quien había comenzado a llorar desconsoladamente antes de que el muchacho fuera esposado por los policías que luego lo condujeron a los tribunales de la ciudad.

Habían pasado quince días desde la detención de Olmos y la jueza Velasco de la Canal acababa de procesarlo con prisión preventiva, pero sólo como coautor del robo agravado por la participación de dos o más personas y la utilización de arma de fuego del Fiat Duna rojo. Es que el fiscal Peretz no había podido probar que ése fue el auto en el que presuntamente vieron pedir auxilio a Noelia antes de que fuera asesinada ni tampoco pudo vincular a Olmos con el homicidio de la chica de ninguna otra manera.

Pero, simultáneamente, y en una resolución conexas, la magistrada también decidió dictarle a Nacho la prisión preventiva por el crimen de Noelia y envió a la Policía Nacional a detenerlo. Al fin, la jueza había dispuesto que la Policía de Roca Negra quedara al margen de cualquier diligencia vinculada a la investigación del homicidio de la adolescente.

Cuando los policías se llevaron a Nacho detenido, su madre llamó inmediatamente a Cuéllar, quien de casualidad se encontraba en Espadalucente ya que tenía que resolver algunos problemas con el personal del restorán y al enterarse de la noticia se dirigió a los tribunales para notificarse de la medida judicial.

Según el fallo al que accedió posteriormente el abogado, la jueza se había basado para procesar a Nacho en el testimonio reservado de un hombre que había

declarado un par de días antes y que resultó ser clave porque a preguntas del fiscal Peretz reconoció en fotografías el auto del joven como el vehículo del que sacaban a la chica para pasarla a otro rodado y al propio acusado lo identificó por las prendas de vestir como uno de los hombres que sostenía a la víctima. Este testigo también describió a la chica con características muy similares a las de Noelia, aunque dijo que no pudo observar bien el otro vehículo porque el Ford Escort lo tapaba. Pero sí señaló que era muy poco probable que se haya tratado de un Fiat Duna rojo o un Peugeot beige.

*“Eran alrededor de la una cuando yo caminaba por la vera de la ruta, a la altura del paseo de la Reserva. Volví del almacén que funciona en la casa de un vecino de confianza y cuando levanto la vista veo dos autos detenidos a la par, sobre la banquina de enfrente, del lado del bosque y un movimiento sospechoso de gente que me llamó la atención. Desde lejos parecían como tironeos. Me acerco y observo que un muchacho tenía a la chica agarrada contra la parte de atrás del auto. Con el brazo izquierdo la tomaba del pelo y, como la chica forcejaba, con el otro brazo le pegaba trompadas. La persona agredida calculo que era menor de edad por su contextura física y el muchacho la sostenía con mucha facilidad. El agresor era alto, delgado y de piernas largas”,* había declarado el testigo de identidad reservada ante la Justicia.

Y agregó: *“Entonces, el joven arrastra a la chica hacia el otro lado, dando la vuelta al auto y la mete por la puerta trasera del lado del conductor del otro vehículo en el que había otras personas, pero ninguna de ellas se bajó. Y enseguida los dos autos arrancaron a toda velocidad”.*

A este testimonio determinante y revelador se habían sumado en las últimas horas los tan esperados resultados de los peritajes de los forenses de la Corte Nacional que a partir de la segunda autopsia confirmaron el abuso sexual y que los cinco

misteriosos estigmas que presentaba el cuerpo de la víctima se correspondían con pinchazos de una aguja hipodérmica del mismo tipo a la hallada en el auto de Nacho.

*“Se ha detectado en el cuerpo inerte de Noelia Di Paola estigmas compatibles con la aplicación de inyecciones intramusculares, siendo una aguja de medida 40 x 8 ó 21G x 1 y ½ o similar, como la hallada en el Ford Escort azul de Ignacio García, idónea para tal efecto. Además, refuerza tal interpretación que dichos hematomas se encuentran ubicados en el cuadrante súpero–externo del glúteo, donde se colocan las inyecciones intramusculares en la zona”,* señaló el informe de los peritos.

En este tramo de su resolución, la jueza Velasco de la Canal citó los dichos de otro testigo, un amigo del sospechoso, que había declarado que Nacho llevaba agujas consigo porque habitualmente las usaba para los piercings y también para destapar el zorrino del auto.

Respecto de la muestra de semen hallada en la ropa y el cuerpo de la víctima, los peritos de la Corte Nacional dijeron que la misma era tan parcial y contenía tan poco material genético que no podía determinarse ningún ADN completo, ni siquiera uno de los dos haplotipos que conformaban el patrón. Lo mismo se estableció con la mancha de sangre encontrada en la zapatilla de Nacho.

Por otro lado, los entomólogos concluyeron que en el cuerpo de Noelia no se habían detectado moscas. Y esto abría un gran interrogante ya que en cadáveres con una data de muerte como la de la adolescente asesinada era inevitable la presencia de las moscas. Entonces, los expertos planteaban varias hipótesis para explicar este fenómeno fuera de lo común: una, la más probable, que el cuerpo había sido trasladado de lugar; otra, menos factible, que el lugar de permanencia del cadáver fue lo suficientemente oscuro e inaccesible para estas moscas.

Para los entomólogos cabía, además, la posibilidad de que los restos de las moscas hayan desaparecido por la acción de agentes necrófilos o animales insectívoros, al tiempo que descartaban que el cuerpo hubiese sido impregnado con productos repugnatorios ya que, en ese caso, tendrían que haber quedado restos de arsénico, plomo o formol.

La teoría indicaba que la especie *cochliomya macellaria* aparecía con menor frecuencias en los cadáveres que habían sido mantenidos encerrados ya que este encierro imposibilitaba el ingreso de las moscas y hacía que la oviposición comenzara cuando se sentía el olor cadavérico, por lo que casi no había atracción hacia los orificios naturales, sino que los tejidos y la ropa eran invadidos en forma masiva. Pero esto tampoco había sucedido con el cuerpo de Noelia, lo que llevaba a sospechar que el mismo pudo haber sido lavado y luego le volvieron a colocar las prendas de vestir.

*“Resulta sumamente contradictorio el avanzado estado de descomposición del cuerpo y el escaso desarrollo de la fauna cadavérica. Puede suponerse que al estar envuelto demoró el acceso de los insectos al cuerpo; sin embargo, estos finalmente accedieron a partir de la rasgadura del envoltorio. Como se señaló en forma preliminar, si el cuerpo hubiera estado expuesto desde el día que la víctima fue vista con vida por última vez, probablemente se habría manifestado una mayor actividad de animales carroñeros vertebrados (perros, gatos, etc.) e inclusive de fauna cadavérica en el exterior de la bolsa. No debe dejar de considerarse la posibilidad que el cadáver hubiera estado en situación de encierro en un lugar de difícil acceso para los insectos o carroñeros (baúl de automóvil, armario, gabinete de heladera en desuso)”,* señaló el informe entomológico incorporado al expediente.

Por otro lado, se determinó mediante un estudio geológico, también elaborado por los peritos de la Corte Nacional, pero en conjunto con el grupo de expertos

extranjeros que analizaron el volcán, que la tierra levantada del auto de Nacho no coincidía con la del suelo del estacionamiento del paseo de la Reserva, por lo que para la jueza quedaba descartado que el joven haya estado allí junto a la víctima.

En cuanto al estudio de los ojos de Noelia los peritos hallaron casi un grado de alcohol en sangre en el cadáver, equivalente a unos setecientos cincuenta mililitros de cerveza. Esto contradecía la versión de Nacho de que él solo había tomado y le daba más valor a los dichos de una amiga de la adolescente que señaló que ella estuvo con la víctima toda la tarde antes de que ésta saliera con el joven y que en ningún momento habían ingerido bebidas alcohólicas.

“¡Esto es una descabellado!”, se dijo Cuellar al retirarse de los tribunales luego de mantener un breve contacto con su defendido, quien iba a quedar alojado en la alcaidía hasta que el Servicio Penitenciario Provincial consiguiera un cupo en el penal de máxima seguridad de Roca Negra Capital. Y lo único que había podido hacer el letrado para darle cierta esperanza al joven fue prometerle que iba a solicitar su excarcelación de manera inmediata por considerar que no existía riesgo de fuga ni de entorpecimiento de la investigación.

La luz cada vez más tenue del sol impactaba en forma perpendicular en la vista de Horacio cuando éste entró a la casa de té frente al lago. El atardecer de un día agitado dejaba sus últimas pinceladas coloridas que comenzaban fusionarse detrás de las montañas. Apenas ingresó al local, el letrado se desabotonó el saco de su traje gris y se aflojó la corbata azul. Tanta excitación había consumido casi todas sus energías, aunque sus mayores reservas las había perdido en el largo almuerzo que había compartido con Sarkis y en el que brindaron varias veces con un par de botellas de tinto.

Horacio alzó la mirada aún afectada por la claridad exterior y vio a Cuéllar sentado en la mesa de siempre, junto al ventanal y al lado de la chimenea. Esta vez, su colega no llevaba el habitual sombrero de cuero de vaca ni tampoco bebía un café expreso, sino un whisky. El recién llegado fue recibido apenas cruzó la puerta por la misma mesera que lo había atendido dos días antes y a la que le señaló la mesa ocupada por Cuéllar dándole a entender que aquel lo estaban esperando.

-Colega -Horacio se puso de pie junto a la silla del otro letrado y le extendió sus brazos para saludarlo. Cuéllar levantó su mano, pero no la estrechó con la de su viejo compañero, sino que la utilizó para apuntar hacia el asiento ubicado enfrente del suyo, del lado opuesto de la mesa.

-¿Por qué no me sorprende verte acá justo en este momento? -dijo Cuéllar con una mueca en su boca.

-Porque te dije que había vuelto para que tu defendido quedara detenido de una buena vez y por todas.

-Pensé que era una expresión de deseo, no una promesa y mucho menos una burda operación.

-Pensaste mal.

En ese momento se acercó la mesera hasta la mesa y preguntó a los dos señores que deseaban. Cuéllar levantó ligeramente su vaso casi vacío y ordenó otro whisky, mientras que Horacio pidió un cortado americano y un vaso de agua.

-Todo esto no es más que un vil invento tuyo, avalado por un fiscal desesperado porque no pudo enganchar a Olmos y la causa se estaba convirtiendo en un papelón - retomó Cuéllar una vez que la mesera se retiró hacia detrás del mostrador.

-Yo no tengo nada que ver. Bueno, casi.

-¿Vos te pensás que no voy a averiguar quién es el testigo de identidad reservada? Seguro que es un tipo que anda por ahí, tirado, como un loco. Y cuando lo encuentre voy a pedir la nulidad de su testimonio.

-¿Y por qué va a ser nulo? Además, te estás olvidando de todas las demás pruebas que se reunieron en el último tiempo.

-¡Dejate de joder! Si lo único que cambió la situación de mi defendido es este testimonio vergonzoso. Parece que le hubieras dictado lo que tenía que decir.

-Te reitero, yo no tuve nada que ver. El testigo lo encontró Sarkis y yo sólo le di una mano. Sólo eso.

-¡Dale!, ¿qué arreglaron? Seguro que te va a dar la mitad de la recompensa para que se la repartan vos y tu *protégé*.

-No seas ridículo.

-Ya vamos a ver.

-En serio, a esta persona no le interesa la recompensa en absoluto.

-¡¿Ves?! Es todo una gran mentira.

-No todas las personas actúan por plata. Eso sí, admito que utilicé el argumento de la recompensa porque al principio el testigo no estaba muy convencido de declarar. Tenía miedo.

-Más le vale que tenga miedo porque voy a pedir que vaya preso por falso testimonio.

-¡Jajá! –la carcajada de Horacio retumbó en el local prácticamente vacío ya que él y su colega eran los dos únicos clientes allí presentes en ese momento.

-No te rías, gil. Va en serio -retrucó Cuéllar y después hizo una pausa para que la mesera depositara sobre la mesa las bebidas que habían ordenado y volviera a desaparecer detrás de la barra.

-Tranquilo colega. No es algo personal.

-¿Seguro? Quizás no sea personal para mí, o por lo menos no lo era hasta ahora, pero para vos siempre lo fue, desde un principio. No insultes mi inteligencia negándomelo.

-De acuerdo -respondió Horacio y luego guardó silencio para beber un sorbo de su cortado-. ¿Y qué vas a hacer? -continuó el abogado mientras apoyaba el pocillo sobre el plato.

-¿No es obvio? Ante todo, voy a pedir la inmediata excarcelación de este chico.

-La jueza te lo va a rechazar. Así que vas a tener que apelar ante la Cámara y esa es una instancia muy distinta y te va a llevar mucho tiempo.

-Veremos que pasa -indicó Cuéllar y se bebió todo el whisky que quedaba en su vaso de un solo trago, tras lo cuál se levantó de su asiento-. Lo menos que podés hacer es invitarme.

-Como no. Andá tranquilo, que tenés mucho trabajo que hacer.

Cuéllar sonrió, movió la cabeza ligeramente hacia ambos lados y finalmente se retiró de la casa de té. Cuando salió a la calle ya había oscurecido, por lo que apenas abordó su camioneta encendió las luces del vehículo. También prendió la radio y justo escuchó que pasaban una vieja canción, de la época en la que era un estudiante universitario e iba a bailar. Y en ese preciso instante recordó a *Mariana*.



## XVIII

Cuéllar caminaba con la mirada clavada en el piso, por donde rodaban las pequeñas piedras que iba pateando a cada paso que daba lenta y esforzadamente. Aquella calle de ripio por la que transitaba descendía desde su cabaña y desembocaba en la avenida principal de Floreal, en la que en ese momento cientos de personas se encontraban reunidas, festejando. Entre la muchedumbre se le acercó una niña que llevaba una bandeja cargada con una pirámide de volcanes de chocolate rellenos con dulce de leche para vender. El sol asomaba tímido entre las nubes blancas, pero alcanzaba para abrigar a la gente del aire fresco del sur. Al ver a la nena parada frente a él, el letrado sacó sus manos resacas de su campera impermeable y con capucha y tomó una de las golosinas.

- ¿Cuánto te debo? -preguntó a la niña, quien no superaba los diez años y cuyos ojitos apenas se alcanzaban a ver debajo del gorro de lana color rosa que le cubría una cabellera rubia y rizada.

-Cuestan diez pesos cada uno, dos por quince, señor.

Entonces Cuéllar toma dos y depositó un billete de veinte en la mano de la vendedora. “Quedate con el cambio”, le dijo a la niña y luego, mientras ésta retomaba su marcha por la avenida hacia las columnas de vecinos, sostuvo por lo bajo: “Todo sea por una buena causa”. El abogado miraba a su alrededor y no podía creer la alegría que expresaba toda esa gente allí reunida, la misma que hace exactamente un año se había sentido completamente desahuciada, insignificante y abandonada ante la fuerza incontrolable de la naturaleza que ahora parecía estar durmiendo una larga siesta. ¡“Me cago en la Cámara!””, agregó y después pateó otro canto rodado.

Además del estado de ánimo de la población de Floreal, en la villa también había cambiado el escenario ya que las casas, calles y árboles estaban libres de cenizas

volcánicas. Por ello, los vecinos festejaban; además de que aquel pequeño pueblo de montaña que tanto adoraban y que estuvo a punto de desaparecer definitivamente del mapa había recuperado su encanto. Y al cumplirse un año desde la tremenda erupción del Choconda (que según acababan de concluir los geólogos había sido la más grande de los últimos diez mil años en la región), los delegados municipales organizaron distintas actividades para la comunidad que comenzaron exactamente a la misma hora en que doce meses antes se hizo de noche a media tarde y comenzó a llover polvo. Para recordar ese instante crucial, que marcó un antes y un después en la vida de los habitantes de la villa, se hizo sonar la sirena de Bomberos, como en aquel fatídico día.

No faltaron los emprendimientos privados que, como siempre, le imprimían un valor agregado al evento como, por ejemplo, los volcancitos de chocolate y dulce de leche que esa tarde se vendían como pan caliente.

Las golosinas las había preparado *Doña Esther*, una maestra jubilada que se había convertido en una celebridad en la villa por su ardua tarea durante la lluvia de cenizas y los operativos de evacuación y asistencia social a los damnificados. De hecho, durante la fiesta de aniversario, la mujer fue una de las personas más entrevistadas por los periodistas provinciales y nacionales que viajaron para cubrir la noticia.

En una nota con *Felicitas Echeverría* de Primera Hora, Doña Esther contó que el día después de la tormenta de cenizas ella se enteró por la radio local que se necesitaban voluntarios para enfrentar la emergencia, ante lo cual, no dudó en dar un paso adelante. Se preguntó que era lo que mejor sabía hacer y la respuesta llegó a su mente prácticamente en el acto: cocinar. Así, la mañana siguiente, con un pañuelo blanco en la cabeza y un delantal del mismo color, la mujer se presentó en el Centro Cultural de Floreal donde se montó un comedor para los que había tenido que abandonar sus casas y también para los brigadistas que los auxiliaban.

Lo primero que Doña Esther preparó para el desayuno de ese día fueron unas tortas fritas, pero ya al mediodía la derivaron al quincho de la Guardia Nacional donde las autoridades habían instalado una cocina mucho más amplia que la del Centro Cultural y ese nuevo lugar se convirtió en el segundo hogar de la mujer.

Esto fue un gran desafío para la docente jubilada que, junto a otros cuatro voluntarios, pasó la mayor parte del tiempo pelando papas, batatas y zanahorias para preparar el almuerzo y la cena del día después que fue, nada más ni nada menos, que para unas doscientas cincuenta personas, principalmente, efectivos del Ejército, de la Guardia Nacional, de la Policía Provincial, personal municipal, de Bomberos, de organismos provinciales y residentes que trabajaban en las distintas tareas de asistencia.

Con el correr de los días, los comensales pasaron a ser más del doble y como el quincho no era demasiado grande comenzaron a dividirse en grupos de treinta para sentarse a la mesa cada veinte minutos. Mientras unos comían, los otros aguardaban de pie junto a una fogata y así se iban rotando hasta que todos y cada uno recibían sus alimentos.

Y este trabajo obligó a Doña Esther y a los otros voluntarios, entre los que hubo un chef que había tenido que cerrar su restorán, a permanecer en la cocina desde las ocho de la mañana hasta las dos de la de madrugada siguiente. La mayoría de las cocineros no residían en Floreal, por lo que pernoctaban allí; sin embargo, la docente jubilada siempre regresaba a dormir a su casa a pesar del horario y que en la mayoría de las noches no había energía eléctrica en la calle.

Por los reiterados cortes de luz, los cocineros tuvieron que acostumbrarse a preparar las comidas alumbrándose con velas y linternas. Y las complicaciones se fueron profundizando con el tiempo, al punto de que en muchas ocasiones Doña Esther y los otros voluntarios debieron comprar los alimentos con su propio dinero.

Pero también fueron sumando ayuda y a medida que esto sucedía se formaron grupos con la siguiente división de tareas: cocineras/os, los que servían la comida y luego lavaban los platos, y los que planificaban el menú y realizaban las compras. “La carta” era sencilla y estos últimos consultaban permanentemente con los que cocinaban.

La organización se fue tornando cada vez más compleja y al poco tiempo la cocina quedó chica ya que sólo constaba de dos quemadores, cinco hornallas y un horno común. Entonces, cuando se preparaba una comida que necesitaba ser horneada, como las tartas de jamón y queso, uno de los platos más requeridos por los comensales, los cocineros debían caminar dos cuadras con las bandejas en la mano hasta una pizzería cercana, que estaba cerrada al público, para utilizar las instalaciones más amplias de este local.

Doña Esther recordó que, en una oportunidad, para el Día del Padre más precisamente, tuvieron unos ochocientos comensales a los que les sirvieron pizzas, lo que para los brigadistas fue una verdadera fiesta.

El menú que se servía a diario variaba entre guisos, empanadas, fideos con tuco, pollo y carne al horno. Además, los cocineros preparaban algunas viandas para los efectivos que no tenían tiempo de sentarse al almorzar dado que cumplían tareas en sectores alejados de la villa, en medio del bosque y de la montaña. Según Doña Esther, estas personas eran las que llevaban la peor parte porque regresaban a la noche mojadas y tiritando de frío, por lo que los encargados del quincho siempre mantenían el fogón encendido en medio del comedor con una olla de agua hirviendo.

Para la docente jubilada y los demás voluntarios de la cocina que pusieron lo mejor de sí, esta tarea fue muy difícil, pero, a la vez, reconfortante porque que cada uno al que le llegaba la hora de dejar la villa no se iba sin antes darles un abrazo a los cocineros y agradecerles por todo lo que habían hecho por él.

Al recordar todas estas vivencias, ni los gruesos anteojos de Doña Esther pudieron ocultar la emoción que invadió sus ojos vidriosos, una imagen que se repitió en el noticiero central de Primera Hora de aquel día histórico y que por la mañana siguiente también copó los distintos medios gráficos.

En Espadalucente no sólo se vendían los volcancitos de chocolate rellenos con dulce de leche, sino también se había elaborado una golosina gigante, también con forma de volcán, de unos tres metros de alto por dos de ancho que se exhibía en la avenida principal del centro comercial en el marco de lo que se bautizó “La fiesta del chocolate”, la que luego se convertiría en el nuevo feriado de la ciudad. Para tal evento se había programado una serie de actividades en el Gimnasio Municipal que constaba de una suelta de globos de colores en el patio de dicho predio y shows musicales en vivo a cargo de artistas locales. El gimnasio tenía una amplia superficie cubierta para atenuar las inclemencias climáticas, por lo que allí se llevó a cabo el acto principal con las presencias del intendente Giménez y otras autoridades municipales que se mostraban exultantes ya que la actividad volcánica estaba reducida a su mínima expresión, las emisiones de cenizas eran imperceptibles y, en base a las tareas de limpieza, se habían logrado recuperar los espacios verdes.

Sin embargo, la recuperación económica marchaba lenta por la fuerte caída del turismo. El municipio estimaba que entre junio y diciembre del año anterior la ciudad se había perdido de facturar unos mil millones de pesos. Y de poco había servido un crecimiento del cincuenta por ciento interanual en la ocupación hotelera durante la temporada de verano que, en realidad, más que a una mejora de fondo se había producido gracias a una sucesión provisoria de varios fines de semanas largos por los distintos feriados.

Como Espadalucente seguía perdiendo la mitad de sus ingresos, el gobierno provincial tuvo que salir al rescate de la ciudad sureña y enviar subsidios por unos cientocincuenta millones de pesos que fueron destinados a empresas privadas con la condición de que éstas no echaran a su personal. La ayuda financiera llegó de afuera y sirvió de poco, pero ayudó al fin. El problema actual era que el gobernador Scariolo tenía sus cuentas en rojo y estaba pidiendo ayuda a nación que, por su parte, aducía que no contaba con los fondos suficientes, por lo que se había creado una especie de círculo vicioso que a doce meses de iniciada la crisis no parecía tener una solución a corto ni mediano plazo.

*“Sólo le falta a nuestra querida ciudad su primera gran nevada para que empiecen a llegar en masa los contingentes de turistas”*, expresó el intendente Giménez durante su discurso en el Gimnasio Municipal. *“Estamos de pie, más firmes que nunca y avanzando”*, vociferó, a lo que el público respondió con un aplauso sostenido.

Pero pocos querían ver la realidad o no se animaban a hacerlo: el renovado aeropuerto de la ciudad tenía programado el arribo de cientotrenta vuelos chárter con turistas extranjeros, unos cincuenta menos que el invierno de dos años antes. Por ello, la idea del intendente Giménez y del sector privado era suplir esa falta con más visitantes nacionales y llegar al mes siguiente a una ocupación hotelera del setenta por ciento, como mínimo.

Pero el problema radicaba en que la crisis derivada de la erupción del volcán había dejado un pasivo importante y ahora, ya superado el problema climático y de conectividad aérea, los empresarios querían salvarse a cómo de lugar. Entonces, aumentaron en un veinte por ciento, promedio, los precios de los alojamientos y servicios para este invierno.

“La gente no es tonta y si la temporada pasada se tuvo que ir a otro destino turístico donde la pasó bien y gastó menos plata que acá, no va a aceptar los nuevos precios”, repetía el intendente Giménez en sus reuniones diarias con sus asesores económicos y los representantes del sector privado que habían realizado una fuerte inversión para atraer a los turistas y no estaban dispuestos a salir perdiendo nuevamente.

Por ejemplo, en el centro de esquí, la firma concesionaria había logrado la apertura de todos los medios de elevación para asegurar actividad en cada una de las pistas. Habían colocado mangas en dichos medios para mejorar el paso de los esquiadores y *snowboarders*, cerrado la silla de los dos mil metros que antes quedaba a merced de las ráfagas de viento y debían dejar de funcionar implementado un nuevo sistema de señalización y adquirido dos nuevas máquinas pisa pistas.

Pero el discurso no coincidía con ciertas acciones ya que, por entonces, el propio municipio planeaba cobrar una tasa a cada turista que visitaba la ciudad, lo que despertó las críticas del sector privado que argumentaba que era una medida que no acompañaba la actual situación de post crisis y que en todas las partes del mundo los gastos de los servicios eran asumidos por el prestador, que era ni más ni menos que el anfitrión. Evidentemente, nadie quería perder y en medio de ese tire y afloje la gente común fue tomada de rehén.

Mientras las autoridades municipales y los empresarios locales debatían este proyecto, LN anunciaba que para el resto del mes iba a sostener una frecuencia de treinta vuelos semanales y en julio y agosto planeaba aumentarla a cuarenta.

A esta noticia se sumó la confirmación de que unos cien mil estudiantes ya tenían programado viajar a la ciudad, lo que representaba un incremento del cuatro por ciento con respecto al invierno anterior.

Por otro lado, el volcán Choconda se estaba calmando a pesar de que seguía con su emisión, cada vez menor, de gases y cenizas en la atmósfera que no alcanzan a afectar la ciudad, donde solo molestaba un pequeño rezago de material que había quedado en el suelo, sin poder ser recolectado por efectos del viento que lo llevaba de un sitio a otro. El inicio del invierno estaba a la vuelta de la esquina, por lo que las lluvias habituales de esta época del año hacían que el polvo volcánico en el aire pasara desapercibido.

La alerta amarilla persistía y probablemente lo haría por mucho tiempo más, al igual que la lucha de Jorge Di Paola, quien se encontraba en el medio de la plaza, parado sobre cuatro cajones de cerveza cubiertos por una plancha de cartón corrugado que funcionaba de escenario desde el que se dirigía a través de un megáfono a decenas de personas allí reunidas. A este público no le interesaba asistir a la “La fiesta del chocolate” para comer golosinas ni al Gimnasio Municipal para escuchar una lista de mentiras, sino que estaba presente en la plaza para reclamar justicia al cumplirse un año del hallazgo del cuerpo de Noelia.

El mensaje que la familia de la víctima quería llevarle a la comunidad era claro: el juicio a Nacho debía empezar cuanto antes y la investigación tenía que avanzar en la identificación de los autores materiales del crimen ya el joven detenido sólo había actuado como “entregador”.

Sarkis no había viajado a Espadaluciente y seguía las alternativas de los sucesos en aquella ciudad del sur provincial a través de los medios de prensa que, sin embargo, dedicaban mucho más tiempo y espacio al aniversario de la erupción del Choconda que al crimen de la adolescente. Ante esta situación, el abogado decidió darle una mano más al padre de Noelia y llamó al periodista Alem.



-¡Eh, Sarkis! Pensé que ya te habías olvidado de mí... -indicó el redactor de AGEN apenas atendió su teléfono celular.

-¡Cómo me voy a olvidar! -respondió el letrado casi riendo-. ¿Todavía te interesa cómo marcha la causa?

-Absolutamente.

-Entonces anotá.

De esta manera, Sarkis le informó al periodista que la Cámara de Apelaciones Provincial acababa de confirmar esa misma semana el procesamiento con prisión preventiva de Nacho y también le había denegado el arresto domiciliario, por lo que el joven iba a llegar preso al inicio del juicio oral.

La apelación de la defensa de Nacho que finalmente fue rechazada por los camaristas se había basado en que los motivos para mantener la prisión preventiva del acusado no cumplían de modo alguno con dos requisitos: el mérito sustantivo y los riesgos procesales.

Para Cuéllar, el “mérito sustantivo” que debía justificar la privación de la libertad del imputado antes del juicio no podía centrarse nunca en una declaración testimonial que él consideraba “sumamente sospechosa” ya que había aparecido como por arte de magia seis meses después del hecho y contaba con lujo de detalles una secuencia que supuestamente había visto desde un lugar distante y oscuro, y sin que nadie más pudiera corroborar sus dichos.

*“Es una cuestión de lecturas: para nosotros, que la versión del testigo encaje perfectamente con otras constancias del expediente es de un valor probatorio determinante. Pero para la defensa es sospechosamente conveniente”, le dijo Sarkis al periodista.*

Por su parte, el defensor insistía en que lo único que había cambiado desde la excarcelación de Nacho hasta su nueva detención fue el testimonio de Calabrese, quien inicialmente declaró bajo reserva de identidad, pero luego decidió revelarla, aunque no hacía ninguna referencia sobre los resultados de los últimos peritajes científicos, los que él consideraba “secundarios”.

Cuéllar sostuvo en su recurso de apelación ante la Cámara que tanto el fiscal Peretz como la jueza Velasco de la Canal se habían dejado influenciar por la expresión pública del particular damnificado que había reiterado hasta el cansancio que Nacho debía quedar preso y también hizo responsable a ambos funcionarios judiciales de las posibles agresiones y atentados contra su vida que el muchacho podía recibir en prisión.

El letrado también se quejó de que la declaración de Calabrese y el reconocimiento fotográfico del joven, su auto y la víctima se habían realizado “a espaldas de la defensa” por considerar que recién tomó conocimiento de estos acontecimientos *a posteriori* de producido los mismos.

Y en cuanto al requisito de los “riesgos procesales”, según Cuéllar no existía ninguno ya que en el caso de Nacho no había peligro de fuga. Para fundamentar esta afirmación, el letrado recordó que luego de que el joven recuperó la libertad la primera vez siguió viviendo en el mismo lugar de siempre, con la misma gente, manteniendo a su familia con su trabajo de quiosquero. *“Hasta el propio particular damnificado dijo en declaraciones a la prensa que se lo cruzaba en La Olla, por lo que la existencia de arraigo es innegable”*, había opinado Cuéllar en su apelación.

La defensa también argumentó que la calificación legal de la acusación no había cambiado, por lo que la expectativa de pena era exactamente la misma. Y si Nacho no se había sentido intimidado por ella apenas fue excarcelado, menos lo iba a hacer ahora.

-El encarcelamiento preventivo tiene un carácter excepcional y existe una prohibición de aplicar una pena que cercene el derecho general a la libertad ambulatoria antes de que se dicte una sentencia de condena firme, sostiene la Ley -señaló Alem mientras del otro lado de la línea era Sarkis el que ahora escuchaba atentamente-. En eso la defensa tiene razón.

-Seguro. Pero acá llegamos a lo más importante: la Cámara confirma la prisión preventiva de García sobre la base de que, si lo que dijo el testigo Calabrese es verdad, el acusado formuló una falsa denuncia y, por lo tanto, si se encuentra en libertad, y a acá cito textualmente del fallo, `reiterará su conducta disvaliosa atentando contra la buena marcha del proceso`, ¿entendés? -retrucó Sarkis.

-Sí, sí. ¿Pero qué dice la Cámara sobre el testimonio de Calabrese?

-Los camaristas dicen que todas las sospechas que el defensor plantea sobre la veracidad de los dichos de Calabrese deberán ser despejadas en el debate oral cuando se lo pueda interrogar al testigo. Claro, ¿no?

-Clarísimo.

-Bueno Fede, espero que esto te sirva y a ver si sacás una linda nota de fin de semana,

-Vamos a ver si aguanta la noticia tantos días.

-Sí, quedate tranquilo. Yo no se lo paso a nadie y calculo que la defensa no va a hacerlo tampoco porque no le conviene. Además, están todos pendientes del aniversario de la erupción del volcán.

-Eso es cierto. A lo sumo publicarán que se hizo la marcha y nada más.

-Yo calculo que sí -sentenció Sarkis y luego se despidió del periodista para seguir haciendo zapping desde la comodidad del sillón de su departamento en Roca Negra Capital.

Cuéllar podía parecer derrotado, pero no lo estaba en absoluto, por lo que no tardó en reaccionar y volvió a activar sus contactos, aquellos que creía que nunca lo iban a traicionar. Por la tarde, una vez finalizados los actos por los sendos aniversarios, llamó a Zaldívar y le envió una supuesta carta redactada por Nacho en prisión. “La vas a tener vos solo”, le dijo al productor radial que de inmediato publicó en el portal de noticias de Radio Cooperativa el contenido íntegro de la misiva, la cual constaba de un correo electrónico escrito desde la casilla del letrado.

En la carta, Nacho aseguró que se encontraba “injustamente detenido” y que quienes los acusaban “falsamente” esperaban que él, estando en prisión se “quebrara” y dijera toda la verdad. Pero la “única verdad” que él tenía para decir era lo que ya había reiterado en todas sus declaraciones, tanto en sede policial como judicial.

Para el imputado, Calabrese no era más que un “testigo falso” que utilizaba un relato repetido públicamente por el padre de Noelia, basado en “chismes de barrio baratos”, para “acomodarlo” en su contra.

Nacho sostuvo en la carta que los dichos de este testigo eran “una burda mentira” y consideró que la versión de que él actuó como “entregador” resultaba de “lo más ridículo” que podía sostenerse ya que nadie podía asegurar lo contrario cuando lo que había ocurrido realmente solo lo sabían él y Noelia.

El muchacho señaló que le costaba aceptar que los familiares de la víctima, conociéndolo desde niño, hayan presentado a través de un abogado de “dudosa trayectoria” un testigo falso que sostuviera la versión de los hechos que ellos querían oír. Y, en ese sentido, se preguntó si él efectivamente “entregó” a Noelia, ¿a quién la había entregado? ¿A los hermanos Pereyra, quiénes “siempre aceptaron ser investigados” y a los que “nunca se le encontró una sola prueba en su contra?”

Nacho preguntó a la justicia dónde estaban los que realmente habían asesinado a Noelia y pidió que para encontrarlos utilizara el mismo “poder” que estaba usando en contra de él, un “pibe de barrio, sencillo, humilde y trabajador”.

Para el imputado, la investigación era “un rotundo fracaso” y él lo estaba pagando con su libertad, por lo que imploró a la comunidad que le quitaran “la máscara” al testigo Calabrese, al tiempo que se ofreció a someterse a un careo ante aquel en cualquier momento, aunque puso en duda que el anciano estuviera dispuesto a hacerlo porque sabía que corría el riesgo de quedar preso por falso testimonio.

Y para finalizar, Nacho indicó en la carta que él esperaba que el juicio comenzara cuanto antes para poder tener la oportunidad de demostrar toda la verdad, es decir, su “inocencia”.

Alem se encontraba en la redacción de AGEN navegando por los portales de noticias y chequeando correos electrónicos cuando se cruzó con la carta de Nacho en la página web de Radio Cooperativa. “Está demasiado bien escrita para que la haya hecho el pibe. Seguro que debe haberla redactado su abogado”, dijo Sculli cuando el periodista le mostró la novedad en la pantalla de su computadora, aunque el jefe de la sección le indicó que citara algunas de las frases de la supuesta misiva, pero dándole el crédito a la radio. “En todo caso, si esto es todo mentira, que salgan a desmentirlo a ellos”, opinó el *il capo* de Policiales.

En definitiva, Alem no podía, luego de que se conociera públicamente esta carta, guardar la información que le había suministrado Sarkis, por lo que la volcó por completo en una nota que pasó de ser un cable más, perdido en el berenjenal de la propaganda política de la agencia, a un artículo central sobre el aniversario del crimen de Noelia.

## XIX

El auto subía por el puente sobre el arroyo Desaguadero cuando Sarkis volvió a ver aquella ciudad que en los últimos años se había vuelto un mero recuerdo, una fotografía descolorida y apilada junto a tantas otras en el arcón de su memoria que no estaba cerrado con candado, pero sí tenía una pesada tapa, difícil de levantar. El abogado se sorprendió al observar a la distancia un racimo de edificios altos que sobresalía como una planta de metal y vidrio de la llanura de un jardín compuesto por las clásicas construcciones alpinas del viejo centro comercial. A ambos lados de la ruta por donde transitaba su Audi A5 plateado con vidrios polarizados, donde antes se apreciaban amplios campos verdes ahora se amontaban hileras de casas bajas y humildes, la mayoría de ellas construidas con chapas y maderas. Se trataba de la prolongación de La Olla, o como los habitantes del barrio gustaban llamarlo, “La Olla Bis”.

Y en el fondo de aquel cuadro enmarcado por el parabrisas del auto, el letrado vio algo que lo reconfortó: las montañas marrones rodeando a Espadaluciente bajo un cielo tan celeste que parecía un óleo fresco.

-Papi, ¿me ponés otra peli? -dijo el niño sentado en la parte trasera del vehículo y quien miraba fijamente el respaldo del asiento del acompañante donde se ubicaba la pantalla del reproductor de DVD.

-Ya llegamos, hijo -intervino Bárbara, mientras Sarkis seguía conduciendo, cada vez más absorto en sus pensamientos a medida que se adentraba en el centro de la ciudad, donde predominaban las persianas bajas y varios locales comerciales en desuso.

-Estamos en plena temporada de verano, ¿no tendría que haber más movimiento? –se preguntó la mujer, quien se asomaba por la ventanilla baja para recibir una caricia de aire fresco en el rostro.

-Es la hora de la siesta. Es normal que a esta altura del día no haya nadie en la calle -respondió el conductor.

-Parece que va más allá de eso. Mirá los negocios –Bárbara extendió su brazo hacia la vereda-: La mayoría tienen carteles de alquiler o vende.

-Y bueno... La ciudad nunca pudo recuperarse del todo después de la erupción del volcán.

-¡Qué lástima!

-La verdad que sí -asintió Sarkis, quien reducía la velocidad para pasar por el frente del hotel que lo había acogido durante sus estancias por trabajo en el caso Noelia-. ¿Te acordás de este lugar? –se dirigió a su mujer.

Entonces, Bárbara volvió a asomar la cabeza, no demasiado para no despeinar su cabellera negra y repleta de bucles que le llegaba hasta la base del cuello.

-Sí. Es tu hotel. Pero no nos vamos a hospedar acá, ¿no? -dijo ella señalando al frente de una construcción cuya estructura se mantenía igual que la última vez que la había visto, excepto por las paredes con manchas de humedad y la pintura descascarada.

-No, no. Ya te dije que alquilé una cabaña. Sólo quería pasar a ver. Nada más. Así que quedate tranquila.

-¡Ah!, está bien.

-Seguro que debe estar el mismo encargado.

-Acá sí que no veo muchos cambios, así que muy probablemente tengas razón -sostuvo la mujer sonriendo-. ¿Vas a llamar a Jorge?

-En un rato. Primero vamos a la cabaña. ¿Qué te parece, Andy? -Sarkis se dio media vuelta sobre el asiento para guiñarle el ojo a su hijo

-¡¡¡Sí!!! -exclamó el niño.

Jorge Di Paola, ya jubilado de la fábrica, había invitado a Sarkis y su familia a la fiesta de egresados del hijo mayor de Marisa, una ocasión sumamente especial ya que se trataba del primer varón de la familia que iba a terminar el secundario y empezar una carrera universitaria. El evento se llevaría a cabo al día siguiente, en un salón del centro de la ciudad donde vivían actualmente los Di Paola, quienes habían dejado La Olla cuando finalmente cerró la planta de ensamble de computadoras y artefactos electrónicos, y el clima en el barrio se enrareció dado que sus calles pasaron a estar llenas de violencia en vez de obreros. De todos modos, para ellos, el ambiente ya se había tornado incómodo apenas terminado el juicio por el crimen de Noelia, un proceso judicial que marcó un antes y un después para muchos, incluso para Sarkis, quien desde entonces no había vuelto a pisar Espadaluciente.

-Podríamos haber venido mañana mismo en avión, negro, así perdíamos menos tiempo –protestó Bárbara una vez que el auto volvió a andar por la avenida principal de la ciudad en sentido norte, hacia la zona del bosque donde aún quedaban unas pocas cabañas y bungalows destinados a los turistas.

-Está carísimo volar hasta acá. Una cosa es un pasaje y otra muy distinta son tres. Además, nos tomamos un día libre de trabajo y manejo yo, así que no rezongues.

-No rezongo. Sólo te hice un comentario, che.

-Bueno, che. No quiero que discutamos otra vez por plata.

- ¿Quién habló de plata? –la mujer miró fijamente a su marido alzando su mano en la que juntó las yemas de sus dedos hacia arriba-. Yo solo me referí al tiempo.

-El tiempo nos alcanza, no hay problema, así que no te preocupes. Con la plata es otra historia –Sarkis no apartó la vista de la calle-. Y no me hagas montoncito, eh...



-Ok. Basta. Sólo nos quedan un par de años para terminar de pagar el crédito hipotecario y así se te van a acabar todos tus dramas -señaló la mujer volviendo la mirada hacia la ventanilla que acababa de subir.

-No son dramas, Barbie –el conductor apoyó suavemente su mano derecha sobre el muslo izquierdo de la mujer, quien seguía mirando hacia el exterior del vehículo-. Solo quiero que al menos podamos tomarnos unas buenas vacaciones y cambiar el auto. Con eso me conformo.

-Pobre Andy, nunca lo llevamos a ningún lado lindo -dijo Bárbara por lo bajo, meneando la cabeza.

-Por eso lo traje a este lugar, pero si hubiera sabido que la ciudad iba a estar así, no lo hacía.

-Bueno, negro, ya está –Bárbara se volvió hacia el abogado-. No es tu culpa. Además, a Andy le va a gustar igual porque no sabía como era de lindo este lugar.

-Es cierto. Siempre vamos a tener las montañas y el lago -expresó Sarkis mientras tomaba por la ruta que bordeaba el Rincón-. Mirá Andy, mirá el agua qué azul que es, nada que ver con el mar, ¿viste?

Sin embargo, el niño seguía concentrado en la pantalla, como si no le importase lo que sucedía afuera del habitáculo; ni siquiera lo que ocurría en la parte delantera del mismo, entre sus padres.

Entonces, el abogado decidió dar una vuelta por la Plaza Libertad y detuvo la marcha frente a los tribunales, donde la jueza Velasco de la Canal y el fiscal Peretz ya se habían retirado de sus funciones, una por haber llegado a la edad de jubilarse y el otro por motivos personales. Sin descender del vehículo, el letrado vio como en la base del alto arco de piedra que separaba la plaza del centro comercial había varias personas

tiradas sobre unos colchones y cartones. Alrededor de éstas, había unos niños que pululaban por las veredas pidiendo monedas a los transeúntes.

-Nunca pensé que iba a ver esta imagen justo acá –lamentó Sarkis.

-Yo tampoco, una cosa es en la Capital, pero esto cuesta creerlo –la mujer arqueó las cejas justo por arriba del marco de los anteojos de sol que adornaban su rostro-. Mejor vamos a la cabaña.

Sarkis asintió y luego retomó la marcha hacia el norte, en dirección al paseo de la Reserva ya que había alquilado su hospedaje muy cerca de allí, a un costado de la ruta y con vista al lago.

Sentados en el living comedor del departamento que se conectaba con el balcón francés que daba a la avenida del centro comercial por una puerta ventana, Sarkis y Bárbara tomaban unos mates con Jorge, mientras María del Carmen se encontraba en la cocina, preparando la merienda para Andy.

-El otro día me crucé con el viejo Cuéllar -dijo el anfitrión, quien trataba de embocar en el porongo el agua que salía de la pava que tambaleaba en su mano.

-¿Ahí, sí? ¿Y hablaron de algo? -el abogado se inclinó hacia adelante en el sillón para ayudar a Jorge.

Es increíble, después de todo por lo que tuvo que pasar, este tipo está casi igual, tiene un poco más arrugas y canas, pero al menos le quedan pelos. Yo, en cambio, tengo cada vez menos, pensó Sarkis al tomar el mate recién servido por el dueño de casa.

-Primero me contó que está con la causa por el homicidio de Pereyra...

- ¿El excomisario que después de lo de Noelia mandaron a Valleverde donde lo terminaron matando durante un robo a un banco?

-El mismo. Los hijos zafaron, pero él no. ¡Cómo son las vueltas de la vida!

-Mirá vos.

-Y después, Cuéllar me dijo algo que me preocupó un poco.

-¿Qué cosa? Mirá que como abogado ya está gagá ese tipo. No hay que creerle todo lo que dice.

-Me dijo que están por liberar a García.

Sarkis guardó silencio unos instantes, mientras hacía cuentas mentalmente.

-Y puede ser, Jorge.

-¿Pero no le dieron como veinticinco años?

-Sí, pero al cumplir los dos tercios de la pena ya podés acceder a la libertad condicional. Siempre y cuando te den bien los distintos informes del Servicio Penitenciario, como los de conducta y el socio ambiental.

Acostumbrado a recibir malas noticias, Jorge calló y miró hacia la ventana, donde la cortina flameaba al compás del viento. Entonces Sarkis cruzó una mirada con Bárbara, quien había permanecido inmutable en el sillón individual contiguo al de él, buscando algún gesto cómplice, a lo que la mujer sólo atinó a cambiar de tema.

-Están masitas están riquísimas Jorge. ¿Las hizo su esposa?

-Sí. Después de tantos años sigue teniendo buena mano para la cocina -retomó el jubilado con los ojos vidriosos.

-Ahora vengo -Bárbara se puso de pie-, voy a ver a Andy para que no le haga lío a María del Carmen -añadió justo antes de dirigirse hacia la cocina, al tiempo que los dos hombres siguieron sentados, tomando mates.

Al cabo de unos minutos, Bárbara regresó al living comedor con su hijo del brazo y secundada por María del Carmen, quien se limpiaba sus manos en el delantal.

-Sarkis, mejor vamos yendo porque este chico se ensució todo con chocolate: la ropa, el pelo, de punta a punta; así que se tiene que bañar ya.

El abogado no pudo evitar dibujar una sonrisa cuando observó las manchas marrones que cubrían los dedos y casi todo el rostro de su hijo que estaba serio, al borde el llanto, como cada vez que lo retaba su madre.

-María del Carmen, perdone que le haya ensuciado toda la cocina. Generalmente hace caso, pero debe estar cansado del viaje –se disculpó Bárbara.

-No se preocupen. Los chicos son así.

Entonces Sarkis se puso de pie y agradeció a los Di Paola por toda la hospitalidad, tras lo cual, los Djanikian se despidieron hasta la fiesta.

Una vez en el auto, el abogado inició el camino de regreso a la cabaña y durante la mayor parte del trayecto estuvo callado, al igual que su mujer y su hijo.

-Podés cambiar esa cara, ¿no? -dijo Bárbara a su esposo cuando se acercaban a la Reserva.

-¿Y cómo querés que reaccione? Si fuiste vos la que prácticamente nos echaste de la casa de Jorge y por una pavada. El nene no se estaba portando mal.

-Para vos nunca se porta mal porque no le ponés ningún límite. Soy yo la que lo frena siempre.

- ¡¿Otra vez con lo mismo?! Podemos terminar el día en paz, ¿sí?

-Está bien. No digo más nada hasta que lleguemos a la cabaña.

-¿Sabés qué? Primero voy a hacer una breve parada en el paseo, así vos y Andy lo conocen.

Bárbara no tenía el más mínimo interés en conocer ese lugar, pero lo aceptó a regañadientes porque su hijo prácticamente dio un salto en el asiento trasero cuando escuchó la idea de su padre. Así que Sarkis condujo hasta la entrada al paseo y detuvo el auto en el estacionamiento cada vez más amplio ya que los sectores con pasto se habían ido reduciendo ante el avance del maltrato humano hacia la naturaleza.

Como todavía había mucha luz natural, el *agatha albis* no brillaba con todo su esplendor, por lo que el niño se sintió un poco decepcionado al verlo. “Hay que venir una noche de luna llena, cuando salen los hombres lobo”, le dijo Sarkis a su hijo, tratando de motivarlo. Pero Andy no se entusiasmó demasiado, al contrario, sintió algo de miedo por la broma de su padre, por lo que se volvió junto a su madre por el sendero hasta el sector del estacionamiento.

Sarkis se quedó solo, parado frente a aquel antiguo árbol, cavilando. Tras unos segundos, el abogado alcanzó a ver unos pasos a la derecha del tronco a un viejo conocido suyo, quien vestía igual que él, es más, con poco esfuerzo el letrado recordó que se veía del mismo modo que la última vez que ambos se habían encontrado: botas, pantalón vaquero, camisa y pañuelo cubriendo el cuello; el pelo corto, morocho, con algunas canas y entradas prominentes; el rostro tostado algo más redondo y arrugado en la frente y alrededor de los ojos marrón oscuro.

-¡Apareciste! -exclamó el abogado-. Pensé que no te iba a volver a ver nunca más.

-Y yo pensaba que nunca ibas a llegar. ¡Cómo tuve que esperarte, eh!

-Muchos años... ya no me acuerdo cuántos.

-Unos dieciséis, o quizás más.

-¡¿Más?! ¿Te parece, che?

-Sí, che. Calculá desde cuándo empezaste a pensar en el futuro.

-Cierto -indicó Sarkis moviendo ligeramente la cabeza hacia delante y hacia atrás, acentuando su afirmación-. ¿Sabés que? Cuando hoy me levanté y me miré al espejo sentí que tenía que llegar cuanto antes hasta acá y adelanté el viaje un día. Fuiste vos el que me dio ese empujón, ¿no?

-No, fuiste vos. Siempre fuiste vos.

Sarkis miró hacia el cielo, que se tornaba cada vez más azul a medida que los rayos solares desaparecían detrás de los árboles y las altas cumbres, y permaneció en esa posición unos instantes.

-¿Y qué sentís ahora, Sarkis?

-No sé. Muchas cosas juntas. Es raro.

-¿No sentís satisfacción?

-Sí.

-¿Una gran tranquilidad?

-También.

-¿Y orgullo por haber alcanzado tus objetivos?

-No estoy seguro de eso, che.

-¿Todavía dudás? Yo opino que sí los alcanzaste, porque si no fuera así, no estarías acá.

Sarkis siguió con la mirada el dedo índice de su interlocutor, quien señalaba hacia el estacionamiento.

-Alguna vez, hace mucho tiempo, me dijiste que tenía que esforzarme para ser paciente, tolerante y no resignarme ante el primer problema, ¿no?

-Ajá. ¿Y valió la pena tanto esfuerzo?

-Absolutamente –se despidió Sarkis, quien luego inició una lenta caminata de regreso hasta donde había dejado estacionado su auto, a bordo del cual lo esperaban su mujer y su hijo.

El abogado subió al vehículo y condujo hasta la cabaña desde la que se podía ver la superficie planchada del Rincón. En la orilla opuesta del lago se alcanzaba a divisar el Cerro Alto, cuya ladera Este, ya lejos de sus cinco sentidos, recibía los golpes incesantes de las olas que salpicaban la base del macizo que, a su vez, se erigía

estoicamente, incluso al caer la noche, cuando sus pies descalzos quedaban parcialmente sumergidos bajo la oscura espuma. Pero llegada la mañana, con sus energías revitalizadas, la roca volvería a provocar el irremediable retroceso de la marea en un nuevo *round* de una pelea que parecía eterna.

Sin embargo, algún día el agua se evapora y pasa a adornar el cielo que siempre ofició de testigo fiel de aquellas disputas terrenales; se congela hasta convertirse en un adorno inerte; o bien termina escurriéndose por el suelo agrietado a raíz de las incontables batallas. De alguna u otra forma, solo queda la piedra, un poco gastada y erosionada, pero básicamente íntegra; como un cristalino reflejo de la resistencia, la perseverancia y una supervivencia histórica e inquebrantable. Solo una roca puede ponerle fin a la existencia de otra roca, una existencia que generalmente es contemplada por muchos, pero al pasar; y verdaderamente apreciada por muy pocos.

*Buenos Aires, agosto 2013.*